

ELOGIOS PARA *Esclavo*

«Experta y claramente, John MacArthur afirma que Jesús nos libera de un cautiverio para, al llegar a ser su posesión, trasladarnos a una esclavitud de realeza. Quienes quieren ser sus hijos deben de estar dispuestos a ser sus esclavos».

—DR. R. C. SPROUL

«Gran parte de nuestro caminar cristiano se centra en el “yo”; ¿cómo esta tendencia depurará mi fe, mejorará mi carácter o se ajustará a un patrón que me beneficie? Con frecuencia, cuando los creyentes hablan de un Salvador personal, se están refiriendo a un Salvador que está personalmente interesado en su salud, en sus éxitos y en sus realizaciones. Sin embargo, tal visión no podría estar más lejos de la verdad. En este nuevo libro, John MacArthur presenta una perspectiva poderosamente fascinante y reveladora de nuestra relación con el Señor Jesús. ¿Quiere alcanzar un nivel nuevo de confianza en su Amo? Entonces, ¡este libro es para usted!»

—JONI EARECKSON TADA, JONI AND FRIENDS
INTERNATIONAL DISABILITY CENTER

«El doctor John MacArthur nunca ha tenido problemas para decir la verdad y es lo que vuelve a hacer en este libro. El gran privilegio del cristiano es ser esclavo de Cristo. El doctor MacArthur lo pone en términos tan claros que resulta ser una de las formas más concisas de la Biblia para describir nuestro discipulado. Se trata de una exposición contundente de la Escritura; un correctivo convincente, correctiva al cristianismo superficial; una palabra magistral de aliento pastoral... un devocional clásico».

—DR. R. ALBERT MOHLER
PRESIDENTE DEL SOUTHERN BAPTIST THEOLOGICAL SEMINARY

«La enseñanza del doctor John MacArthur sobre la “esclavitud” resuena en las intimidades más profundas de mi “ser interior”. Como pastor afroamericano, conozco de cerca el asunto. Por esa razón la idea de alguien escribiendo que la esclavitud es una “bendición de Dios” fue lo más ridículo y desmesurado que pude alguna vez imaginar... hasta que leí este libro. Ahora veo que convertirse en un esclavo es un mandato bíblico, que redefine por completo la idea de la libertad en Cristo. Yo no quiero simplemente ser un “seguidor” ni siquiera un “siervo”... sino un “esclavo”».

—RVDO. DR. DALLAS H. WILSON, HIJO
VICARIO DE ST. JOHN'S EPISCOPAL CHAPEL
CHARLESTON, SOUTH CAROLINA

esclavo

esclavo

La verdad escondida sobre su identidad en Cristo

JOHN MACARTHUR



GRUPO NELSON
Una división de Thomas Nelson Publishers
Desde 1798

NASHVILLE DALLAS MÉXICO DF. RÍO DE JANEIRO

© 2011 por Grupo Nelson®

Publicado en Nashville, Tennessee, Estados Unidos de América. Grupo Nelson, Inc. es una subsidiaria que pertenece completamente a Thomas Nelson, Inc. Grupo Nelson es una marca registrada de Thomas Nelson, Inc. www.gruponelson.com

Título en inglés: *Slave*

© 2010 por John MacArthur

Publicado por Thomas Nelson, Inc.

Publicado en asociación con la agencia literaria de Wolgemuth & Associates, Inc.

«Desatando la verdad de Dios un versículo a la vez» es una marca registrada de Gracia a Vosotros.

Todos los derechos reservados. Ninguna porción de este libro podrá ser reproducida, almacenada en algún sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio —mecánicos, fotocopias, grabación u otro— excepto por citas breves en revistas impresas, sin la autorización previa por escrito de la editorial.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Versión Reina-Valera 1960 © 1960 por Sociedades Bíblicas en América Latina, © renovado 1988 por Sociedades Bíblicas Unidas. Usados con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

Editora general: *Graciela Lelli*

Traducción: *Ammi Publishers International*

Adaptación del diseño al español: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

ISBN: 978-1-60255-408-5

Impreso en Estados Unidos de América

11 12 13 14 15 BTY 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido

<i>Prólogo</i>	1
1. Una palabra oculta	5
2. Historia antigua, verdad eterna	23
3. El esclavo bueno y fiel	41
4. El Señor y Amo (Parte 1)	57
5. El Señor y Amo (Parte 2)	73
6. Nuestro Señor y nuestro Dios	87
7. El mercado de esclavos del pecado	105
8. Atado, ciego y muerto	123
9. Salvo del pecado, esclavizado por gracia	137
10. De esclavos a hijos (Parte 1)	153
11. De esclavos a hijos (Parte 2)	171
12. Listos para recibir al Amo	187
13. Las riquezas de la paradoja	207
 <i>Apéndice: Voces en la historia de la iglesia</i>	 225
 <i>Acerca del autor</i>	 241

A Nathan Busenitz

Sabio y competente más allá de sus años, ha probado ser un tesoro para mí de múltiples maneras. Me ha servido como asistente en mi ministerio pastoral, como escritor de muchos artículos en el blog del Púlpito, como colega anciano en la enseñanza y en la predicación en Grace Community Church y como profesor en The Master's Seminary. Ha empleado tanto su mente como su corazón en la investigación y la escritura de este libro. Está tan comprometido con su verdad y su urgencia como lo estoy yo. Esta dedicatoria solamente puede ser para él, de manera que en los siguientes años todo aquel que lea este libro conozca mi gratitud por sus esfuerzos.

Prólogo

Después de más de cincuenta años de traducción, estudio, enseñanza, predicación y escritura a través del Nuevo Testamento, pensé que tenía sus verdades muy bien identificadas y comprendidas, especialmente en el ámbito de la teología del evangelio del Nuevo Testamento. De hecho, clarificar el evangelio fue el énfasis más importante y constante de mis escritos, desde *El evangelio según Jesucristo*, *Avergonzados del evangelio*, *Difícil de creer* y *Verdad en guerra*, hasta incontables sermones y artículos a través de los años. No obstante, a través de todos esos esfuerzos, una perspectiva profunda y abarcadora, algo que domina el Nuevo Testamento y es crucial para el evangelio, se me escapó y creo que a casi todos los demás.

No fue sino hasta la primavera del 2007, durante toda una noche de vuelo a Londres mientras leía *Slave of Christ* [Esclavo de Cristo] de Murray J. Harris, que me di cuenta de que había ocurrido un encubrimiento largo, de siglos, por los traductores del Nuevo Testamento al español que había ensombrecido una revelación clarificadora, previa y poderosa del Espíritu Santo. Sin dudas, el encubrimiento no fue intencional, al menos no inicialmente. A pesar de eso, sus resultados han sido dramáticamente serios.

Prólogo

¿Un encubrimiento en las traducciones del Nuevo Testamento al español? ¿Era eso verdad? ¿Por qué? Entonces, ¿con qué consecuencias? ¿Nadie había descubierto esto antes que Harris en 1999?

No tomó mucho encontrar a uno que lo había descubierto, Edwin Yamauchi en su artículo titulado «Slaves of God» (Esclavos de Dios) en el *Bulletin of the Evangelical Theological Society* de 1966.

¿Por qué no hubo respuesta a su trabajo? ¿Cómo una verdad relacionada tan esencialmente no solo con la integridad de la traducción sino también con la enseñanza del Nuevo Testamento sobre nuestra relación con Cristo pudo intencionalmente ocultarse e ignorarse?

También descubrí en mis viajes alrededor del mundo que hay muchos otros traductores importantes de idiomas que han seguido el ejemplo de las versiones en inglés y han mantenido el encubrimiento. No obstante, algunos sí han hecho una traducción correcta. Por eso, esta revelación no está oculta a mis colegas creyentes en lugares como Rusia, Rumanía, Indonesia y las Filipinas. ¿Por qué a los de habla española sí?

No me caben dudas de que este ocultamiento perpetuo de un elemento esencial de la revelación del Nuevo Testamento ha contribuido a mucha de la confusión en la enseñanza y práctica evangélica. Es más, me pregunto si esa no fue la razón por la cual sentí la necesidad de escribir tantos libros para aclarar el evangelio. ¿Habría sido necesario alguno de aquellos libros si se hubiera conocido esa realidad?

Cuando comencé a cavar por esta joya del evangelio enterrada, su esplendor penetrante comenzó a dominar mi pensamiento y mi predicación. En todo momento y en todo lugar que abordé el tema, la respuesta fue la misma: asombro y sorpresa.

Durante el mismo período se me pidió escribir un libro sobre «las doctrinas de la gracia» que fuera fiel a los reformadores. ¿Era

realmente necesario uno más? ¿Quién podría mejorar a Calvino, a Lutero, a los puritanos ingleses, a Edwards o a Spurgeon? Sin duda, no yo. No podría pretender adicionar algo a los trabajos claros, completos y perdurables de los teólogos del pasado y del presente sobre temas del evangelio. Por tanto, luché para encontrar una razón para escribir algo nuevo, considerando lo que ya se había escrito.

Hasta que vi el encubrimiento.

Aunque todos aquellos teólogos nobles en la rica tradición reformada de la verdad del evangelio mencionaron estos asuntos, ninguno sacó del todo a la luz del sol la joya oculta.

Por eso este libro. Mi oración es que, mientras lee, vea las riquezas de su salvación de una manera radicalmente nueva.

—John MacArthur

uno

Una palabra oculta

«**S**oy cristiano».

«El joven no dijo nada más mientras se mantenía de pie ante el gobernador romano. Su vida pendía de un hilo. Sus acusadores lo apresaron nuevamente con la esperanza de hacerlo errar o forzarlo a retractarse. Sin embargo, una vez más respondió con la misma frase de apenas dos palabras: «Soy cristiano».

Esto ocurrió a mediados del segundo siglo, durante el reinado del emperador Marco Aurelio.¹ El cristianismo era ilegal y los creyentes por todo el Imperio Romano enfrentaban la amenaza de la prisión, la tortura o la muerte. La persecución era especialmente intensa en el sur de Europa, donde se había arrestado y llevado a juicio a Sanctus, un diácono de Viena. Al joven se le decía repetidamente que renunciara a la fe que profesaba. No obstante, su resolución era impertérrita: «Soy cristiano».

Sin importar qué le preguntaran, siempre dio la misma respuesta. De acuerdo con Eusebio, el historiador de la iglesia, Sanctus «se ciñó a sí mismo [contra sus acusadores] con tal firmeza que ni siquiera habría dicho su nombre, la nación o ciudad a la que pertenecía, si

1. Marco Aurelio reinó desde el 161 hasta el 180 A.D. La intensa persecución que se describe aquí probablemente ocurrió alrededor del año 177.

tenía vínculos o era libre, sino que en lengua romana respondió a todas sus preguntas: “Soy cristiano”». ² Cuando finalmente llegó a ser obvio que no diría nada más, fue condenado a tortura y a la muerte pública en el anfiteatro. El día de su ejecución, se le obligó a sufrir el acoso, a ser sometido a las bestias salvajes y a sujetarse a una silla de hierro ardiente. Durante todo esto, sus acusadores continuaron tratando de quebrantarlo convencidos de que su resistencia se fracturaría bajo el dolor del tormento pero, como narra Eusebio: «Sin embargo, ellos no escucharon una palabra de Sanctus excepto la confesión que había pronunciado desde el principio». ³ Sus palabras mortales hablaron de un compromiso inmortal. Su grito concentrado fue constante durante todo su sufrimiento. «Soy cristiano».

Para Sanctus, toda su identidad, incluido su nombre, ciudadanía y status social, se encontraba en Jesucristo. Por ello, no pudo dar mejor respuesta a la pregunta que se le hizo. Era *cristiano* y esa designación definía todo sobre él.

Esta misma perspectiva la compartieron otros incontables cristianos de la iglesia primitiva. Esto los incitó como testigos, fortaleció su resolución y confundió a sus oponentes. Cuando los arrestaban, estos creyentes osados con fiada mente podrían responder como lo hizo Sanctus, con una aseveración sucinta de su lealtad a Cristo.

Como explicó un historiador sobre los primeros mártires:

Ellos [responderían] a todas las preguntas sobre ellos [con] la respuesta corta pero abarcadora: «Soy cristiano». Una y otra vez causaban no poca confusión a sus jueces por la pertinacia con

2. Eusebio, *Church History*, 5.1.20, citado en Philip Schaff, *Nicene and Post-Nicene Fathers*, 2da ser. (Grand Rapids: Eerdmans, 1971), I:214.

3. Ibid.

la cual se adherían a esta breve profesión de fe. La pregunta se repetía: «¿Quién eres?» y ellos respondían: «Ya he dicho que soy cristiano y quien dice esto por ende ha nombrado su país, su familia, su profesión y todo lo demás».⁴

Seguir a Jesús era la suma de toda su existencia.⁵ En el momento en que la vida misma pendía de un hilo, nada importaba más excepto identificarse ellos mismos con Él.

Para estos creyentes fieles, el nombre «cristiano» era mucho más que una mera designación religiosa. Esto definía todo acerca de ellos, incluyendo cómo se veían a sí mismos y al mundo a su alrededor. El sello enfatizaba su amor por el Mesías crucificado junto a su disposición a seguirle sin importar el costo. Esto hablaba de la transformación total que Dios había producido en sus corazones y daba fe de la realidad de que en Él se habían renovado completamente. Ellos habían muerto a su antiguo modo de vida, habiendo nacido nuevamente en la familia de Dios. *Cristiano* no era simplemente un título sino una forma completamente nueva de pensamiento, una que tenía serias implicaciones por cómo vivían, y finalmente cómo morían.

4. J. Spencer Northcote, *Epitaphs of the Catacombs or Christian Inscriptions in Rome during the First Four Centuries* (Londres: Longman, Green & Co., 1878; reimpr., Whitefish, MT: Kessinger Publicaciones, 2007), p. 139.

5. Tal fue la actitud de Ignacio, un pastor de Antioquía y discípulo del apóstol Juan. Al ser condenado a muerte en Roma (cerca del año 110 A.D.), Ignacio escribió: «No es que quiera simplemente que me llamen cristiano sino realmente serlo. Sí, si pruebo ser uno (siendo fiel hasta el final), entonces puedo tener el nombre... Ven fuego, cruz, batalla con bestias salvajes, dislocadura de huesos, mutilación de extremidades, trituración de todo mi cuerpo, torturas crueles del diablo, ¡solo déjame llegar a Jesucristo!» (Ignacio, Epístola a los Romanos, 3, 5, 6, citado en Cyril C. Richardson *Early Church Fathers* [Louisville, KY: Westminster John Knox Press, 1953], pp. 104–5).

¿Qué significa ser cristiano?

Los primeros mártires tenían muy claro lo que significaba ser cristiano. Sin embargo, pregunte hoy lo que significa y probablemente va a recibir una variedad de respuestas, aun de aquellos que se identifican con este sello.

Para algunos, ser «cristiano» es primariamente cultural y tradicional, un título nominal heredado de una generación previa, el efecto neto que implica evitar ciertos comportamientos y asistir ocasionalmente a la iglesia. Para otros, ser cristiano es principalmente algo político, una búsqueda para defender valores morales en la plaza pública o quizá para preservar aquellos valores por medio del distanciamiento en general de la plaza pública. No obstante, muchos definen el cristianismo en términos de una experiencia religiosa pasada, una creencia general en Jesús o un deseo por ser una persona buena. Sin embargo, todo esto cae lamentablemente muy por debajo de lo que realmente significa ser cristiano desde la perspectiva bíblica.

Es interesante ver que a los seguidores de Jesucristo no se les llamó «cristianos» hasta después de diez o quince años del inicio de la iglesia. Antes de ese tiempo, a ellos sencillamente se les conocía como discípulos, hermanos, creyentes, santos y seguidores del Camino (título derivado de la referencia de Cristo a sí mismo en Juan 14.6, como «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida»). De acuerdo con Hechos 11.26, fue en Antioquía de Siria que «a los discípulos se les llamó cristianos por primera vez» y desde entonces les quedó el mote.

Inicialmente el nombre lo acuñaron los incrédulos, como un intento por ridiculizar a aquellos que seguían a un Cristo crucificado.⁶ Sin

6. Como explica el apóstol Pablo en 1 Corintios 1.23, la idea de un Cristo crucificado era «para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura». A aquellos que seguían a

embargo, lo que comenzó como un ridículo pronto se convirtió en una insignia de honor. Que a alguien le llamaran «cristiano» (en griego, *Christianoi*) era que le identificaban como discípulo de Jesucristo y lo asociaban con Él como su seguidor. De modo similar, los de la familia de César se referirían a ellos mismos como *Kaisarianoi* («aquellos de César») con el objetivo de mostrar su lealtad profunda al emperador romano. A diferencia de los *Kaisarianoi*, los cristianos, en cambio, no daban su lealtad suprema a Roma o a cualquier otro poder terrenal sino que toda su dedicación y adoración estaban solamente reservadas para Jesucristo.

Por esto, ser *cristiano*, en el sentido real del término, es ser seguidor incondicional de Cristo. Como dijo el mismo Señor en Juan 10.27: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y *me siguen*» (énfasis añadido). El nombre sugiere mucho más que una asociación superficial con Cristo. En lugar de ello, demanda un afecto profundo por Él, lealtad a Él y sumisión a su palabra. En el aposento alto, Jesús dijo a sus discípulos: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Juan 15.14). Antes dijo a las multitudes que se agrupaban para escucharlo: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos» (Juan 8.31); y en otro lugar: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame» (Lucas 9.23; cp. Juan 12.26).

Cuando nosotros mismos nos llamamos *cristianos*, proclamamos al mundo que todo sobre nosotros, incluyendo nuestra identidad personal misma, se cimenta en Jesucristo porque nos hemos negado a *nosotros mismos* para seguirlo y obedecerlo. Él es tanto nuestro Salvador

Jesucristo (habiéndoseles sellado como cristianos), los judíos incrédulos los denunciaban como herejes y los gentiles incrédulos los ridiculizaban como tontos.

Esclavo

como nuestro Soberano y nuestras vidas se centran en agradarlo a Él. Profesar el título es decir con el apóstol Pablo: «Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia» (Filipenses 1.21).

Una palabra que cambia todo

Desde su aparición en Antioquía, el término *cristiano* se ha convertido en el sello predominante de aquellos que siguen a Jesús. Es una designación apropiada, pues se enfoca justamente en el protagonista principal de nuestra fe: Jesucristo. A pesar de eso irónicamente, la palabra misma solo aparece tres veces en el Nuevo Testamento; dos en el libro de los Hechos y una en 1 Pedro 4.16.

En adición al nombre *cristiano*, la Biblia utiliza una serie de otros términos para identificar a los seguidores de Jesús. La Escritura nos describe como forasteros y extranjeros de Dios, ciudadanos del cielo y luces para el mundo. Nosotros somos herederos de Dios y coherederos con Cristo, miembros de su cuerpo, ovejas de su rebaño, embajadores a su servicio y amigos alrededor de su mesa. Se nos llama a competir como atletas, a luchar como soldados, a permanecer como ramas en una vid y hasta a desear su palabra como los niños recién nacidos anhelan la leche. Todas estas descripciones, cada una en su forma propia y única, nos ayudan a entender lo que significa ser cristiano.

No obstante, la Biblia utiliza una metáfora con más frecuencia que cualquiera de estas. Es una descripción verbal vívida que quizá usted no espera pero es absolutamente crucial para entender lo que significa seguir a Jesús.

Es la imagen de un *esclavo*.

Una y otra vez a través de las páginas de la Escritura, se hace referencia a los creyentes como *esclavos de Dios* y *esclavos de Cristo*.⁷ De hecho, considerando que el mundo exterior los llamó «cristianos», los primeros creyentes reiteradamente se referían a sí mismos en el Nuevo Testamento como los esclavos del Señor.⁸ Para ellos ambas ideas eran sinónimas. Ser cristiano era ser esclavo de Cristo.⁹

La historia de los mártires confirma que esto es precisamente lo que ellos quisieron decir cuando declararon a sus perseguidores: «Yo soy cristiano». Las autoridades romanas, por ejemplo, encarcelaron y torturaron a un joven llamado Apphianus. Durante todo su juicio, él solo habría de responder que era esclavo de Cristo.¹⁰ Por tanto, se le sentenció finalmente a muerte y murió ahogado en el mar. Su lealtad al Señor nunca flaqueó.

Otros de los primeros mártires respondieron de manera similar: «Si consentían en ampliar sus respuestas, el asombro de los magistrados se hacía mayor, pues parecían hablar enigmas insolubles. “Yo soy esclavo de Cesar”, decían, “pero un cristiano que ha recibido su libertad de Cristo mismo”, o viceversa, “soy un hombre libre, esclavo de Cristo”.

7. La palabra hebrea para esclavo, *‘ebed*, puede significar una esclavitud literal a un amo humano. Sin embargo, también se usa (más de 250 veces), para describir metafóricamente a creyentes, denotando su deber y privilegio de obedecer al Señor celestial. El uso en el Nuevo Testamento de la palabra griega, *doulos*, es similar. Esta también puede referirse a la esclavitud física. Sin embargo, solo se aplica, al menos 40 veces, a creyentes denotando su relación con el Amo divino (cp. Murray J. Harris, *Slave of Christ* [Esclavo de Cristo] [Downers Grove, IL: InterVarsity Press, 1999], pp. 20–24). Unos 30 pasajes más del NT utilizan el lenguaje de *doulos* para enseñar verdades sobre la vida cristiana.

8. Ver por ejemplo, Romanos 1.1; 1 Corintios 7.22; Gálatas 1.10; Efesios 6.6; Filipenses 1.1; Colosenses 4.12; Tito 1.1; Santiago 1.1; 1 Pedro 2.16; 2 Pedro 1.1; Judas 1 y Apocalipsis 1.1.

9. De acuerdo con la *International Standard Bible Encyclopedia* (en lo sucesivo referido como *ISBE*), algunos comentaristas han propuesto que el término «cristiano» literalmente significa «esclavo de Cristo». Por ejemplo: «Deissmann (*Licht vom Osten*, 286) propone que *cristiano* quiere decir *esclavo de Cristo*, así como *cesáreo* significa *esclavo de César*» (John Dickie, «Cristiano» en James Orr, ed., *ISBE* [Chicago: Howard-Severance Company, 1915], I:622).

10. Stringfellow Barr, *The Mask of Jove* (Filadelfia: Lippincott, 1966), p. 483.

Por esto, a veces ocurría que era necesario buscar al oficial apropiado (el *curator civitatis*) para constatar la verdad sobre su condición civil». ¹¹

Sin embargo, lo que probaba ser confuso para las autoridades romanas tenía sentido perfecto para los mártires de la iglesia primitiva. ¹² Su identidad propia se había redefinido radicalmente por el evangelio. Ya fueran libres o esclavos en esta vida, a todos ellos se les había liberado del pecado; por tanto, al ser comprados por precio, todos habían llegado a ser esclavos de Cristo. Eso es lo que significa ser un *cristiano*. ¹³

El Nuevo Testamento refleja esta perspectiva, ordenando a los creyentes a someterse a Cristo completamente y no solo como siervos contratados o empleados espirituales, sino como quienes pertenecen por entero a Él. Se nos pide obedecerlo sin preguntas y seguirlo sin reclamos. Jesucristo es nuestro Amo, un hecho que reconocemos cada vez que lo llamamos «Señor». Somos sus esclavos, llamados para obedecerlo y honrarlo humilde e incondicionalmente.

Hoy en las iglesias no escuchamos mucho acerca de este concepto. En el cristianismo contemporáneo se habla de cualquiera cosa menos de la terminología esclavo. ¹⁴ Se habla del éxito, de la salud, de la riqueza,

11. Northcote, *Epitaphs of the Catacombs*, p. 140.

12. Karl Heinrich Rengstorf, en «δοῦλος», en Gerhard Kittel, ed.; Geoffrey Bromiley, trad., *Theological Dictionary of the New Testament*, vol. 2, señala que: «En la iglesia primitiva la fórmula [esclavo de Dios o esclavo de Cristo] tomó un nuevo impulso, al utilizarse cada vez más por los cristianos para autodesignarse (cp. 2 Clem. 20, 1; Herm. m. 5, 2, 1; 6, 2, 4; 8, 10, etc.)» (Grand Rapids: Eerdmans, 1964, p. 274).

13. En una carta del segundo siglo de las iglesias de Lyons y Viena a las iglesias de Asia y Frigia, los autores anónimos comenzaron por designarse como los «esclavos de Cristo» (Eusebio, *Ecclesiastical History*, 5.1–4). Continuaron describiendo la amplia persecución que habían padecido, incluido el martirio que muchos entre ellos habían experimentado.

14. Tal como Janet Martin Soskice explica: «A pesar de su justificación bíblica, hablar del cristiano como “esclavo de Cristo” o “esclavo de Dios” lo cual disfrutó de alguna popularidad en las epístolas paulinas y en la iglesia primitiva, apenas se utiliza ahora por los cristianos

de la prosperidad y de la búsqueda de la felicidad. Con frecuencia escuchamos que Dios ama a las personas incondicionalmente y quiere que sean todo lo que *ellos* quieren ser, que quiere que cumplan cada deseo, esperanza o sueño. La ambición *personal*, la realización *personal*, la gratificación *personal*, todo esto ha llegado a ser parte del lenguaje del cristianismo evangélico, y parte de lo que significa tener una «relación personal con Jesucristo». En lugar de enseñar el evangelio del Nuevo Testamento, donde se llama a los pecadores a someterse a Cristo, el mensaje contemporáneo es exactamente lo opuesto: Jesús está aquí para cumplir todos *tus* deseos. Equiparándolo a un ayudante personal o a un entrenador particular, muchos asistentes a las iglesias hablan de un Salvador *personal* que está deseoso de cumplir sus peticiones y ayudarlos en sus esfuerzos de autosatisfacción o logros personales.

La comprensión del Nuevo Testamento acerca de la relación del creyente con Cristo no podría ser más opuesta. Él es el Amo y Dueño. Nosotros somos su posesión. Él es el Rey, el Señor y el Hijo de Dios. Nosotros somos sus objetos y sus subordinados.

En una palabra, nosotros somos sus *esclavos*.

Perdido en la traducción

La descripción bíblica que prevalece sobre la relación del cristiano con Jesucristo es la de esclavo-amor.¹⁵ No obstante no la verá si hace una lectura superficial a través de su Nuevo Testamento en español.

contemporáneos, quienes tienen poco entendimiento o poca simpatía con la institución de la esclavitud y el lenguaje que genera» (*The Kindness of God: Metaphor, Gender, and Religious Language* [Nueva York: Oxford UP, 2007], p. 68).

15. Por ejemplo, Rengstorff destaca la preeminencia «en el NT [de] la idea de que los cristianos pertenecen a Jesús como sus δούλοι [*esclavos*] y por tanto sus vidas se ofrecen a Él como el Señor

La razón de ello es tan simple como chocante: en casi todas las versiones al español la palabra griega para *esclavo* ha sido encubierta por una traducción incorrecta. Vayamos tanto a la versión Reina-Valera Revisada 1960 como a la de 1909 que la precedió.¹⁶ Aunque la palabra *esclavo* (*doulos* en griego) aparece 124 veces en el texto original,¹⁷ solo una vez está correctamente traducida en la versión Reina-Valera de 1960. Muchas de nuestras traducciones modernas apenas lo hacen un poco mejor.¹⁸ Casi pareciera una conspiración.

En vez de traducir *doulos* como «esclavo», las traducciones coherentemente usan en su lugar la palabra *siervo*. Irónicamente, el idioma griego tiene al menos media docena de palabras que pueden significar *siervo*. La palabra *doulos* no es una de ellas.¹⁹ Siempre que se utiliza, tanto en el Nuevo Testamento como en la literatura secular griega, significa *esclavo* solamente. Atendiendo al *Theological Dictionary of the New Testament* [Diccionario Teológico del Nuevo Testamento], la autoridad principal en cuanto al significado de los términos griegos en la Escritura, la palabra *doulos* se utiliza exclusivamente «ya sea para describir el estatus de un esclavo o una actitud que se corresponde con la de un esclavo».²⁰ Tal diccionario continúa haciendo notar que

resucitado y exaltado» (*Theological Dictionary of the New Testament*, s.v. «δοῦλος», p. 2:274).

16. Incluso antes, John Wycliffe y William Tyndale tradujeron la palabra griega *doulos* con la palabra «siervo» del español.

17. Según Harris, «esta palabra [*doulos*] aparece 124 veces en el Nuevo Testamento y su forma compuesta *syndoulos* (“esclavo-compañero”) diez veces» (*Slave of Christ*, p. 183). La forma verbal también aparece ocho veces más.

18. Dos excepciones de esto son E. J. Goodspeed, *The New Testament: An American Translation* (1923) y la Holman Christian Standard Version (2004), las cuales traducen de manera coherente *doulos* como «slave» en inglés («esclavo» en español).

19. Cp. Harris, *Slave of Christ* [Esclavo de Cristo], p. 183.

20. Rengstorf, *Theological Dictionary of the New Testament*, s.v. «δοῦλος», 2:261.

el significado es tan inequívoco y tan autónomo que es superfluo dar ejemplos de términos individuales o trazar la historia del grupo... [El] énfasis aquí siempre está en «sirviendo como esclavo». Por consiguiente, tenemos un servicio que no es una cuestión de opción para aquel que lo hace, el cual tiene que realizarlo sea que le guste o no, pues está sujeto como esclavo a una voluntad ajena, la de su dueño. [El término acentúa] la dependencia del esclavo a su señor.

Aunque es cierto que las obligaciones de *esclavo* y *sirviente* podrían solaparse en algún grado, hay una distinción crucial entre las dos: los sirvientes se *contratan*; los esclavos se *poseen*.²¹ Los sirvientes tienen un elemento de libertad al elegir para quién trabajan y qué hacen. La idea de servidumbre mantiene cierto nivel de autonomía propia y derechos personales. Los esclavos, por su parte, no tienen ni libertad, ni autonomía, ni derechos. En el mundo grecorromano, a los esclavos se les consideraba propiedad, al punto que a los ojos de la ley se les veía como *cosas* en lugar de como *personas*.²² Ser el esclavo de alguien era ser su posesión, atado a obedecer su voluntad sin dudar ni argumentar.²³

21. Tal como Walter S. Wurzburger explica: «Ser esclavo de Dios... implica más que ser meramente su siervo. Los siervos mantienen su estado de independencia. Ellos solamente tienen tareas específicas y responsabilidades limitadas. Los esclavos, por su parte, no tienen derechos *respecto a* sus dueños, pues se estiman propiedad de estos» (*God Is Proof Enough* [Nueva York: Devora Publishing, 2000], p. 37).

22. Al hablar de la esclavitud romana en particular, Yvon Thébert destacó que el esclavo «se equiparaba en su función y era para su amo lo que el buey para el hombre pobre: un objeto animal que poseía. La misma idea es una constante en la ley romana, en la que con frecuencia se asocia la esclavitud con otras partes de un patrimonio, vendido bajo las mismas reglas que gobernaban la transferencia de una parcela de tierra o incluidos con herramientas o animales en un legado. Ante todo él era un objeto, un *res mobilis*. A diferencia del asalariado, no se hacía distinción entre su persona y su labor» («El esclavo», pp. 138–74 en Andrea Giardina, ed., *The Romans* [Chicago: University of Chicago, 1993], p. 139).

23. John J. Pilch, en «Slave, Slavery, Bond, Bondage, Oppression», en Donald E. Gowan, ed., *Westminster Theological Wordbook of the Bible* (Louisville, KY: Westminster Juan Knox Press,

Entonces, ¿por qué las traducciones modernas coherentemente tradujeron incorrectamente *doulos* cuando su significado en griego es inequívoco? Hay al menos dos respuestas a esta pregunta. Primero, dados los estigmas conectados a la esclavitud en la sociedad occidental, los traductores comprensiblemente habrían querido evitar cualquier asociación entre la enseñanza bíblica y la trata de esclavos del Imperio Inglés y la era colonial.²⁴ Para el lector promedio, hoy la palabra *esclavo* no evoca imágenes de la sociedad grecorromana, más bien representa un sistema injusto de opresión que finalmente terminó por medio de la ley parlamentaria en Inglaterra y de la guerra civil en Estados Unidos. Con el objetivo de evitar ambas confusiones potenciales y las imágenes negativas, los traductores modernos han reemplazado el vocablo esclavo con el término siervo.

Segundo, desde una perspectiva histórica, a finales de la época medieval era común traducir *doulos* con la palabra *servus* del latín. Algunas de las traducciones más antiguas al español, influenciadas por la versión latina de la Biblia, traducían *doulos* como «siervo», pues era una traducción más natural de *servus*.²⁵ En adición a esto, el término *esclavo* en la Inglaterra del siglo dieciséis generalmente representaba a alguien en cadenas físicas o en prisión. Ya que esto es muy diferente de la idea grecorromana de esclavitud, los traductores de las primeras versiones al español optaron por una palabra con la que sentían mejor representada la esclavitud grecorromana en su cultura. Esa palabra fue

2003), p. 472, señala que «el sustantivo griego *doulos* es un subdominio del campo semántico “control, regla” y describe a alguien a quien alguien o algo controla completamente».

24. *Ibid.*, p. 474. El autor señala que «la esclavitud en el mundo antiguo prácticamente no tenía nada en común con la esclavitud común a la práctica y la experiencia del nuevo mundo de los siglos dieciocho y diecinueve. Esta distorsionaría la interpretación de la Biblia para imponer tal entendimiento en sus libros».

25. Cp. Harris, *Slave of Christ*, p. 184.

siervo. Estas primeras traducciones continúan teniendo un impacto significativo en las versiones modernas en español.²⁶

No obstante, cualquiera que sea el razonamiento detrás del cambio, algo significativo se pierde en la traducción cuando *doulos* se interpreta como «siervo» en lugar de «esclavo». El evangelio no es una simple invitación a ser un asociado de Cristo; es un mandato a convertirse en su esclavo.

Redescubrimiento de esta palabra

El énfasis de la Biblia en la esclavitud respecto a Dios se pierde desde las páginas de la mayoría de las traducciones al español. No obstante, eso que está oculto en nuestras versiones modernas fue una verdad central para los apóstoles y las generaciones de creyentes que vinieron después de ellos.

Los lectores cristianos antiguos, como Ignacio (que murió alrededor del 110 A.D.) y sus colegas, se vieron a sí mismos como «esclavos

26. Para una mirada fascinante a la reticencia de los traductores antiguos de la Biblia en traducir *doulos* como «esclavo» vea Edwin Yamauchi, «Slaves of God», *Bulletin of the Evangelical Theological Society* 9/1 (invierno 1966): pp. 31–49. Yamauchi muestra que a finales del siglo trece, «la esclavitud desapareció del noroeste de Europa ... por tanto, el hombre inglés del siglo diecisiete conoció la esclavitud, por lo menos al principio de ese siglo, no como una institución íntima y aceptada, sino más bien como un fenómeno remoto» (p. 41). El concepto de ellos acerca de un «siervo» se había formado a partir de su concepto de servidumbre, un tipo de sujeción en la cual se sometía al jornalero a la tierra que trabajaba. Aunque estaba obligado al hacendado, sus servicios solo se podían vender cuando la tierra misma se vendía. En contraste, «la esclavitud» evocaba en sus mentes «el caso extremo de un cautivo con grilletes» (p. 41), una imagen de crueldad que comprensiblemente ellos quisieron evitar pero, al hacerlo así, disminuyeron sin querer la fuerza de las expresiones bíblicas exactas. En palabras de Yamauchi: «Si mantenemos en mente lo que la “esclavitud” significaba para los antiguos y no lo que significa para nosotros o para los teóricos del siglo diecisiete, de seguro ganaremos un entendimiento elevado de muchos pasajes del Nuevo Testamento» (p. 43). Vea también Harris, *Slave of Christ*, p. 184.

compañeros» de Cristo.²⁷ Policarpo (c. 69–155) instruyó a los filipenses: «Amarren su túnica suelta y sirvan como esclavos de Dios en temor reverente y verdad».²⁸ *The Shepherd of Hermas* [El pastor de Hermas] (escrito en el siglo dos) advierte a sus lectores que «hay muchas [obras malvadas] de las cuales el esclavo de Dios debe abstenerse».²⁹ El escritor del siglo cuatro conocido como Ambrosiaster explicó que «aquel que es libre de [la ley mosaica] “muere” y vive para Dios, convirtiéndose en su esclavo, adquirido por Cristo».³⁰ Agustín (354–430) simplemente hizo a su congregación esta pregunta retórica: «¿No merece tu Señor tenerte como su esclavo confiable?»³¹ En algún otro lugar él reprendió a aquellos que exhibirían orgullo tonto: «Tú eres una criatura, agradece al Señor que eres un esclavo, no menosprecies al Amo».³² El antiguo expositor bíblico Juan Crisóstomo (347–407) confortó a aquellos que estaban en cautiverio físico con estas palabras: «En las cosas que se refieren a Cristo, ambos [esclavos y amos] son iguales: y así como eres el esclavo de Cristo, así también lo es tu amo».³³

27. Cp. *Epistle to the Philadelphians*, p. 3; *Epistle to the Magnesians*, p. 2; *Epistle to Smyrna*, p. 12.

28. Policarpo, *Letter to the Philippians*, p. 2, en Bart D. Ehrman, trad., *The Apostolic Fathers* (Harvard, 2003), 1:335.

29. *The Shepherd of Hermas*, exposición del octavo mandamiento, 38:3-6, en *ibid.*, II:270. Esta es solo una de varias instancias en las cuales *Hermas* utilizó la frase «esclavo de Dios».

30. *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, 81:3. 28:21–23, citado en las notas críticas de Eric Plumer en *Augustine's Commentary on Galatians* (Nueva York: Oxford UP, 2003), 30n153.

31. Agustín, «Sermon 159», en John E. Rottelle, trad., *Sermons* (Hyde Park, NY: New City Press, 1992), p. 124.

32. Agustín, *Homilies on the Gospel of John 1–40*, Homilía 29, trad. por Edmund Hill (Hyde Park, NY: New City Press, 2009), p. 495. Adición de mayúscula a los nombres divinos.

33. Juan Crisóstomo, *Homilies on First Corinthians*, Homilía 19.5–6 (en 1 Co 7.22, 23), citado en Schaff, *Nicene and Post-Nicene Fathers*, 12:108-9.

Incluso en la historia más reciente, a pesar de la confusión causada por las traducciones al español, eruditos destacados y pastores han reconocido la realidad de este concepto vital.³⁴ Ponga atención a las palabras de Charles Spurgeon, el gran predicador inglés del siglo diecinueve:

Donde nuestra autorizada versión delicadamente pone «siervo» en realidad es «esclavo-atado». Los santos antiguos se deleitaban en contarse como propiedad absoluta de Cristo, comprados por Él, propiedad de Él y completamente a su disposición. Pablo fue aun más lejos como para regocijarse de tener las marcas del sello de su Amo en él y clama: «No permitas a ningún hombre que me angustie: porque llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús». Este fue el final de todo el debate: él era del Señor y las marcas de los azotes, los palos y las piedras eran la flecha extensa del Rey que marcó el cuerpo de Pablo como propiedad de Jesús el Señor. Ahora, si los santos de tiempos antiguos se gloriaron en obedecer a Cristo, oro porque usted y yo... podamos sentir que nuestro primer propósito en la vida es obedecer a nuestro Señor.³⁵

El pastor escocés Alexander Maclaren, un contemporáneo de Spurgeon, se hizo eco de estas mismas verdades:

La posición real, entonces, para un hombre es ser esclavo de Dios... sumisión absoluta, obediencia incondicional, en la parte de esclavo y en la parte de Amo, dominio completo, el derecho a la vida y a la muerte, el derecho a disponer de todas las pertenencias... el derecho a proferir mandamientos sin una

34. Vea el apéndice para citas adicionales de la historia reciente de la iglesia.

35. Carlos Spurgeon, «Eyes Right», sermón no. 2058, en *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1974), 34:689

razón, el derecho a esperar que esos mandamientos se cumplan sin vacilar, rápida, estricta y totalmente, estas cosas son inherentes a nuestra relación con Dios. ¡Bendito [es] el hombre que ha aprendido lo que ellos hacen y que los ha aceptado como su gloria más alta y la seguridad de su vida sumamente bendecida! Para los hermanos, tal sumisión, absoluta e incondicional, la fusión y la absorción de mi propia voluntad en su voluntad, es el secreto de todo lo que hace la madurez gloriosa, grande y feliz... en el Nuevo Testamento estos nombres de esclavo y dueño se transfieren a los cristianos y a Cristo.³⁶

Como lo hicieron tan abundantemente claro estas voces de la historia de la iglesia, nuestra esclavitud a Cristo tiene implicaciones radicales por cómo pensamos y vivimos. Se nos ha *comprado con un precio*. *Pertenece* a Cristo. Somos parte de un pueblo para *su posesión propia*. El entendimiento de esto cambia todo acerca de nosotros, comenzando por nuestras perspectivas y nuestras prioridades.

El cristianismo verdadero no es sumar a Jesucristo a *mi* vida. Más bien, es dedicarme yo mismo por completo a *Él*, sometiéndome enteramente a su voluntad y procurando agradarlo por encima de todo. Esto demanda la muerte propia y seguir al Amo, sin importar el costo. En otras palabras, ser cristianos es ser *esclavos* de Cristo.

En las páginas que siguen, examinaremos la abismal profundidad de esa palabra oculta y en el proceso descubriremos el cambio de vida que hace.

36. Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture, the Acts*, comentario sobre Hechos 4,26, 27, 29 (n.p.: BiblioLife, 2007), pp. 148–49.

dos

Historia antigua,
verdad eterna

Para comprender del todo el uso en el Nuevo Testamento del término esclavo, necesitamos comenzar con una perspectiva histórica concerniente a la práctica de la esclavitud en la era grecorromana.

La esclavitud era una estructura social dominante en el Imperio Romano del primer siglo. De hecho era tan común que nunca nadie la cuestionó seriamente como institución.¹ Los esclavos de todas las edades, géneros y etnias constituían una clase socioeconómica importante en la antigua Roma. Aproximadamente un quinto de la población del imperio eran esclavos, alcanzando, a principios del primer siglo después de Cristo, la cifra de doce millones.² No es de sorprender que la

1. En este sentido, Dale B. Martin, *Slavery as Salvation* (New Haven: Yale UP, 1990), p. 42, escribió: «La institución de la esclavitud nunca se cuestionó realmente por sí misma. Los esclavos pueden haber estado resentidos por su cautiverio pero dada la oportunidad ellos mismos adquirirían esclavos. Una vez libertos, simplemente subían una muesca en el sistema, convirtiéndose también en amos y señores y atrayendo a sus dependientes junto a ellos. Casi ninguno, esclavos incluidos, pensaba en organizar la sociedad de algún otro modo».

2. Murray J. Harris, *Slave of Christ* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 34. De acuerdo con la *International Standard Bible Encyclopedia*: «En las ciudades más grandes como Roma, Corinto, Éfeso y Antioquía, nada más y nada menos que un tercio de la población era legalmente esclava y otro tercio lo había sido anteriormente en su vida» (S. S. Bartchy, «Servant; Slave», en Geoffrey W. Bromiley, ed., *ISBE*, vol. 4 [Grand Rapids: Eerdmans, 1988], p. 420).

economía romana haya sido tan dependiente de este depósito cuantioso de mano de obra, calificada o no.

Inicialmente, la población esclava romana llegó a través de las conquistas militares. Mientras el imperio expandía sus fronteras, capturaba grupos enormes de personas, quienes consecuentemente se vendían al cautiverio. No obstante, cerca del siglo primero la mayoría de los esclavos heredaban su lugar en la sociedad al nacer en esclavitud.³ Por lo tanto, la mayor parte de ellos no había conocido nunca la libertad.

Para muchos esclavos la vida era difícil, especialmente para aquellos que trabajaban en las minas o en las granjas. Estos esclavos «rústicos» frecuentemente vivían apartados de las ciudades de residencia de sus dueños, bajo la supervisión de un capataz o encargado. Sin embargo, también había muchos esclavos que vivían en las ciudades, trabajando junto a sus amos como parte de la casa. Para estos esclavos «urbanos», con frecuencia la vida era considerablemente más llevadera.⁴

Como dependían de su entrenamiento y de las necesidades de sus amos, los esclavos ejercían funciones numerosas, tanto dentro como fuera de la casa. Desde maestros hasta cocineros, desde dependientes hasta doctores; los esclavos estaban involucrados en una variedad amplia de ocupaciones. Con un vistazo a la calle habría sido difícil distinguir entre esclavos y no esclavos. Esencialmente no había diferencia en el vestir; como tampoco diferencias significativas en responsabili-

3. S. Scott Bartchy, *First-Century Slavery & 1 Corinthians 7.21* (Eugene, OR: Wipf and Stock, 2002), p. 71.

4. Keith Bradley, *Slavery and Society at Rome* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge UP, 1994), p. 58. Bradley explica: «Con fines legales los romanos dividían a los esclavos en dos categorías: aquellos que pertenecían a las familias de la ciudad, la *familia urbana*, y aquellos que pertenecía a la familia rural, la *familia rústica*. La división se basaba en la convicción de que el típico dueño de esclavos mantenía una residencia o residencias en la ciudad provista de esclavos domésticos y tenía bienes inmuebles en el campo que se trabajaban, al menos en parte, con labor esclava».

dades. Cualquier línea de trabajo que podía tener una persona libre también podía tenerla un esclavo.

Los esclavos de la casa recibían más honra que otros, pues trabajaban más cerca de sus amos. Como miembros de la casa, estaban íntimamente involucrados en cada parte de la vida de la familia, desde el cuidado de los hijos del amo hasta la administración de su casa o incluso administrando los intereses de su negocio. Un esclavo malvado era un gran inconveniente y podía causar serios daños a los bienes del dueño. No obstante, un esclavo leal y diligente era un patrimonio maravilloso para su amo. El esclavo fiel podía mirar hacia el futuro para recibir posiblemente su libertad algún día, una recompensa que con frecuencia los dueños utilizaban para motivar a sus esclavos al cumplimiento absoluto.

La esclavitud también ofrecía cierta cuota de protección económica y social para aquellos cuyos amos eran benignos y bien respetados. Los esclavos no tenían que preocuparse por su próxima comida, o si tendrían o no un lugar para estar. Su preocupación única era velar por los intereses de sus dueños. A cambio, el amo se ocupaba de sus necesidades. Además, si el amo era un miembro prestigioso o poderoso de la comunidad, como un oficial del gobierno, sus esclavos también eran respetados por su relación con él. Un gran trato de honra se daba a los esclavos de alguien altamente estimado por la sociedad romana.

No obstante, debemos ser cuidadosos en no presentar una impresión de la esclavitud del primer siglo excesivamente romántica. Ser esclavo era estar en la posición de otra persona, totalmente subyugado a un amo en todo. El filósofo griego Aristóteles definió a un esclavo como un ser humano que se consideraba como un artículo de

propiedad, alguien que pertenecía completamente a otra persona.⁵ Los romanos antiguos veían la esclavitud de la misma manera: «El esclavo no tiene, en principio, derechos, ni status legal en absoluto; sino que era una posesión personal de su amo».⁶ Como resultado, el esclavo «podía poseerse y negociarse como cualquier otra pieza de propiedad. Estaba [completamente] a merced de su dueño, sin derechos».⁷

La experiencia de alguien como esclavo, por tanto, dependía por último de las demandas y la benevolencia de su amo. Los esclavos de amos abusivos y temperamentales soportaban una vida de miseria.⁸ Pero para los esclavos de amos razonables y hasta amables, la situación podía ser exponencialmente mejor.⁹ Como explica el profesor de historia Scott Bartchy: «Lo único que tenían del todo en común los esclavos en el primer siglo era el hecho de que cada uno de ellos tenía

5. Aristóteles, *Politics*, 1.254a7. W. W. Buckland, en *The Roman Law of Slavery*, señaló que «el esclavo romano no poseía los atributos que el análisis moderno considera esenciales para la personalidad. La capacidad de derechos es uno de ellos y el esclavo romano no lo tenía» (Union, NJ: Lawbook Exchange, 2000, p. 3).

6. Pierre Grimal, *The Civilization of Rome*, trad. W. S. Maguinness (Londres: George Allen, 1963), p. 499.

7. Michael Grant, *The World of Rome* (Nueva York: World Publishing, 1960), p. 116.

8. Al hablar de los abusos de la esclavitud durante estos años, Dale B. Martin, en *Slavery as Salvation* explica que «durante el inicio del imperio, en los tiempos de Augusto hasta el final del siglo dos, millones de seres humanos tuvieron que vivir en humillación y destitución, sirviendo a las necesidades y caprichos, los placeres y el mal genio, de otros seres humanos... Los dueños tenían el derecho de amarrar, torturar o matar a sus esclavos. En la literatura de la época, continuamente uno se topa con la opinión de que la vida del esclavo es la peor que se pueda imaginar» (p. xiii).

9. Harold Mattingly, *Roman Imperial Civilisation* (Nueva York: Norton & Co., 1971), p. 177. Mattingly explica que «las maldades [y abusos] de la esclavitud debieron ser, de hecho fueron, mitigados por la benignidad entre amos y esclavos nacidos en la casa». En este sentido, Peter Jones y Keith Sidwell, eds., en *The World of Rome* (Nueva York: Cambridge UP, 1997), proveen ejemplos de la lealtad y la amistad que se desarrolló a veces entre esclavos y amos bondadosos (pp. 231–32).

un amo. La experiencia de la esclavitud de una persona dependía casi enteramente de las costumbres de la familia del dueño, los negocios y la clase social particular a la que pertenecía el dueño y al carácter del dueño mismo».¹⁰

La esclavitud en el mundo romano era tan diversa como el número de amos que poseían esclavos. Sea que los esclavos trabajaran en el campo o en la ciudad, sea que se convirtieran en campesinos, en encargados de casa o en algo más, sea que finalmente se ganaran o no su libertad y que la calidad de su existencia diaria fuera positiva o no, todo descansaba en las manos de su amo. Cada dueño de esclavo definía la naturaleza de la vida de sus esclavos. Por su parte, los esclavos solo tenían un objetivo primario: Complacer al amo en todo a través de su obediencia leal a él.

Fuera de Egipto

Es en comparación con este escenario cultural grecorromano que Jesús y los apóstoles hablaron de la esclavitud, utilizándola como una ilustración para describir la vida cristiana. Para entender totalmente esta metáfora neotestamentaria, necesitamos además considerar brevemente la esclavitud como existió en el Israel del Antiguo Testamento.

La palabra hebrea para *esclavo*, *'ebed*, aparece en el Antiguo Testamento 799 veces como sustantivo y otras 290 veces como verbo.¹¹

10. Bartchy, *First-Century Slavery & 1 Corinthians 7.21*, p. 68.

11. Claus Westermann, en «עֶבֶד», en *Theological Lexicon of the Old Testament*, Ernst Jenni y Claus Westermann, eds., Mark Biddle, trad., vol. 2 (Peabody, MA: Hendrickson, 1997), p. 822. Westermann señala que «en la esfera social, *'ebed* designaba comúnmente el esclavo en el Antiguo Testamento».

Por esto «la idea más básica de *'ebed* es la de un esclavo»,¹² su significado fundamental nuevamente se pierde en las páginas de la mayoría de las traducciones al español. La Reina Valera 1960, por ejemplo, nunca traduce *'ebed* como «esclavo», sino que, la gran mayoría de las veces opta por «siervo» o «criado».¹³ Sin embargo, en contraste, la Septuaginta, una traducción griega del Antiguo Testamento de antes del tiempo de Cristo, traduce *'ebed*, con formas de *doulos* o *esclavo*, ¡más de cuatrocientas veces!¹⁴ Los eruditos rabínicos que produjeron la Septuaginta comprendieron exactamente el significado de *'ebed*, lo cual explica por qué el término fue tan prominente en esa traducción. Para los judíos del tiempo de Jesús, que estaban familiarizados tanto con el Antiguo Testamento hebreo como con la Septuaginta griega, sería imposible pasar por alto el uso repetitivo de las imágenes del esclavo de la Biblia.

La esclavitud fue parte de la historia de Israel desde sus primeros días como nación. Incluso antes del nacimiento de Isaac, en Génesis 15, Dios reveló a Abraham que sus descendientes experimentarían un día gran sufrimiento como esclavos en una tierra extranjera. Un anticipo de la aflicción que vendría solo tres generaciones más tarde cuando a José, el bisnieto de Abraham, sus hermanos lo vendieron

12. Walt Kaiser, «*abad*» en *Theological Wordbook of the Old Testament*, Gleason L. Archer, R. Laird Harris y Bruce K. Waltke, eds. (Chicago: Moody, 1980), 2:639.

13. De acuerdo con el *Léxico* de Strong, la Versión Autorizada traduce la forma sustantiva de *'ebed* como «siervo» 744 veces, «criado» 23 veces, «esclavo» 21 veces, «cautiverio» 10 veces, «esclavo/esclava» una y «de todas partes» una.

14. La Septuaginta (LXX) usa *doulos* para traducir la forma sustantiva de *'ebed* 314 veces. Adicionalmente, la forma verbal de *doulos* (*douleuo*) se usa para traducir la forma verbal *'ebed* 114 veces. En todas, la LXX traduce *'ebed* con alguna forma de *doulos* 428 veces. Cp. Eugene Carpenter, «עֶבֶד», en William Van Gemeran, ed., *New International Dictionary of Old Testament Theology and Exegesis* (Grand Rapids: Zondervan, 1997), 3:306. (De aquí en adelante se hará referencia a *New International Dictionary of Old Testament Theology and Exegesis* como *NIDOTTE*).

mandándolo al cautiverio. No obstante, lo que los hermanos de José pretendieron para mal, Dios lo orquestó para bien, exaltando al anteriormente esclavo a un lugar de poder político y utilizándolo para salvar millones de vidas de la hambruna. Al final, José se reconcilió con sus hermanos y volvió a reunirse con su padre Jacob. Toda su familia incluso descendió a Egipto, donde se establecieron en una región llamada Gosén.

Aunque inicialmente los egipcios recibieron con honores a los descendientes de Jacob (o Israel, como se le renombró en Génesis 35) finalmente los esclavizaron. El primer capítulo de Éxodo lo explica así:

Se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José... Entonces [los egipcios] pusieron sobre ellos [los israelitas] comisarios de tributos que los molestasen con sus cargas.... Y los egipcios hicieron servir a los hijos de Israel con dureza, y amargaron su vida con dura servidumbre, en hacer barro y ladrillo, y en toda labor del campo y en todo su servicio, al cual los obligaban con rigor (vv. 8, 11, 13–14).

Cuando los israelitas clamaron a Dios por ayuda, Él los liberó de una manera tan espectacular como sobrenatural. Los relatos de la vida de Moisés, la zarza ardiente, las diez plagas, la Pascua y la división del Mar Rojo son todos clásicos de la Escuela Dominical. No obstante, no debemos dejar que nuestra familiaridad con las historias reste mérito a los sorprendentes milagros que tuvieron lugar. Egipto, el poder mundial de sus días, se estaba desmantelando sistemáticamente bajo la ira impresionante de Dios, mientras Él gloriosamente ponía en exposición su majestad y liberaba a su pueblo.

Sin embargo, el éxodo de Egipto no dio autonomía completa a los israelitas. En lugar de ello, esto los envió hacia un tipo diferente de cautiverio. Aquellos que una vez fueron propiedad de faraón se convirtieron en la posesión del Señor. «Vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos», les dijo Dios cuando acamparon al pie del Monte Sinaí (Éxodo 19.5). Más tarde, dijo a Moisés: «Porque mis siervos son los hijos de Israel; son siervos míos, a los cuales saqué de la tierra de Egipto. Yo Jehová vuestro Dios» (Levítico 25.55). Al pueblo hebreo se le había liberado de un amo para servir a otro. Dios sería su Rey soberano y ellos serían sus leales subordinados.

El éxodo no los rescató del todo de la esclavitud sino solo de la esclavitud de faraón. Ahora, eran esclavos de Dios: «El éxodo representó un evento histórico que formó las bases sobre las cuales Israel se asimiló a sí mismo como esclavo de Dios. Incluido en esta asimilación estaba la obligación de servir a Dios en obediencia leal y de rechazar a cualquier otro... llamarse a sí mismo israelita era lo mismo que llamarse esclavo de Dios».¹⁵

Tristemente, a través de la historia de Israel, los judíos con frecuencia olvidaron eso.

Él era su Amo. En vez de obedecerlo y honrarlo a Él solo, repetidamente coquetearon con la idolatría y la rebelión contra el Señor. Dios respondió permitiendo a las naciones vecinas conquistarlos y oprimirlos. Si su pueblo no estaba dispuesto a ser su esclavo, ellos una vez más serían esclavos de sus enemigos.¹⁶

15. John Byron, *Slavery Metaphors in Early Judaism and Pauline Christianity* (Tubinga, Alemania: J. C. B. Mohr, 2003), pp. 50–51. Vea también I. A. H. Combes, *The Metaphor of Slavery in the Writings of the Early Church* (Sheffield, Inglaterra: Sheffield Academic Press, 1998), pp. 43–44.

16. Cp. Lv. 26.13-17; Dt. 28.58–68; 2 Cr. 12.8.

El libro de Jueces detalla los fracasos repetidos de Israel al respecto. No obstante, a pesar de la infidelidad de la nación, Dios permaneció fiel. Estuvo siempre presto a liberarlos cuando clamaron a Él con arrepentimiento sincero.

Incluso, después de establecida la monarquía en Israel, el pueblo continuó resistiéndose de corazón a la esclavitud a Dios. La ruta idólatra de la nación finalmente trajo su retirada completa de la tierra prometida, culminando con el exilio en Babilonia. Habiéndoseles rescatado de Egipto siglos antes, el pueblo de Dios nuevamente se encontró en cautividad.¹⁷ Y una vez más, el Señor los liberaría (cp. Esdras 9.9).

Nehemías, el hombre que usó Dios para traer un remanente de judíos de regreso a la tierra prometida, comprendió este mismo punto. Cuando clamó a Dios por perdón y liberación a favor del pueblo, comenzó su oración con estas palabras:

Y dije: Te ruego, oh Jehová, Dios de los cielos, fuerte, grande y temible, que guarda el pacto y la misericordia a los que le aman y guardan sus mandamientos; esté ahora atento tu oído y abiertos tus ojos para oír la oración de tu [esclavo (*'ebed*)], que hago ahora delante de ti día y noche, por los hijos de Israel tus [esclavos (*'ebedi*)]; y confieso los pecados de los hijos de Israel que hemos cometido contra ti; sí, yo y la casa de mi padre hemos pecado (Nehemías 1.5–6).¹⁸

17. Eugene Carpenter, en *NIDOTTE* («עֶבֶד», 3:306), muestra la conexión entre la cautividad babilónica y el éxodo: «En el gran cambio de rumbo de la liberación de Dios en el éxodo, Él esclavizaría (*'bd*) a Israel a sus enemigos (Jeremías 17.4)».

18. La palabra para «esclavo» en estos versículos es *'ebed* en hebreo y se traduce con formas de *doulos* (o «esclavo») en la Septuaginta en griego. Por esto, en español se traduce mejor como «esclavo», que como «siervo».

Nehemías terminó su oración retomando las palabras de Moisés y pidiendo a Dios que de nuevo salvara al pueblo que siglos antes «redimiste con [tu] gran poder, y con [tu] mano poderosa» (v. 10).

Desde el éxodo hasta el exilio y más allá, la identidad corporativa de Israel como esclavo de Dios fue parte integral de la historia de la nación. Muchos de los héroes de Israel, incluidos Abraham, Moisés, Josué, David, Elías y los profetas se denominaron específicamente sus esclavos.¹⁹

No obstante, el entendimiento veterotestamentario de la esclavitud no fue exclusivamente un asunto de identidad nacional. La institución también existía como parte de la vida diaria en el Israel antiguo. Ya que los israelitas podían venderse ellos mismos en esclavitud por deuda debido a insolvencia financiera, bajo la ley mosaica iban a recibir un trato como sirvientes heredados (cp. Levítico 25.35-43).²⁰

Por otra parte, los esclavos no judíos que se habían obtenido mediante la captura, la compra o nacidos de padres esclavos «podréis tener por posesión. Y los podréis dejar en herencia para vuestros hijos después de vosotros, como posesión hereditaria»

19. Cp. Jueces 2.8; 1 Reyes 18.36; 2 Reyes 18.12; Salmos 89.3, 105.42; Isaías 48.20; Ezequiel 38.17; Daniel 9.11. Estos versículos se traducen con formas de *doulos* en la Septuaginta. Karl Heinrich Rengstorf, en «Doúlos», en *Theological Dictionary of the New Testament Abridged in One Volume* (Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, eds.; Geoffrey Bromiley, trad. [Grand Rapids: Eerdmans, 1985], p. 183), añade que la forma verbal de «*douleúein* en la LXX es el término más común para el servicio de Dios, no solo en hechos aislados sino en compromiso total... Por esta razón, *doúloi* es un título de honor cuando conferido a figuras tan sobresalientes como [aquellos listados anteriormente]. Lo opuesto a *douleúein* es desobediencia».

20. J. Albert Harrill, en «Slave» [Esclavo] en *Eerdmans Dictionary of the Bible* (Grand Rapids: Eerdmans, 2000), señala que a veces estas protecciones mosaicas se ignoraron. Él había escrito: «Aunque se diseñó para abreviar y quizás hasta para poner fin a la esclavitud por deuda, al parecer no se prestó atención a estas leyes deuteronomísticas, ya que la esclavitud por deuda entre hebreos continuó siendo común por todo el período bíblico (2 Reyes 4.1; Amós 2.6; 8.6; Miqueas 2.9)» (David Noel Freedman, ed., p. 1232).

(Levítico 25.44–46)». ²¹ Bajo la ley a estos esclavos domésticos se les garantizaba cierta protección y, por tanto, se les trataba mejor que en otras sociedades antiguas del Cercano Oriente. ²² De todas maneras, al igual que en Roma, primariamente se les «consideraba una inversión financiera y los esclavos improductivos y desobedientes podían esperar el castigo (Éxodo 21.20–21)». ²³

Aunque ambas instituciones no eran en manera alguna idénticas, la esclavitud del Israel veterotestamentario compartía ciertas similitudes con la de Roma del siglo primero. En particular, los esclavos extranjeros se podían adquirir y, por consiguiente, poseerse como propiedad; estaban completamente sujetos a la voluntad de su amo; se les recompensaba o castigaba a partir de su desempeño; pudiéndoseles mantener como esclavos indefinidamente. ²⁴ Al igual que todos los esclavos en el mundo antiguo, sus vidas se caracterizaban por «la idea de dependencia total, la pérdida de autonomía y el sentido de pertenencia total a otro». ²⁵

21. Harris, *Slave of Christ*, p. 28.

22. Cp. Levítico 25.6; Éxodo 20.10; 21.26–27. Harris señala que «en comparación con otras sociedades antiguas del Cercano Oriente, las regulaciones israelitas que controlaban la esclavitud (principalmente en Éxodo 21, Levítico 25 y Deuteronomio 15) son más humanas» (*Slave of Christ*, p. 28).

23. John Byron, *Slavery Metaphors*, pp. 40–41. Byron advierte que, además de la esclavitud doméstica, también se practicaron en el Israel antiguo la esclavitud de deuda, la esclavitud de templo y la esclavitud de estado.

24. William J. Webb, «Slavery», *Dictionary for Theological Interpretation of the Bible*, ed. Kevin Vanhoozer (Grand Rapids: Baker Academic, 2005), p. 751. Webb dice que en el Israel antiguo, a los esclavos extranjeros se los consideraba propiedad (Éxodo 12.44; 21.20–21, 32; Levítico 22.11); y que a ellos no se les liberaba cada siete años (Levítico 25.39–46) y que a sus dueños se les permitía pegarles, a condición que no los mataran (Éxodo 21.20–21). I. A. H. Combes señala que «al esclavo hebreo, por ley, se le liberaba luego de un período determinado, mientras que al esclavo gentil se le mantenía perpetuamente» (*The Metaphor of Slavery*, p. 38).

25. Harris, *Slave of Christ*, p. 45.

Los hombres del amo

Cuando los apóstoles utilizaron las imágenes de la esclavitud tanto para sus predicaciones como para escribir el Nuevo Testamento, eran plenamente conscientes de lo que eso significaba en términos de la historia judía así como de la cultura romana.²⁶ Desde el punto de vista de la historia de Israel, ser esclavo de Dios era identificarse a sí mismo con aquellos parados en el Monte Sinaí y con las intenciones nobles que se proclamaron, «Haremos todas las palabras que Jehová ha dicho» (Éxodo 24.3). Más aun, era alinearse con hombres notables de fe, tales como Abraham, Moisés, David y los profetas, líderes espirituales que ejemplificaron sumisión incondicional a la voluntad y a la Palabra de Dios.

Desde el punto de vista de la cultura del primer siglo, la esclavitud sirvió como una ilustración apropiada de la relación del creyente con Cristo, relación de sumisión completa y subyugación al amo. En ambos casos, ser esclavo era estar bajo la autoridad completa de otra persona. Esto significaba rechazar la autonomía personal y abrazar la voluntad de otro. El concepto no requería grandes explicaciones, pues la esclavitud era común y había existido por muchos siglos.

Cuando el apóstol Pablo se refirió a sí mismo como «esclavo de Cristo» y como «esclavo de Dios»,²⁷ sus lectores sabían exactamente

26. Por ejemplo, observando las influencias duales de la teología del Antiguo Testamento y la cultura grecorromana en el pensamiento de Pablo, Peter Garnsey explica que «Pablo era un cristiano teólogo inmerso en la ley y las escrituras judías. Él también bosquejó ideas de la filosofía clásica, hasta si se usaron antes y de manera atenuada. Estas influencias fusionadas con la experiencia histórica propia de Pablo y la percepción del contexto ideológico y social, produjeron la mezcla distintiva que es la teoría paulina del esclavo» (*Ideas of Slavery from Aristotle to Augustine* [Nueva York: Cambridge UP, 1996], p. 186).

27. Vea Romanos 1.1; Gálatas 1.10; Filipenses 1.1; Tito 1.1. Dale B. Martin, en *Slavery as Salvation*, tiene una explicación importante sobre cómo el uso por Pablo de «esclavos de

qué quería decir. Por supuesto, esto no aseveraba algo menos impactante. En el contexto grecorromano, como las ciudades a las que Pablo escribió, la libertad personal era preciada, la esclavitud era denigrante y la esclavitud autoimpuesta era despreciable y abominable.²⁸ Sin embargo, para Pablo, cuya única ambición era ser agradable a Cristo, no podría haber una autodesignación más adecuada.²⁹ Su vida giraba en torno al Amo. Nada más importaba, ni siquiera sus planes personales.

Otros escritores del Nuevo Testamento se hicieron eco de la devoción sincera de Pablo al Señor. Santiago no se jactó de ser medio hermano, en lugar de ello se llamó a sí mismo «Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo» (Santiago 1.1). Más tarde en su carta, Santiago instruyó a sus lectores con estas palabras: «¡Vamos ahora! los que decís: Hoy y mañana iremos a tal ciudad, y estaremos allá un año, y traficaremos, y ganaremos ... En lugar de lo cual deberíais decir: Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello» (4.13, 15). Tal lenguaje traza fuertemente la relación esclavo-amor. Los esclavos no podían ir y hacer lo que deseaban. Estaban obligados a seguir la voluntad de su amo.

Pedro, Judas y Juan también se designaron todos como esclavos obligados a hacer el trabajo del Señor.³⁰ Estos hombres fueron compañeros de nuestro Salvador y los líderes de la iglesia primitiva. Sin

Cristo» no solo en un entendimiento israelita veterotestamentario de la esclavitud de Dios sino también (y mayormente) en un entendimiento grecorromano de la esclavitud (p. xvi).

28. Karl Heinrich Rengstorff escribió: «Los griegos tienen un sentido fuerte de libertad. La dignidad personal consiste de libertad. Hay por tanto una aversión violenta al cautiverio. El servicio debe rendirse al estado pero por elección libre. La esclavitud se desprecia y se rechaza» (*Theological Dictionary of the New Testament Abridged*, s.v. «*Doúlos*», p. 183).

29. Cp. 2 Corintios 4.5; 5.9.

30. Cp. 2 Pedro 1.1; Judas 1; Apocalipsis 1.1.

lugar a dudas, justamente se les podría considerar la élite espiritual. Sin embargo, ellos estaban felices de identificarse a sí mismos como esclavos.

Cuando examinamos el Nuevo Testamento, rápidamente encontramos que el término «esclavo de Cristo» no estaba reservado para creyentes de bajo nivel o neófitos espirituales. Los apóstoles con entusiasmo abrazaron el título para ellos mismos y también lo utilizaron para referirse a otros en el ministerio.³¹ No es sorprendente entonces, encontrar las imágenes de la esclavitud utilizadas con frecuencia por todas sus epístolas en referencia a la vida cristiana. La esclavitud fue una metáfora adecuada, como explica un historiador:

La experiencia de la esclavitud fue [una ilustración] perfecta para una audiencia antigua. Al igual que un esclavo, el [cristiano] converso experimentaba la fuerza psicológica violenta de la insubordinación personal, el deshonor social de apartarse de su familia y cultura tradicional y la alienación natal de perder la identidad pasada propia, recibir un nombre nuevo, tener que aprender un idioma nuevo y otra visión del mundo, además de formar relaciones nuevas de parentesco.³²

La palabra *doulos*, o *esclavo*, incluso se utiliza en todo el libro de Apocalipsis para describir la eterna relación de los creyentes con el Señor. Tanto al inicio como al final del libro, se nos dice que Dios

31. Cp. Hechos 4.29; 16.17; Colosenses 1.7; 4.12; 2 Timoteo 2.24.

32. J. Albert Harrill, *Slaves in the New Testament* (Minneapolis: Fortress Press, 2006), p. 32. Anteriormente, Harrill explicó que «la figura del esclavo proporciona un lenguaje poderoso y fascinante a través del cual articular la formación de la comunidad cristiana y la definición propia precisamente porque los primeros cristianos compartieron con una sociedad “pagana” más abierta el mismo conjunto de suposiciones culturales, tropos literarios y estereotipo social del esclavo» (pp. 31–32).

entregó esta revelación «para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto» (Apocalipsis 1.1). En Apocalipsis 7.3, a los convertidos que componen los 144,000 se les llama «los siervos [esclavos] de nuestro Dios». En Apocalipsis 10.7 se hace referencia a los profetas de manera similar con la palabra *doulos*, así como a los mártires en Apocalipsis 19.2. No obstante, no es sino hasta el final del libro que, en un sentido colectivo, se describe a *todos* los creyentes como los esclavos de Dios. Apocalipsis 22.3-4, un pasaje que describe las glorias del estado eterno, dice esto: «Y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, y sus siervos [*douloi*; literalmente, esclavos] le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes». La realidad gloriosa es esta, como sus esclavos, usted y yo y cualquier otro creyente de toda la historia humana gozosamente adorará y exaltará por toda la eternidad a nuestro amo celestial, el Rey de reyes y Señor de señores.

tres

El esclavo bueno y fiel

La verdad de la Palabra de Dios siempre es contracultural y la noción de convertirse en un esclavo ciertamente no es la excepción. De hecho es difícil imaginar un concepto más ofensivo a la sensibilidad moderna que este de la esclavitud. La sociedad occidental, en particular, pone un precio alto a la libertad personal y a la libertad de elección. Por tanto, presentar las buenas nuevas en términos de la relación esclavo-amor va en contra de todo lo que nuestra cultura aprecia. Tal enfoque es controversial, antagónico y políticamente incorrecto. No obstante, esa es precisamente la forma en que la Biblia habla sobre lo que significa seguir a Cristo.

La esclavitud en la enseñanza de Jesús

Al presentar el evangelio a través del lente de la esclavitud, estamos siguiendo el ejemplo de Jesús mismo. Nuestro Señor ni apoyó ni denunció la institución de la esclavitud tal y como existió en sus días. Sin embargo, la consideró una analogía apropiada para ilustrar ciertas verdades acerca del evangelio y el reino de Dios. Como lo explica un erudito:

Jesús normalmente evocó la figura del esclavo en sus enseñanzas... para los comentaristas modernos, los esclavos y la esclavitud, con frecuencia han sido, ante todo, metafóricos. Para Jesús, eran parte de la estructura de la vida diaria. Jesús se apoyó en la figura del esclavo para su discurso no porque la figura de la esclavitud era parte de su herencia filosófica o retórica sino porque los esclavos eran comunes al mundo donde vivía: preparando alimentos, cosechando grano y recibiendo los golpes.¹

Jesús trazó muchas de sus ilustraciones y parábolas en base al mundo del esclavo de sus días.² Los esclavos debían estar trabajando en los campos, acopiando el fruto de una viña, invitando a los convidados a una boda, velando por las labores de la casa o ayudando con las ocasiones especiales de la familia.³ No obstante, cualquiera fuere la representación específica, Cristo repetidamente utilizó las imágenes del esclavo como la mejor analogía para clarificar realidades espirituales profundas.

A partir de las enseñanzas de Jesús⁴ aprendemos que el esclavo no es mayor que su amo; no conoce los planes de su amo. Ellos son responsables ante el amo por cómo usan sus recursos, incluso en su

1. Jennifer A. Glancy, *Slavery in Early Christianity* (Minneapolis: Fortress Press, 2006), p. 129. En los evangelios, por ejemplo, el centurión gentil (Lucas 7.2–10) y el sumo sacerdote judío (Mateo 26.51; Marcos 14.47; Lucas 22.50; Juan 18.10, 17–18, 26) aparecen como dueños de esclavos.

2. Karl Heinrich Rengstorff escribió: «Esto también es verdad en las parábolas pero el compromiso total de *douloi* y la afirmación total de *kýrios* sirven aquí para ilustrar el señorío incondicional de Dios y la responsabilidad incondicional de los creyentes hacia Él» (Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, eds.; Geoffrey Bromiley, trad., *Theological Dictionary of the New Testament Abridged in One Volume* [Grand Rapids: Eerdmans, 1985], s.v. «*Doúlos*», p. 184).

3. Cp. Mateo 13.27–28; 21.34–36; 22.3–10; 24.45; Marcos 12.2–4; 13.34; Lucas 14.17–23; 15.22; 20.10–11.

4. Cp. Mateo 10.24; 18.23, 26–33; 24.45–50; 25.14–30; Lucas 6.40; 12.37–47; 17.7–10; 19.13–22; Juan 13.16; 15.15–20.

ausencia. También son responsables de cómo tratan a sus compañeros esclavos y son objeto del castigo considerable si son despiadados con otros. Se espera que los esclavos obedezcan y honren a sus amos sin quejas; no obstante, al esclavo fiel se le honrará por su servicio diligente. Por lo demás, los esclavos pueden esperar que los desconocidos los traten de la manera que tratan a su amo. Si al amo se le trata con desprecio, los esclavos no deben esperar que su trato sea mejor.

Jesús también utilizó el término esclavo para definir la realidad de lo que significa seguirlo a Él. El discipulado, como la esclavitud, implica una vida de autonegación, una disposición humilde con respecto a los otros, una devoción incondicional solo al Amo, una disposición a obedecer sus mandamientos en todo, un ansia por servirle incluso en su ausencia y una motivación que viene de saber que Él está satisfecho.⁵ Aunque ellos fueron una vez los esclavos del pecado, los seguidores de Cristo reciben libertad espiritual y descanso para sus almas a través de la relación salvadora con Él.⁶

Opuesto al trasfondo histórico de la esclavitud, el llamado de nuestro Señor al autosacrificio se vuelve mucho más vívido.⁷ La vida de un esclavo consistía en una rendición absoluta, sumisión y servicio a su amo; las personas en los días de Jesús reconocerían inmediatamente el paralelo. La invitación de Cristo a seguirlo era una invitación a ese mismo tipo de vida.

5. Cp. Mateo 24.44–46; 25.21; Marcos 10.44; Lucas 6.46; 12.37; 14.26–33; 16.13; Juan 14.15, 21.

6. Vea Juan 8.34, 36 y Mateo 11.28–30.

7. Como explica Michael Card: «Tome su cruz y sígame». Estas son palabras de esclavo de Jesús, pues la crucifixión era la muerte de un esclavo (Mateo 10.38; 16.24)... «Tomad mi yugo», invita Jesús. Tome su lugar junto a otros que están esclavizados por mí y por el evangelio» (*A Better Freedom* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 2009], p. 23).

En lo personal

En todo el Nuevo Testamento, se llama reiteradamente a los creyentes a abrazar la perspectiva de aquellos que pertenecen a Cristo y, por tanto, amorosamente se someten a Él como Amo. Este tipo de perspectiva tiene implicaciones serias con cómo nosotros, como creyentes, pensamos y actuamos. Considere, por ejemplo, los siguientes cinco paralelos entre el cristianismo bíblico y la esclavitud del primer siglo.

Propiedad exclusiva

Tal como vimos en el capítulo 2, la ley romana consideraba a los esclavos como «propiedad en control absoluto de un dueño». ⁸ Los sirvientes empleados, al igual que los empleados modernos, podían elegir a sus señores y renunciar si así lo querían, sin embargo, los esclavos no tenían tal opción. ⁹ Sea que se les vendiera a esclavitud o nacieran en ella, los esclavos pertenecían por completo a aquellos que los poseían.

El Nuevo Testamento trata este tema según explica el pasado pecaminoso del creyente y la relación presente con Cristo. Aunque nacimos como esclavos del pecado, habiendo heredado de Adán un estado esclavizado, Cristo nos adquirió a través de su muerte en la cruz. ¹⁰ Se nos compró con un precio; por tanto, no estamos más bajo la autoridad del pecado. En lugar de ello, estamos bajo el dominio exclusivo de Dios. ¹¹

8. Thomas Wiedemann, *Greek & Roman Slavery* (Nueva York: Routledge, 1988), p. 15.

9. S. Scott Bartchy ha señalado esta distinción entre esclavos y libertos: «Por supuesto, si el liberto no registraba un contrato restringido como precio de su libertad, tenía una ventaja sobre el esclavo en la que podía dar aviso de que él estaba abandonado» (*First-Century Slavery & 1 Corinthians 7.21* [Eugene, OR: Wipf and Stock, 2002], p. 74).

10. Romanos 5.18–19; Efesios 2.1–3; cp. 1 Pedro 1.18–19; Apocalipsis 5.9.

11. Romanos 6.14; 1 Corintios 7.23.

Cristo es nuestro nuevo amo.¹² Como Pablo dijo a los romanos: «Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y liberados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia» (Romanos 6.17–18).

Como cristianos somos parte de «un pueblo propio» (Tito 2.14), estamos unidos a la multitud de aquellos que «son de Cristo» (Gálatas 5.24) y lo adoramos como nuestro «Amo en los cielos» (Colosenses 4.1). Así como los esclavos del primer siglo recibirían nombres nuevos de sus amos terrenales,¹³ a cada uno se nos dará un nombre nuevo en Cristo. Él mismo prometió en Apocalipsis 3.12: al que triunfe, «yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo». Los creyentes en el estado eternal servirán al Señor como sus esclavos por siempre «y su nombre estará en sus frentes» (Apocalipsis 22.4). El simbolismo es ineludible, como explica un comentarista: «Escribir el nombre sobre cualquier cosa es una expresión figurativa común en hebreo que denota tomar posesión absoluta

12. Cp. Leland Ryken, James C. Wilhoit, Tremper Longman III, eds., «Slave, Slavery», *The Dictionary of Biblical Imagery* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1998), p. 797. El artículo advierte que «desde la perspectiva bíblica toda persona está sujeta a esclavitud, ya sea al pecado o a Dios». John J. Pilch repite ese pensamiento en «Slave, Slavery, Bond, Bondage, Oppression». Él observa que «en la Biblia, nadie es alguna vez realmente “libre”, más bien siempre es esclavo de alguien. Israel aceptó con gratitud su nuevo status como “esclavos de Dios”. Pablo sugiere lo mismo para los cristianos» (Donald E. Gowan, ed., *Westminster Theological Wordbook of the Bible* [Louisville: Westminster Juan Knox Press, 2003], pp. 475–76).

13. William Blair, *An Inquiry into the State of Slavery amongst the Romans* (Edimburgo: Thomas Clark, 1833; repr., Detroit: Negro History Press, 1970), p. 116. Blair explica que «los dueños que por primera vez adquirían esclavos, les daban los apelativos que les parecían adecuados: aquellos para los esclavos comprados se tomaban más comúnmente del nombre de su país o lugar de nacimiento o de los nombres más usados allí, también del lugar de adquisición: los esclavos tomados en guerras con frecuencia se les nombraba en honor a sus captores».

Esclavo

de, convertirse en propiedad total de alguien». ¹⁴ Recibiremos el nombre de Cristo porque seremos su posesión exclusiva por siempre.

Sumisión completa

Ser esclavo no significaba solamente pertenecer a otra persona; también implicaba estar disponible siempre a obedecer a esa persona en todas las maneras. El único deber del esclavo era llevar a cabo los deseos del amo y el esclavo fiel anhelaba hacer tal cosa sin vacilación o reparo. Después de todo, «los esclavos no conocen otra ley sino la palabra de su amo; no tienen derechos propios; son propiedad absoluta de su amo y están obligados a ofrecerle obediencia incuestionable». ¹⁵

A partir de estas imágenes, el Nuevo Testamento reiteradamente llama a los creyentes a obedecer fielmente a su Señor. Como explica un autor:

Como Cristo es Señor, así el cristiano es esclavo, hasta la esclavitud, debiendo obediencia incuestionable. Pablo explícitamente compara la esclavitud espiritual con la literal (e.g., Colosenses 3.22–24), habla de marcas de esclavo y de los sellos de la posesión de Cristo y desarrolla en detalle el concepto de cristianos como adquisición que pertenece a su Señor: «No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio». Estar vivo del todo «resulta ... en beneficio de la obra», ¡el esclavo solo existe para trabajar! (1 Corintios 6.19, 20; Filipenses 1.22). Por tanto representado, la

14. A. Plummer, *The Revelation of St. John the Divine, The Pulpit Commentary* (reimpr., Grand Rapids: Eerdmans, 1978), p. 113.

15. William Barclay, *The Letters of James and Peter* (Louisville: Westminster John Knox Press, 2003), p. 39.

consagración es la sumisión moral completa al reclamo y dominio absoluto de Cristo.¹⁶

La sumisión al señorío de Cristo, una actitud del corazón que por sí misma se desarrolla en obediencia a Él, es el marco que define a aquellos convertidos genuinamente. 1 Juan 2.3 es explícito al respecto: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos».

Como sus esclavos, se espera de nosotros: «obedecer» (1 Pedro 1.2), para «que presentéis [nuestros] cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es [nuestro] culto racional» (Romanos 12.1) y que «guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él» (1 Juan 3.22). «Porque habéis sido comprados por precio» dijo Pablo a los corintios, «glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Corintios 6.20). Más tarde: «Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios» (10.31).

Aquellos que afirman pertenecer a Cristo pero persisten en patrones de desobediencia traicionan la realidad de esa profesión. El apóstol Juan lo explica así: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1 Juan 1.6). Esto es especialmente cierto sobre los maestros falsos, a quienes el Nuevo Testamento describe como «esclavos de corrupción» (2 Pedro 2.19) y que «no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres» (Romanos 16.18). Son «hombres impíos, que convierten en libertinaje la gracia de nuestro Dios, y niegan a Dios el único soberano, y a nuestro Señor Jesucristo» (Judas 4; cp. 2 Pedro 2.1). El verdadero hombre de Dios, en cambio, es «el siervo [esclavo] del

16. Reginald E. O. White, *Christian Ethics* (Macon, GA: Mercer UP, 1994), p. 166. White es un antiguo director del Baptist Theological College de Escocia.

Esclavo

Señor» haciéndose a sí mismo «útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra» (2 Timoteo 2.24, 21).

Devoción singular

La vida de un esclavo en la época del Nuevo Testamento debió ser difícil aunque relativamente simple. Los esclavos solo tenían un interés primario: llevar a cabo la voluntad del amo. En las áreas en que se les daba órdenes directas, se les requería obedecer. En las áreas en que no se les daba órdenes directas, ellos debían encontrar la manera de agradar al amo lo mejor que podían.

Este tipo de dedicación centrada que marca la esclavitud del primer siglo también caracteriza al cristianismo bíblico. Al igual que los esclavos, nosotros debemos ser completamente devotos a nuestro Amo único. Nuestro interés mayor se resume en las palabras de Cristo: «Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas» (Marcos 12.30). Tal devoción exclusiva hace imposible servir a Dios y a otro amo al mismo tiempo. Simultáneamente no podemos servir a Dios y al dinero, adorar al Dios verdadero y a los ídolos o vivir de acuerdo al espíritu y la carne.¹⁷

Todo lo que debemos hacer es «lo que es agradable delante de él» (Hebreos 13.21). Esta fue la motivación de las palabras de Pablo a los corintios: «Por tanto procuramos también, o ausentes o presentes, serle agradables» (2 Corintios 5.9). Los creyentes «agradándole en todo» (Colosenses 1.10), deben «conduciros y agradar a Dios» (1 Tesalonicenses 4.1) y hacer lo que «agrada a Dios» (Romanos 14.18). Se nos llama a buscar su gloria en todo lo que hacemos, anhelando nosotros

17. Cp. Mateo 6.24; Romanos 7.5–6; 6.11–18; 1 Tesalonicenses 1.9.

mismos una conducta digna de su nombre.¹⁸ Por último, lo único que importa es la aprobación y la recompensa del Amo. Para el esclavo fiel, esto es motivación suficiente.

Dependencia absoluta

Como parte de la familia del amo, los esclavos eran totalmente dependientes de sus dueños en cuanto a las necesidades básicas de la vida, incluyendo la alimentación y el refugio. Las comidas usualmente consistían de maíz, aunque el grano o el pan a veces se entregaban en lugar de ello. «Junto con el maíz o el pan, se permitía comúnmente la sal o el aceite. Ni la carne ni los vegetales formaban parte de la dieta normal de los esclavos; no obstante ocasionalmente recibían una cantidad pequeña de vinagre y pescado salado o aceitunas, cuando los higos u otras frutas no abundaban».¹⁹ Referente al refugio, los esclavos domésticos vivían usualmente con sus amos, en cuartos de esclavos separados o, en el caso de las casas más pequeñas, en cualquier espacio libre.²⁰ Aunque básicas desde la perspectiva moderna, tales provisiones eran generalmente adecuadas. Hasta daban al esclavo una ventaja significativa sobre los no esclavos.

A diferencia de las personas libres, los esclavos no tenían que preocuparse por encontrar algo que comer o un lugar donde dormir. Ya que sus necesidades estaban atendidas, ellos podían centrarse enteramente en servir al amo.

Nuevamente, los paralelos con la vida cristiana son notables. Como creyentes, podemos enfocarnos en las cosas que Dios nos ha llamado

18. Cp. 1 Corintios 10.31; Colosenses 2.12; 3.17; 1 Tesalonicenses 2.12.

19. Blair, *An Inquiry into the State of Slavery*, p. 95.

20. Veá Jennifer A. Glancy, *Slavery in Early Christianity*, p. 45.

a hacer, confiando en que Él atiende nuestras necesidades. «No os afanéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o qué vestiremos?» Dijo Jesús a sus seguidores: «Vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas» (Mateo 6.31-33). Aquellos que tienen como su prioridad mayor agradar a Dios pueden estar confiados que Él cuidará de ellos.²¹

Nadie comprendió mejor este principio que el apóstol Pablo. Como «esclavo de Cristo», él había dejado todo para servir a su Amo. Su ministerio no era de los fáciles, humanamente hablando. En reiteradas ocasiones lo habían golpeado, encarcelado, había estado en peligro y amenazado de muerte. Sin embargo, a pesar de todo esto, Dios siempre le proporcionó todo lo que necesitaba para cumplir fielmente su ministerio. «Por nada estéis afanosos», escribió a los filipenses, «sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego» (4.6). Más adelante en ese capítulo, explicó que había aprendido el secreto del contentamiento, sin importar las circunstancias. Por consiguiente, él pudo exclamar: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (v. 13). El contentamiento de Pablo vino tanto de la confianza total en Cristo como de la evaluación correcta de sus necesidades. Como le explicó a Timoteo: «Teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto» (1 Timoteo 6.8).

Basado en toda una vida de confianza en su Amo, Pablo pudo con seguridad decir a los filipenses: «Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús» (4.19). Algo similar

21. Cp. Ryken, Wilhoit, y Longman, «Slave, Slavery», *The Dictionary of Biblical Imagery*, p. 798. El artículo señala que «la relación esclavo-amor es paralela a la nuestra con Dios porque se nos llama a rendir cuentas a Él... [De la misma manera] Él también asume responsabilidad por nosotros: "como los ojos de los siervos miran a la mano de sus señores... Así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios, hasta que tenga misericordia de nosotros" (Salmos 123.2)».

les había dicho a los corintios: «Y poderoso es Dios para hacer que abunde en vosotros toda gracia, a fin de que, teniendo siempre en todas las cosas todo lo suficiente, abundéis para toda buena obra» (2 Corintios 9.8). El mismo Pablo dependía diariamente de Cristo, descansando en la promesa de Dios a él: «Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en la debilidad» (2 Corintios 12.9). Incluso en medio de circunstancias aparentemente terribles, Pablo permaneció confiado y agradecido.²²

Simplemente saber que estaba al cuidado de su Amo hacía posible enfrentar cualquier dificultad. Como escribió a los creyentes en Roma:

«¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro» (Romanos 8.35, 38–39).

Pablo podía enumerar todas estas amenazas potenciales basado en su experiencia personal.²³ Él sabía de primera mano que ninguna de ellas podría segar el amor de su Amo por él.

Responsabilidad personal

Los esclavos del primer siglo eran completamente responsables ante sus dueños por todo lo que hacían. Por último, la evaluación de

22. Cp. Hechos 16.25; 1 Tesalonicenses. 5.18.

23. Para una lista de algunas de las pruebas que Pablo padeció por el bien de Cristo, vea 2 Corintios 11.23–33.

su amo era la única que importaba. Si el amo estaba satisfecho, el esclavo se beneficiaría por consiguiente. Toda una vida de fidelidad hasta podría recompensarse con la emancipación o la libertad. Sin embargo, si se disgustaba al amo, el esclavo podría esperar la disciplina apropiada, frecuentemente tan severa como el azotamiento. Los castigos más extremos, inusuales pero permitidos bajo la ley romana, incluían «la crucifixión, el quebrantamiento de huesos, las amputaciones, brea caliente, collares limitadores y el potro de tortura».²⁴ Tal sistema de recompensas y castigos proveían estimulación poderosa para que los esclavos trabajaran duro y les fuera bien.

A los creyentes, así mismo, se les impulsa a partir del entendimiento de que un día ellos estarán parados ante Cristo. El deseo de agradar al Amo se eleva por el conocimiento de que «cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14.12). «Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5.10). Cada uno de nosotros al igual que el esclavo diligente en Mateo 25, anhela escuchar al Señor decir aquellas palabras bienaventuradas: «Bien, buen siervo [esclavo] y fiel ... entra en el gozo de tu señor» (vv. 21, 23). Nos sentimos animados al saber que todo el que persevere en fidelidad recibirá «la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día ... a todos los que aman su venida» (2 Timoteo 4.8).

En el contexto de la iglesia primitiva, un número significativo de creyentes también habrían sido esclavos romanos. Pablo los alienta recordándoles que al servir a sus amos terrenales estaban sirviendo al Señor. En tales casos, la motivación a la obediencia iba más allá

24. Murray J. Harris, *Slave of Christ* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 42.

de un incentivo terrenal a una recompensa celestial. A los esclavos en Colosas Pablo escribió: «Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís» (Colosenses 3.22–24; cp. Efesios 6.5–8).

Los amos cristianos solo necesitaban recordar que tenían un Amo celestial. Pablo continuó exhortando a los colosenses dueños de esclavos con estas palabras: «Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos» (Colosenses 4.1; cp. Efesios 6.9).

Recordaba que el Amo en los cielos era una fuerza poderosa para los primeros cristianos, fueran esclavos o libres. Esto también nos debe motivar a nosotros. No importa si se recompensa o no nuestra fidelidad en esta vida. Un día nos pararemos delante de Cristo para recibir la recompensa total.

¡Qué día tan glorioso será! En las palabras de Charles Spurgeon:

[En aquel día] el Señor otorgará a su pueblo una recompensa abundante por todo lo que han hecho. No porque merezcan recompensa alguna sino porque Dios primero les dio gracia para hacer buenas obras y luego tomó sus buenas obras como evidencia de un corazón renovado y les dio una recompensa por lo que habían hecho. Oh, qué dicha será escuchar decir: «Bien hecho, siervo bueno y fiel» y darte cuenta de que has trabajado para Cristo cuando nadie lo sabía, de que Cristo tomó nota de todo ello, para ti que serviste al Señor bajo la tergiversación,

Esclavo

encontrar que el Señor Jesús separó la paja del trigo, y supo que tú eras uno de sus preciados. Para entonces Él decir: «entra en el gozo de tu Señor», qué dicha será para ti.²⁵

25. Charles Spurgeon, «The Great Assize», sermón No. 1076, *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1984), 18:587.

cuatro

El Señor y Amo
(Parte 1)

Hasta este punto, hemos considerado la metáfora bíblica en cuanto a la esclavitud de Cristo desde la perspectiva de la esclavitud, enfocándonos en la palabra *doulos* y sus implicaciones para la vida cristiana. En este capítulo tornaremos nuestra atención a la otra cara de la relación esclavo-amor, buscando comprender lo que quiere decir la Biblia cuando llama a Jesús nuestro «Señor» y «Amor» (*kyrios* en griego). Comenzaremos por considerar la verdad de que Él es Señor y Amor sobre su iglesia. Entonces, en los dos próximos capítulos, ampliaremos nuestro estudio para considerar el lugar que le corresponde sobre cada persona y cosa que existe en el universo.



Fue la mañana del 6 de julio de 1415. El mayor predicador de su generación y uno de los más destacados en toda la historia de la iglesia, se presentó a juicio una vez más. Sin embargo, esta sería la última vez que lo haría.

Había padecido más de siete meses de encarcelamiento torturante. Aunque le habían prometido un salvoconducto a y desde el juicio, lo

arrestaron y encerraron poco después de su llegada. Primero, lo echaron a un calabozo oscuro y deprimente que estaba cerca de la cloaca. Las condiciones eran tan horribles que pronto se enfermó gravemente y probablemente habría muerto de no haber sido reubicado. No obstante, los cuartos subsiguientes apenas estaban algo mejor. Pronto se vio confinado en a la torre de un castillo, donde lo encadenaban de pies y manos cada noche.

Aun cuando lo interrogaron en varias ocasiones, nunca le dieron una oportunidad para defenderse públicamente o para aclarar sus criterios.

Los procedimientos oficiales en su contra que comenzaron el 5 de junio, no eran más que un simulacro de juicio. Cuando le ordenaron que explicara sus escritos, su voz se ahogó entre los gritos enfurecidos de sus acusadores que demandaban la quema de sus libros. Aunque apeló a la razón, a su conciencia e incluso a la Palabra de Dios, ignoraron y desoyeron sus ruegos. Finalmente guardó silencio, convencido de que nada de lo dicho sería de utilidad alguna. Su silencio lo interpretaron como el reconocimiento de su culpabilidad.

Por tanto, la mañana del 6 de julio, se hizo caminar a este inocente hombre de Dios hasta la catedral para enfrentar el veredicto final. Con el fin de ridiculizarlo, sus acusadores lo vistieron con una túnica de sacerdote y pusieron una copa de la comunión en su mano. Luego lo despojaron de esa vestimenta, quitándole la ropa pieza por pieza como demostración simbólica de su excomunión.

Habiéndolo condenado y denunciado como hereje, lo hicieron desfilar hasta el lugar de su ejecución, en las afueras de la ciudad, donde nuevamente quisieron que se retractara, a lo que volvió a negarse. Con sogas mojadas lo ataron a un poste mientras aseguraban una cadena alrededor de su cuello. A sus pies amontonaron la leña; entretanto, las

burlas de sus verdugos se entremezclaban con las voces silenciosas de la multitud curiosa. Pronto se encendió el fuego y el humo comenzó a llenar el aire. Cuando las llamas empezaron a abrasarlo, clamó, no en desesperación sino con las palabras de un himno: «Cristo, Hijo del Dios vivo, ten misericordia de nosotros, Cristo, Hijo del Dios vivo, ten misericordia de mí, tú que nacisteis de la Virgen María...» y cuando comenzó a cantar la tercera vez, el viento sopló la llama en su cara y de ese modo, moviendo sus labios en una oración silenciosa, expiró».¹

No obstante, las llamas aquel día de verano de 1415 habrían de palidecer comparadas con el fuego de la reforma que desató Juan Hus.² Su influencia se había extendido por toda Bohemia y por otras partes del Imperio Romano. Finalmente llegaría hasta Alemania, donde conformaría la visión de un monje llamado Martín Lutero. Al descubrir los escritos de Hus, Lutero exclamó: «Quedé abrumado de asombro. No pude entender por qué motivo han mandado a la hoguera a un hombre que explicó las Escrituras con tanta sabiduría».³ Aun separados por un siglo, Hus llegaría a ser uno de los grandes mentores de Lutero, al punto que al reformador alemán se le conocería como el «Hus sajón».⁴

¿Por qué la Iglesia Católica Romana envió a Juan Hus a la muerte? Si era un erudito y un maestro de las Escrituras, ¿qué causó su condena y posterior ejecución?

1. Matthew Spinka, *John Hus at the Council Constance* (Nueva York: Columbia UP, 1968), 233. El nombre «Huss» a veces se escribe «Hus».

2. Para saber más de la vida de Juan Huss, vea Allen W. Schattschneider, *Through Five Hundred Years* (Bethlehem, PA: Comenius Press, 1974) y Oscar Kuhns, *John Huss: The Witness* (Nueva York: Eaton and Mains, 1907).

3. Martin Luther, *Mon. Hus.*, vol. 1, prefacio, en Herbert Brook Workman y Robert Martin Pope, eds., *The Letters of John Hus* (Londres: Houlder & Stoughton, 1904), p. 1.

4. Roger Olson, *The Story of Christian Theology* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 349.

Hus no comenzó su vida en conflicto con la iglesia. De hecho, desde edad temprana deseó convertirse en sacerdote. Nació cerca de 1370 en una familia campesina pobre en Husinec, Bohemia.⁵

Pese a su origen humilde, Hus se propuso ser sacerdote en parte porque su madre lo animó a hacerlo y en parte porque así podría garantizarse una vida decente. Fue ordenado en 1402.

Siendo aun joven, asistió a la Universidad de Praga donde obtuvo una licenciatura en humanidades (en 1393), una licenciatura en teología (en 1394) y un diploma en teología (en 1396). En 1398 comenzó a enseñar en la universidad. Su rápido éxito fue tal que en 1401 se convirtió en el decano de la Facultad de Filosofía y en 1402, en el rector de toda la universidad. Fue durante ese tiempo que los escritos de Juan Wycliffe —reformador de la generación previa—, lo influenciaron grandemente.

La idea de Wycliffe, especialmente en lo concerniente a la autoridad de la Escritura y la corrupción del papado, dejarían una marca indeleble en Hus.

Poco tiempo después de su ordenación (y en adición a sus responsabilidades académicas y docentes), se convirtió en el predicador de la Capilla Belén, la iglesia principal de Praga con capacidad para tres mil personas.⁶ Prefería predicar en idioma bohemio más que en latín, una práctica que lo distinguió y lo hizo extremadamente popular entre el pueblo e impopular entre el clero.

5. Husinec, en la actualidad, está en la República Checa. Su apellido se derivó del pueblo en el cual nació. Él lo abrevió en «Huss» (o «Hus»), que significa «Ganso» en lengua bohemio. Esto se convirtió en algo así como un sobrenombre para John Huss y la historia de la iglesia menciona (por Lutero y otros) «el ganso que se cocinó» en referencia a su ejecución.

6. La capilla intencionalmente se nombró «Belén» o «Casa de Pan» porque era un lugar donde fácilmente la persona común podía alimentarse de la Palabra de Dios.

La enseñanza por medio de las Escrituras tuvo un impacto dramático en su vida, a tal punto que comenzó a reconocer la bancarrota del sistema católico romano. Respecto a su transformación espiritual escribió: «Cuando era joven en ideas y en razón, yo también pertenecía a la secta tonta [del catolicismo romano]. Sin embargo, cuando el Señor me dio el conocimiento de la Escritura, destituí ese tipo de estupidez de mi mente». ⁷ Fue esta dedicación a la Biblia lo que marcaría su ministerio. En otro lugar expresó: «Humildemente pacto con la fe, esto es, confío en las Sagradas Escrituras, deseando abrazar, creer y defender cualquier cosa contenida en ellas mientras tenga aliento». ⁸

Cuando la Iglesia Católica Romana autorizó la venta de las indulgencias en Praga, Hus denunció la práctica públicamente, lo que lo condujo a su excomunión. No obstante, después que el papa lo censuró, se mantuvo predicando en la Capilla Belén. Cuanto más predicaba, más se apoyaba en la Biblia, la cual inequívocamente proclamó como la autoridad final. Como explica un historiador:

No es de asombrarse que la Capilla Belén se abarrotara. Su púlpito no comerciaba abstracciones teológicas. La espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios, era en la mano del predicador un arma aguda, empuñada diestramente para exponer los pecados y subterfugios de la conciencia. Era la palabra de vida ofreciendo el consuelo de la gracia que salva. Hus fue un predicador para la generación en la que vivió, un predicador a las congregaciones que corrían a escucharle. Sus mensajes ardían con celo por la religión

7. Matthew Spinka, *John Hus' Concept of the Church* (Princeton, NJ: Princeton UP, 1966), p. 10.

8. *550 Years of Jan Hus' Witness* (Ginebra: Alianza Mundial de Iglesias Reformadas, 1965), pp. 1-2.

pura y con simpatía por la gente. Predicaba con todo su corazón. El mandamiento principal de Cristo, como recordó él al arzobispo de Praga, era predicar el evangelio a toda criatura y cuando el arzobispo y el papa le prohibieron volver a ocupar su púlpito, él solemnemente afirmó en una carta al oficial civil principal de Bohemia que se atrevía a no obedecer las órdenes, pues obedecer tal cosa sería una ofensa «contra Dios y su salvación».⁹

Con el objetivo de detenerlo, las autoridades eclesiásticas emitieron un edicto que impedía a todo ciudadano recibir la comunión o ser enterrado en los terrenos de la iglesia mientras Hus se mantuviera predicando. Por tanto, para ahorrarle al pueblo esa pérdida, finalmente cedió. En 1412 se retiró al campo, donde estudió y escribió febrilmente.

El mayor trabajo de Hus, *De Ecclesia (La Iglesia)*, detalló sus principales discrepancias con el sistema católico romano de sus días. Ese trabajo se leyó públicamente en Praga en 1413 y contenía criterios radicales. Por ejemplo, Hus enseñaba que la iglesia se conformaba de todos los creyentes predestinados de todas las épocas. Esto contrastaba con la posición oficial de la Iglesia Católica Romana, que enseñaba que «el papa es la cabeza y los cardenales el cuerpo de la iglesia».¹⁰ Las personas laicas comunes no eran miembros reales, sino que solo tenían comunión con la iglesia verdadera mediante la mesa del Señor (lo cual para ellos solo se limitaba al pan).

En *De Ecclesia*, Hus también dijo que la autoridad de la Biblia es mayor que la de la iglesia. Esta era una idea igualmente radical en aquel tiempo y era algo a lo que Hus había adherido por medio de

9. David S. Schaff, *John Huss: His Life, Teachings and Death after Five Hundred Years* (Eugene, OR: Wipf and Stock, 1915), p. 41.

10. Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 261.

Juan Wycliffe. Cien años más tarde, Martín Lutero se haría eco de esta misma convicción.

La razón fundamental por la que Juan Hus fue condenado a muerte es esta: enseñó que solo Jesucristo es la cabeza de la iglesia; denunció a los sacerdotes, cardenales y papas corruptos de su época como descalificados para cualquier tipo de liderazgo espiritual, argumentando en lugar de ello que la autoridad real pertenece a Cristo y su Palabra. Por eso afirmó: «Si las declaraciones del papa concuerdan con la ley de Cristo, deben ser obedecidas. Si no están de acuerdo con ella, entonces los discípulos de Cristo deben levantarse leal y varonilmente con Cristo en contra de toda y cualquier bula papal y estar listos, si es necesario, a sufrir la maldición y la muerte. Cuando el papa utiliza su poder de manera no bíblica, oponerse a él no es un pecado, es un mandato».¹¹ Resumiendo la enseñanza de Hus, el historiador Matthew Spinka escribió:

En un sermón acerca de Pedro, Hus afirma que la iglesia no está fundada sobre él [Pedro] sino en «el fundamento más seguro que es Cristo Jesús». Para apoyar su afirmación cita el pasaje de Pablo: «Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo...» El papa, que ha usurpado este poder, no desea escuchar que Cristo preguntó a Pedro tres veces antes de otorgarle las llaves si lo amaba. Solo después que Pedro declaró su amor por Cristo, Él le ofreció «alimentar sus ovejas». Ahora, el papa y muchos sacerdotes no aman a Dios ni alimentan las ovejas, ellos, sin embargo, sí secuestraron las llaves para tener control mundial.¹²

11. Ibid., p. 121.

12. Ibid., p. 63.

«Estas afirmaciones atacaron la esencia de la autoridad de la iglesia». ¹³
En respuesta, Roma lo quemó en la hoguera.

No es de extrañar que la característica distintiva de «*De Ecclesia*» sea «el tema de Cristo como cabeza única de la iglesia. Ningún mero hombre puede ocupar esa posición en el mismo sentido... Ningún apóstol afirmó alguna vez ser la cabeza de la iglesia sino un siervo de Jesucristo, la cabeza». ¹⁴ Al hablar del liderazgo reprobado de la Iglesia Católica Romana, Hus dijo: «Que se abochornen los discípulos del anticristo quienes, viviendo contrarios a Cristo, hablan de sí mismos como los mayores y más exaltados de la iglesia santa de Dios. A ellos, contaminados por la avaricia y la arrogancia del mundo, se les llama las cabezas y el cuerpo de la iglesia santa. De acuerdo con el evangelio de Cristo, sin embargo, se les llama menos». ¹⁵ Al final de *De Ecclesia*, cuando llega a las conclusiones de su trabajo más importante, Juan Hus cerró agradeciendo a Dios que la iglesia verdadera para su vida no depende del papa porque Jesucristo es su Señor y Amo verdadero. ¹⁶

La iglesia católica asesinó a Juan Hus porque desafió la autoridad papal y lo hizo enseñando que solo Jesucristo es la cabeza de la iglesia, aunque el papa y los cardenales demandaron ese status para sí mismos. Hus permaneció escéptico e impertérrito. A través de su predicación, los expuso como usurpadores. Como lo analiza un historiador: «La carrera de Hus inauguró el movimiento de... revuelta de la autoridad absoluta del papa y la Iglesia Católica Romana». ¹⁷ El compromiso de

13. Schaff, *John Huss*, p. 225.

14. Spinka, *John Hus' Concept of the Church*, p. 259.

15. Ibid., 261, citando *De Ecclesia*, p. 33.

16. Ibid., p. 289.

17. Schaff, *John Huss*, pp. 302-3.

Hus con el señorío soberano de Cristo y la supremacía de su palabra le costó la vida. A pesar de eso, Dios utilizó su resistencia para impactar la historia de la iglesia para siempre.

Jesucristo: Señor de su iglesia

Los reformadores protestantes que vinieron después de Juan Hus compartieron su compromiso con el señorío de Cristo. Quizá esto se vea más claramente en los principios de la reforma de *Solus Christus* («Cristo solo») y *Sola Scriptura* («la Escritura sola»). Los reformadores insistieron en que Jesucristo, no el papa, es la cabeza de la iglesia.

Por consiguiente, la palabra de Cristo y no el *magisterium*, es la autoridad final en cuanto a fe y práctica.

Esta convicción fue la motivación principal de Martín Lutero para romper el compañerismo con Roma. En su «*Conversaciones de sobre-mesa*» Lutero explicó:

La causa principal por la cual rompo con el papa es esta: el papa presumió ser la cabeza de la iglesia y condenó a todos lo que no estuvieran bajo su cabeza y autoridad... Hasta tomó bajo él, el poder, el gobierno y la autoridad por encima de la iglesia cristiana y por encima de las Sagradas Escrituras, la Palabra de Dios; [afirmando que] ningún hombre debe asumir la exposición de las Escrituras sino solamente él y de acuerdo a su envanecimiento ridículo. Por tanto, se hizo a sí mismo Señor por encima de la iglesia.¹⁸

18. Martín Lutero, *The Table Talk of Martin Luther*, ed. y trad. William Hazlitt (Londres: Bell & Daldy, 1872), pp. 203–4.

La arrogancia inherente al sistema papal¹⁹ era tal que Lutero puntualizó: «Estoy convencido que si en este momento, San Pedro en persona defendiera todos los artículos de las Sagradas Escrituras y solo negara la autoridad, el poder y la primacía papal y dijera que el papa no es la cabeza de toda la cristiandad, ellos lo mandarían a la horca. Sí, si Cristo mismo estuviera nuevamente en la tierra y predicara, sin duda alguna el papa lo crucificaría de nuevo».²⁰

Juan Calvino enarboló objeciones similares al observar que los sacerdotes estaban más preocupados en apoyar la autoridad del papa que en honrar a Cristo y su palabra. A ellos no les importó «si la gloria de Dios resulta violada con blasfemias abiertas con tal que nadie levante un dedo contra la primacía de la sede apostólica [el papa] y la autoridad de su santa madre iglesia».²¹ En contraste, Calvino afirmó: «Cristo, la cabeza de la iglesia»,²² sostiene que «la constitución del cuerpo [la iglesia] estará en un estado correcto si simplemente a la Cabeza, la cual proporciona a los varios miembros todo lo que ellos tienen, se le permite sin obstáculo alguno tener la preeminencia».²³ Después de todo, es la voluntad de Dios gobernar y defender su iglesia mediante la intervención de su Hijo. Esta es la explicación que dio

19. Debe señalarse que el catolicismo romano todavía enseña la autoridad infalible del papa sobre la iglesia. El teólogo católico Ludwig Ott, en sus *Fundamentals of Catholic Dogma* (Charlotte, NC: Tan Books, 1974), explica la visión católica: «Como el juez supremo de la tierra, el papa tiene el derecho de traer todo asunto legal de la iglesia ante su corte y recibir apelaciones en todo conflicto de la iglesia. Él mismo es el juez y nadie más (CIC 1556; *Prima sedes a nemine judicatur*) porque no hay juez más alto en la tierra que él. Por esa misma razón no hay apelación a una corte más alta contra el juicio del papa» (p. 286).

20. Lutero, *The Table Talk of Martin Luther*, p. 234.

21. Juan Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, 2 vols., trad. John Allen (Filadelfia: Presbyterian Board of Education, 1921), 1:25.

22. *Ibid.*, 1:155.

23. Juan Calvino, *Calvin's Commentaries*, 22 vols. (Grand Rapids: Baker, s.f.), 21:198. Calvino comenta sobre Colosenses 2.19.

Pablo a los efesios, que Él “se sentó a la diestra del Padre, para ser la cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo”... Por la misma razón las Escrituras frecuentemente le dan el título de Señor, pues el Padre le ha dado autoridad sobre nosotros”.²⁴ Ningún papa o concilio de iglesia puede arrebatar a Cristo esa autoridad: «Ya que Él es la cabeza de la iglesia, todos aquellos que se han ordenado para gobernar sobre la iglesia están sujetos a Él».²⁵

Junto a los nombres de Hus, Lutero y Calvino, podríamos mencionar a muchos otros líderes cristianos como el reformador protestante Juan Knox, el puritano escocés Samuel Rutherford y el teólogo estadounidense Jonathan Edwards. Estos creyentes fieles rehusaron reconocer a cualquier otro fuera de Jesucristo como Señor de la iglesia. Aunque fuera el papa o un rey, sería un usurpador.²⁶ Resumiendo la perspectiva protestante en su manera propia e inigualable, el renombrado predicador Charles Spurgeon declaró:

De todos los sueños que alguna vez engañaron a los hombres y probablemente de todas las blasfemias que alguna vez se pronunciaron, no ha habido una más absurda y más productiva en todo tipo de problemas que la idea de que el obispo de Roma pueda ser la cabeza de la iglesia de Jesucristo. No, estos papas

24. Calvino, *Institutes of the Christian Religion*, 1.451–52.

25. Juan Calvino, *Calvin: Commentaries*, ed. Joseph Haroutunian (Louisville: Westminster John Knox Press, 1958), p. 362. Calvino comenta sobre Juan 12.12–15.

26. Por ejemplo, durante el siglo diecisiete, la corona inglesa intentó ejercer control absoluto sobre la iglesia en Escocia. Para profundizar más en la historia de estos eventos, vea William G. Blaikie, *The Preachers of Scotland* (Edimburgo: T & T Clark, 1888). En la página 97, Blaikie explica: «El intento por el partido del estado de forzar una liturgia nueva en la iglesia, uso que sería obligatorio bajo las penalizaciones más altas, mostró la determinación de desestimar la autoridad de Cristo y tiranizar en cuanto a su herencia hasta en las regiones más sagradas de la adoración. Por fuerza de la reacción la iglesia se lanzó sobre la aseveración más completa de las declaraciones de Cristo como cabeza de la iglesia y el privilegio glorioso de la iglesia de seguir su cabeza divina».

mueren y ¿cómo podría vivir la iglesia si muriera su cabeza? La cabeza verdadera siempre vive y la iglesia siempre vivió en Él.²⁷

En un sermón titulado «Jesús Nuestro Señor», Spurgeon aclaró el cristal del asunto:

La iglesia de Dios, de manera muy similar, llama a Jesús «nuestro Señor» pues *no hay y no podrá haber cabeza alguna de la iglesia excepto el Señor Jesucristo*. Es blasfemia para cualquier hombre en la tierra llamarse a sí mismo el vicario de Cristo y la cabeza de la iglesia y es una usurpación de los derechos reales del Rey Jesús que a cualquier rey o reina se le llame la cabeza de la iglesia, ya que la iglesia verdadera de Jesucristo no puede tener otra cabeza sino Jesucristo mismo. Yo estoy agradecido de que no haya cabeza de la iglesia en la cual soy miembro salvo Jesucristo mismo, ni me atrevería a ser miembro de iglesia alguna que consintiera cualquier liderazgo en lugar del suyo.²⁸

De acuerdo con Charles Spurgeon, la fidelidad a través de la historia de la iglesia ha preservado siempre por medio del Espíritu Santo una devoción sincera a la cabeza verdadera, Jesucristo. Él solo es el Señor de su iglesia y esa posición no puede ocuparla otro. Juan Hus y los reformadores que vinieron después de él entendieron esto, causa

27. Charles Spurgeon, «The Head of the Church», sermón No. 839, *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1982), 14:621. En otro lugar, Spurgeon advirtió que: «Cristo no redimió su iglesia con su sangre para que el papa se interpusiera y robara su gloria. Él no vino del cielo a la tierra y derramó su corazón de tal manera que adquirió a su pueblo para que un pobre pecador, un mero hombre, sea puesto en lo alto para que le admiren todas las naciones y para llamarse a sí mismo el representante de Dios en la tierra. Cristo siempre ha sido la cabeza de la iglesia» (Charles Spurgeon, «Christ Glorified», *Metropolitan Tabernacle Pulpit*, 60:592).

28. Charles Spurgeon, «Jesus Our Lord», sermón No. 2806, *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1977), 48:558, énfasis en el original.

por la cual rompieron con el sistema corrupto católico romano. El resultado histórico fue la Reforma Protestante.

No obstante, ¿cuáles son para nosotros las implicaciones prácticas del señorío de Cristo en la iglesia hoy? ¿Cómo se vincula su dirección con el paradigma esclavo-amor presentado en el Nuevo Testamento? Consideraremos tales preguntas en los dos próximos capítulos. Mientras lo hacemos, descubriremos justamente cuán central es esta verdad, no solo para nuestro entendimiento de la iglesia corporativa sino también para nuestra propia identidad como cristianos individuales.

cinco

El Señor y Amo
(Parte 2)

Los héroes de la historia de la iglesia defendieron el liderazgo de Cristo, no basados en una opinión arbitraria o a raíz de la ambición personal, sino porque encontraron la verdad inequívocamente revelada en las Escrituras. Efesios 5.23 afirma que «Cristo es cabeza de la iglesia», y Colosenses 1.18 repite «él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia». En el primer capítulo de Efesios, Pablo explicó que Dios el Padre «sometió todas las cosas bajo sus pies [de Cristo], y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo» (vv. 22-23). Otros pasajes del Nuevo Testamento hablan de crecimiento «crezcamos en todo en aquel que es la cabeza» (Efesios 4.15) y «asiéndose de la Cabeza, en virtud de quien todo el cuerpo... crece con el crecimiento que da Dios» (Colosenses 2.19).

Sin embargo, ¿qué quiere decir el Nuevo Testamento cuando habla de Cristo como la «cabeza de la iglesia»? La palabra griega para «cabeza» (*kephalē*) designa «rango primero o superior»¹ o «algo *supremo*,

1. Timothy Friberg, Barbara Friberg y Neva F. Miller, *Analytical Lexicon of the Greek New Testament* (Grand Rapids: Baker, 2000), p. 229. Para una discusión detallada del significado de

principal, [o] prominente».² Su significado se superpone con la palabra *kyrios* («Señor»)³ y «apunta al rango o estatus más alto de Cristo».⁴ Decir que Cristo es la cabeza de la iglesia es decir que Él es el Señor y Amo sobre la iglesia.

En los tiempos romanos «el cabeza de familia» poseía «poder casi total sobre todos los miembros de la familia, especialmente sus hijos (incluso hijos adultos) y esclavos».⁵ Como aquellos que son parte de la «familia de la fe» y «la familia de Dios»,⁶ nuestra lealtad pertenece a nuestro Amo, la «cabeza de la familia» (cp. Mateo 10.24-25), llamado Aquel a quien «toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra» (Mateo 28.18).

El Nuevo Testamento indica que el Padre entregó esta autoridad suprema a su Hijo «resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales, sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero» (Efesios 1.20-21).⁷

kephalē, especialmente en relación con los debates recientes en investigaciones evangélicas, ver Wayne Grudem, «The Meaning of κεφαλή (“Head”): An Evaluation of New Evidence, Real and Alleged», *Journal of the Evangelical Theological Society* 44/1 (marzo 2001), pp. 25–65.

2. Carl Ludwig Wilibald Grimm, *Greek-English Lexicon of the New Testament*, trad. Joseph Henry Thayer (Grand Rapids: Zondervan, 1970), p. 345.

3. Ibid. Grimm nota que «de personas» *kephalē* significa «amo, señor». En este mismo sentido, Douglas J. Moo, en *Colossians, Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids: Eerdmans, 2008) al comentar sobre Colosenses 1.18, señala que «la concepción básica [de *kephalē*] más bien es nuevamente una elaboración directa de la metáfora, basado en los estándares de la concepción cristiana de Cristo como el Señor de su pueblo. En el mundo antiguo, se concebía la cabeza como el miembro gobernante del cuerpo, la que lo controlaba y proveía para su vida y sostenimiento» (p. 128).

4. William W. Klein, *Ephesians, Expositor's Bible Commentary*, ed. rev. (Grand Rapids: Zondervan, 2006), p. 61.

5. Jennifer A. Glancy, *Slavery in Early Christianity* (Minneapolis: Fortress, 2006), p. 47. Aquí el autor discute el término latín *paterfamilias*, que se traduce como «padre de la familia» o de manera general «cabeza de familia».

6. Gálatas 6.10; Efesios 2.19; 1 Timoteo 3.15; 1 Pedro 4.17.

7. Cp. Mateo 11.27; Juan 3.35; 17.2; Hechos 2.36.

Después de la humillación y la muerte de Cristo, «Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre» (Filipenses 2.9-11). Él es el Rey de reyes y Señor de señores; su exaltación será eterna y su autoridad por siempre y siempre.⁸ Como explicó el profeta Daniel: «Y le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido» (Daniel 7.14).

El aplastante testimonio de la Escritura es que Jesucristo es «Señor de todos» (Romanos 10.12) y la «cabeza sobre todas las cosas» (Efesios 1.22), incluso su cuerpo, la Iglesia.⁹ En consecuencia, la Iglesia verdadera se compone de aquellos «que en cualquier lugar invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo» (1 Corintios 1.2). Ya que los falsos maestros rechazan su señorío, al menos en la práctica, los ministros fieles gustosamente se someten ellos mismos a la autoridad de Cristo y su palabra, viéndose a sí mismos como esclavos en el trabajo del Pastor principal.¹⁰

Asombrosamente, a pesar de la clara enseñanza de la Escritura y del testimonio fiel de la historia de la iglesia protestante, muchas de las tendencias del «evangelicalismo» contemporáneo realmente atacan

8. Apocalipsis 5.12-13; 17.14; 19.16.

9. Las referencias del Nuevo Testamento a la iglesia como el cuerpo de Cristo (*soma*) pudiera incluir un sentido de nuestra subordinación hacia Él como sus esclavos. Murray Harris, en *Slave of Christ* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), explica: «La palabra *soma* (“cuerpo”) enfoca el significado en la literatura de “cadáver” a “persona”, con un énfasis físico. Pero ya desde el siglo tercero A.D., esta palabra, sin algún adjetivo calificativo, se utilizaba para describir a un esclavo (vea LSJ, 1749) quien se vio básicamente como un “cuerpo”, poseído por su amo para su uso. Aristóteles (*Pol.*125. 4a. 16) fue mucho más lejos: “El esclavo es parte del amo, en el sentido de ser una parte viva pero separada de su cuerpo”» (pp. 111–12).

10. E.g., 2 Timoteo 2.24; 1 Pedro 5.3–4.

el liderazgo de Cristo sobre su Iglesia. Algunos de estos ataques son patentes y teológicos, como la posición no-señorío del denominado movimiento Gracia Libre.

Ese movimiento fue especialmente popular varios años atrás, por lo cual escribí *El evangelio según Jesucristo* (en 1988) y *El Evangelio según los Apóstoles* (en 1993). El movimiento Gracia Libre tergiversa el mensaje del evangelio, afirmando que ni el arrepentimiento de pecados ni la sumisión a Cristo tienen lugar alguno en la fe salvadora. Al promover una manera de «fe fácil», los defensores de la Gracia Libre abogan por negar francamente la necesidad de arrepentimiento del pecador y de confesar a Jesús como Señor y Amo en el sentido bíblico de total sumisión. Al hacer esto, enseñan un evangelio diferente del todo, que no es «realmente otro» sino un intento obvio para «pervertir el evangelio de Cristo» (Gálatas 1.7).

Hoy, sin embargo, las amenazas son mucho más sutiles, primariamente porque el movimiento evangélico contemporáneo ha perdido el interés en la doctrina. La corriente del «evangelicalismo» predominante está impulsada por preocupaciones pragmáticas, no teológicas. Los gurús de crecimiento de la iglesia se interesan por lo que cautiva a la multitud, no por lo que dice la Biblia. Es por esto que apelan a la carne sin redimir, los predicadores de prosperidad convierten al *hombre* en amo, como si Cristo fuera una especie de genio en una botella, obligado a garantizar salud, bienes y felicidad a aquellos que envían dinero suficiente. Hasta en círculos conservadores, los métodos mundanos pragmáticos (incluido el humor burdo y el lenguaje grosero) y casi adaptaciones ilimitadas de la peor música mundana se defienden agresivamente mientras que se obtengan resultados visibles. El resultado triste es que la popularidad, no la fidelidad a Cristo y su Palabra, ha llegado a ser la norma nueva de medición del evangelicalismo y su marca nueva de la ideología no-señorío.

Como resultado, las Escrituras se han visto reemplazadas sistemáticamente con cualquier cosa que se estime más relevante o entretenida. El espíritu empresarial del movimiento de la iglesia independiente se ha hecho popular por: mil serán «cristos» para construir sus propios imperios mediáticos designándose a sí mismos *pastores* y a sus organizaciones *iglesias*. Sin embargo, estos ministerios potentados no están interesados en construir la iglesia verdadera, un hecho que se evidencia en su indiferencia a la verdad proposicional y en su afán por ganar popularidad entre las masas al minimizar tanto la Palabra de Dios como el liderazgo de Cristo. Diluyen el evangelio, acortan sus sermones ya superficiales y adaptan una estrategia regida por el mercado para el ministerio. Al hacer esto, ¡se rebelan en contra de Cristo!

El Señor expresa su gobierno en su iglesia en la medida en que la Escritura se predica, se explica, se aplica y se obedece. Disminuir la función dominante de la Escritura en la vida de la iglesia es tratar al Señor de la iglesia como si su revelación fuera opcional. No es muy diferente de un motín; la seriedad de tal revuelta no se puede comprender. El ministerio no bíblico, la predicación no expositiva y la enseñanza no doctrinal usurpan el señorío de Cristo, silenciando su voz a sus ovejas. Ese tipo de método devastador roba sigilosamente la mente de Cristo del cuerpo de Cristo, construye la indiferencia hacia su Palabra y apaga el trabajo de su Espíritu, remueve la protección del error y el pecado, elimina la trascendencia y la claridad, mutila la adoración y siembra semillas de compromiso y desvía el honor debido a la Cabeza verdadera de la Iglesia. El Señor no verá con buenos ojos a aquellos que roben su gloria.¹¹

11. Vea Isaías 42.8; 48.11; Ezequiel 34.8–10; Hechos 12.23.

Salvador personal, Señor personal

La innegable aserción de la Escritura es que Jesucristo es el Señor de su Iglesia aunque muchos dentro del «evangelicalismo» predominante dejen de reflejar esta realidad en sus actividades. No obstante, el señorío de Cristo no es solo un concepto corporativo. También es altamente personal. De la misma manera que Cristo es el Señor de su Iglesia colectivamente, también es el Señor y el Amo de cada creyente individualmente. Cuando afirmamos su señorío sobre toda la Iglesia, simultánea y necesariamente reconocemos su señorío sobre nosotros mismos y sobre cualquier otro miembro de su cuerpo.¹²

En los tiempos romanos, no era inusual para docenas o hasta cientos de esclavos, servir al mismo amo.¹³ Como miembros de su familia extendida, eran responsables ante el mismo amo tanto como grupo que como individuos. Lo mismo es cierto para la Iglesia cuando Cristo

12. Al referirse a la reforma escocesa del siglo diecisiete, William G. Blaikie advirtió la relación integral entre estas dos doctrinas; sin embargo, desde la perspectiva opuesta: «los hombres de aquellos tiempos, al igual que muchos hoy, no consideraron suficientemente reconocer el liderazgo de Cristo en persona sobre ellos mismos. Se unieron a esto con todo el ardor de su naturaleza, su liderazgo sobre toda la Iglesia. Repudiar al uno era un crimen tan grande y un disparate tan grande como repudiar al otro. Negar su lugar como Rey sobre Sion era poner en peligro sus relaciones personales con Él casi tanto como negar su expiación y su intercesión» (*The Preachers of Scotland* [Edimburgo: T & T Clark, 1888], p. 98).

13. William Smith y A. S. Wilkins, *A Dictionary of Greek and Roman Antiquities* (Londres: John Murray, 1891), s.v. «Servus», p. 664. Los autores explican que «bajo el imperio [romano] el número de esclavos domésticos se incrementó ampliamente y en cada familia de importancia había esclavos separados para atender todas las necesidades de la vida doméstica. Para un hombre se consideraba una deshonra no mantener un número considerable de esclavos... Horacio (*Sat.* i. 3, 12) parece hablar de diez esclavos como el número menor que una persona en condiciones tolerables debía mantener... [mientras] un liberto bajo Augusto, quien había perdido muchas propiedades en las guerras civiles, dejó al morir nada más y nada menos que 4,116 (Plin. *H. N.* xxxiii. § 135). Doscientos no era un número inusual para que tuviera una persona (Hor. *Sat.* i. 3, 11) y Augusto permitía incluso a una persona que fuera exiliada tomar veinte esclavos o libertos a su cargo (Dio Cass. *Ivi.* 27)» (pp. 656–67).

es la cabeza no meramente del cuerpo corporativo sino de cada creyente individual. Es tanto el Salvador como el Señor de cada persona que acude a Él (Hechos 2.21).

Cuando llamamos a Jesús «Señor», estamos reconociéndolo claramente como Amo único. La palabra griega para «Señor» es *kyrios*, y aparece cerca de 750 veces en el Nuevo Testamento. Su significado fundamental es «amo», o «dueño», haciéndola equivalente a la palabra esclavo (*doulos*).¹⁴ Como explica Murray Harris:

Cuando los creyentes cantan o repiten la confesión «Jesús es el Señor», estamos afirmando su supremacía absoluta, no solo sobre el universo físico y moral (Mateo 28.18; 1 Pedro 3.22) y no solo sobre la historia humana (Romanos 9.5), no solo sobre todos los seres humanos (Hechos 10.36; Romanos 10.12), estén vivos o muertos (Romanos 14.9), no solo sobre la Iglesia (Efesios 1.22) sino también sobre nuestras propias vidas como sus esclavos deseosos. El punto simple pero crucial es que las dos palabras «Señor» y «esclavo», *kyrios* y *doulos*, son correlativas.¹⁵

14. En escenarios sociales, el término también podía servir como un saludo respetuoso (similar a «señor») indicando la superioridad o supremacía de la persona a quien se dirigía. Esto primariamente es una conexión social; sin embargo, lo era con la palabra *doulos* («esclavo»). Por definición, el *kyrios* es «el poseedor y quien disponía de una cosa [o persona], el dueño, alguien que tenía control de la persona, el amo» (*Strong's Enhanced Lexicon*, entrada 2962). Desde una perspectiva teológica, esta conexión amo-esclavo es errante cuando *kyrios* se utiliza en referencia a la deidad. De ese modo, Werner Foerster explica que «κύριος, entonces, se usa particularmente en expresiones de una relación personal del hombre a la deidad, ya sea en oraciones, acciones de gracias o votos y como un correlativo de δούλος puesto que el hombre en cuestión describe como κύριος el dios bajo cuyas órdenes él está» (*Theological Dictionary of the New Testament*, ed. completa Gerhard Kittel, trad. Geoffrey W. Bromiley [Grand Rapids: Eerdmans, 1965], s.v. «κύριος», 3:1052). De igual modo, Gottfried Quell señala que «en la esfera religiosa, *kyrios* se reserva para Dios» (*Theological Dictionary of the New Testament* [abreviado], s.v. «κύριος», p. 488).

15. Harris, *Slave of Christ*, p. 90.

Kyrios y *doulos* son dos lados de la misma relación. Ser *doulos* era tener un amo y viceversa, *kyrios* según la definición era el dueño de esclavos. Por tanto, confesar a Jesús como «Señor» es confesarlo simultáneamente como Amo y a nosotros mismos como sus esclavos.

En tiempos del Nuevo Testamento, el *kyrios* tenía total autoridad sobre la vida de sus esclavos,¹⁶ ya sea que trabajaran afuera en los campos o en la casa del amo. Él podía dar a sus esclavos cualquier tarea, como enviarlos con alguna encomienda o confiarles su estado durante su ausencia. Si lo realizaban bien, él podía recompensarlos o simplemente no hacer nada ya que solo habían hecho lo que se esperaba que hicieran. Si fallaban, el amo podía castigarlos, quizás infligiendo una paliza severa o hasta vendiéndolos si así lo deseaba. La supremacía completa del amo sobre el esclavo estaba tan arraigada culturalmente que Jesús podía incluso utilizarla como una verdad obvia en sus enseñanzas, haciendo notar que ningún esclavo era mayor que su *kyrios*.¹⁷

Significativamente, el término *kyrios* no solo se superpone a la palabra griega *kephalē* («cabeza») sino también era sinónimo de la palabra *despotes*,¹⁸ de la cual nosotros derivamos la palabra *déspota*. El Nuevo Testamento utiliza *déspotas* para referirse tanto a los amos humanos como al Amo divino.¹⁹ El término en sí mismo «se refería originalmente a un “dueño” o “poseedor” de personas o cosas en una familia, un sentido que se hace explícito a partir de la palabra compuesta *oiko-des-*

16. Cp. Mateo 8.9; 13.27-28; 18.31-34; 21.34-36; 24.45-51; 25.23, 26-30; Marcos 13.34-35; Lucas 12.37; 14.16-24; 17.7-10.

17. Mateo 10.24; cp. Juan 13.16; 15.15, 20.

18. De acuerdo con Werner Foerster: «En los *koiné* δεσπότης [*déspotas*] y κύριος [*kyrios*] se utilizan en grado considerable juntos uno al otro. El κύριος es el dueño de esclavos y la propiedad» (*Theological Dictionary of the New Testament*, completo, s.v. «κύριος», 3:1043).

19. 1 Timoteo 6.1-2; 2 Timoteo 2.21; 2 Pedro 2.1; cp. Lucas 2.29.

potes, “el amo de la casa”. Cuando se aplica el término a Dios o a Jesús, enfatiza el absolutismo de propiedad o autoridad y poder». ²⁰

Comprender el significado de *kyrios* y sus sinónimos es crítico, pues acentúa para nosotros lo que significa ser un esclavo de Cristo. Los lectores modernos separados por dos milenios del ámbito social del antiguo Imperio Romano pueden saltar fácilmente los términos pasados como «señor», «amo» y «esclavo» sin apreciar completamente la verdad transmitida por los términos. ²¹ Sin embargo, para aquellos que vivían en el contexto del primer siglo, no había equivocación en lo que significaba llamarse a sí mismo esclavo y llamar a otro *Señor y Amo*.

Cuando Pablo les dijo a sus lectores que «Por precio fuisteis comprados» (1 Corintios 7.23) y que aunque una vez habían sido «esclavos del pecado» ahora eran «siervos de la justicia» (Romanos 6.17-18), ellos sabían exactamente lo que él quería decir. La declaración de Pablo en Romanos 14 ciertamente acentúa el punto: «Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él» (vv. 7-8). Comentando estos versículos, Murray Harris advirtió:

Es notable la repetición triple de *kyrios* en el versículo 8: el amo es el centro de atención de la vida del esclavo; todo se evalúa en términos del agrado y beneficio del amo. El absolutismo se

20. Harris, *Slave of Christ*, pp. 111–12.

21. Francis Lyall ha notado que «la relación de un esclavo con su amo y de un esclavo liberto con su antiguo amo (su patrón) tenía facetas y matices, que no están presentes en nuestras mentes hoy. Para nosotros el concepto de esclavo se ha atenuado por su no existencia en el mundo cotidiano. La mayoría piensa más bien románticamente de la esclavitud ya que leen sobre ella en las epístolas. Hay un cierto encanto curioso en ser “un esclavo de Cristo” porque estamos acostumbrados a hablar de nosotros mismos como “esclavos” solo metafóricamente. En cambio, la realidad era diferente» (*Slaves, Citizens, Sons: Legal Metaphors in the Epistles* [Grand Rapids: Academie Books, 1984], p. 28).

representa en términos temporales, el bien del amo gobierna, ya sea con la continuación de la vida de su esclavo o con la llegada de su muerte. Los creyentes son propiedad divina, investidos a voluntad discrecional del amo para su beneficio propio.²²

El esclavo estaba totalmente subordinado al amo, viviendo en «un estado de sujeción absoluta... Su misma identidad se impone por el dueño quien le da su nombre».²³

Si «confesares con tu boca que Jesús es el Señor» (Romanos 10.9) es reconocer simultáneamente la obligación propia a obedecerlo con sumisión total. Su voluntad es absolutamente soberana y se espera que sus esclavos obedezcan sin importar el nivel de sacrificio que se requiera. En ese contexto, las palabras de Cristo en Lucas 9.23 asumen el peso completo de su significado: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame». Seguir al Amo es llegar al fin de uno mismo y someterse por completo a su voluntad. Cualquiera que fuera su discípulo sería también su esclavo. Aquellos que no están dispuestos a abandonarlo todo para seguirlo a Él no son dignos de Él. Como el mismo Señor dijo: «El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará» (Mateo 10.37–39).

Cuando los escritores del Nuevo Testamento se refirieron a sí mismos como «esclavos de Cristo», ellos comprendieron su sumisión total al señorío de Cristo. Para el apóstol Pablo, esto no involucraba nada

22. Harris, *Slave of Christ*, p. 112. Sobre este pasaje él señala: «En ningún lugar del Nuevo Testamento aparece el absolutismo del dominio del Señor de sus *douloi* [esclavos] descrito más claramente que en Romanos 14.7–8».

23. Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* (Nueva York: Routledge, 1988), p. 1.

menos que una vida diaria de autosacrificio, vivida completamente para el bien de su Amo. Como explica un erudito:

Ya que el esclavo no era legalmente una persona, no podía poseer ninguna propiedad y ni siquiera tenía poder sobre sí mismo. Él solo hacía lo que se le pedía. Esto en medida indica la extensión de la rendición propia de Pablo a su Amo... [P]ara Pablo «esclavo de Cristo», todos sus bienes, tiempo, ambiciones y propósitos estaban sujetos a las determinaciones de Cristo. Pablo no era diferente del esclavo ordinario: él estaba a la disposición de su Amo. Él estaba *solo* a la disposición de su amo. Así como un hombre solo puede servir a un amo (Mateo 6.24; Lucas 16.13), así él era responsable solo ante su Amo (Romanos 14.4). Un pensamiento liberador para aquellos presionados por la opinión de otros.²⁴

De ahí que Pablo pudo preguntar a los creyentes romanos: «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme» (Romanos 14.4). Él pudo decir a los filipenses «el vivir es Cristo» (Filipenses 1.21) y «cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo» (Filipenses 3.7). A los gálatas, Pablo pudo exclamar: «y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2.20); y a los corintios pudo declarar que aquellos transformados por el evangelio «ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5.15). En otra parte exhortó a sus lectores con estas palabras: «¿O ignoráis... que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo» (1 Corintios 6.19–20).

24. Lyall, *Esclavos, Ciudadanos, Hijos*, pp. 37–38.

Esclavo

A los colosenses Pablo similarmente enfatizaría todas las implicaciones generales del liderazgo soberano de Cristo: «Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús» (Colosenses 3.17), diciendo incluso a los esclavos en esa congregación: «Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor» (v. 23). Una y otra vez, quizá más que cualquier otro tema, los escritos de Pablo evidencian un entendimiento íntimo de la relación subordinada de un creyente a Cristo, es decir, que Jesús es su Amo y él no es sino un esclavo.

seis

Nuestro Señor
y nuestro Dios

La perspectiva de Pablo sobre el señorío de Cristo ciertamente no le perteneció solo a él. Como vimos en el capítulo 2, los escritores del Nuevo Testamento repetidamente hablaron de sí mismos y de sus compañeros creyentes como esclavos de Cristo. Desde el momento que hicieron la confesión salvadora —«Jesús es el Señor»—, no hubo dudas de que Él era su Amo, al punto que estaban obligados a someterse a Él en todo.

Sin embargo, los apóstoles entendieron que Jesucristo, cual Dios en carne humana, es mucho más que cualquier *kyrios* terrenal. Él es el Señor sobre cualquier otro señor y el Rey sobre cualquier otro rey.¹ Poniéndolo sucintamente, Él es el «Señor de todos» (Hechos 10.36), que posee el peso completo de la autoridad divina, pues «en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad ... que es la cabeza de todo principado y potestad» (Colosenses 2.9–10). Él se ha sentado a «la diestra del poder de Dios» (Lucas 22.69) y todas las cosas se han puesto «bajo sus pies» (Efesios 1.22). De Él, el autor de hebreos escribió: «siendo el resplandor de su gloria [la del Padre], y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra

1. Cp. Apocalipsis 17.14; 19.16.

de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas» (1.3). Jesucristo es «nuestro gran Dios y Salvador» (Tito 2.13), el Verbo divino hecho carne² y el Mesías prometido, de quien se profetizó: «y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz» (Isaías 9.6). El hombre nacido ciego no estaba equivocado al adorarle después de proclamar: «Creo, Señor» (Juan 9.38). Tampoco Tomás estaba equivocado al dirigirse a Él como: «¡Señor mío, y Dios mío!» (Juan 20.28). Él es el gran Yo soy³ y su trono «por el siglo del siglo» (Hebreos 1.8) porque «su reino no tendrá fin» (Lucas 1.33). Consecuentemente, cuando los autores del Nuevo Testamento se refirieron a Cristo como *kyrios*, no solo estaban enfatizando su autoridad como Amo, también estaban afirmando su carácter glorioso como Dios.

Durante el tiempo en que se escribió el Nuevo Testamento, el nombre *kyrios* («Señor») también era un título bien conocido para Dios. La Septuaginta (traducción griega del Antiguo Testamento usada en los días de Cristo) utilizó *kyrios* para traducir dos nombres hebreos diferentes de Dios, *Adonai* y *Yaveh*. El título *Adonai* (de la raíz *adon*) literalmente significa «amo» y se corresponde con la palabra hebrea para esclavo (*‘ebed*). Este «denota su poder soberano»⁴ y enfatiza la relación entre Dios como Amo y su pueblo como sus esclavos (cp. Malaquías 1.6). Cuando *kyrios* se utiliza para traducir *Adonai* en la Septuaginta: «este destaca el hecho de que como el Liberador de Egipto o como el

2. Juan 1.1; cp. 5.18.

3. Juan 8.58; cp. Éxodo 3.14; Juan 17.5, 24.

4. Gottfried Quell, en Gerhard Kittel, ed.; y Geoffrey W. Bromiley, trad., *Theological Dictionary of the New Testament* (completo) (Grand Rapids: Eerdmans, 1965), s.v. «κύριος», 3:1060. La contribución de Quell se incluye dentro de las entradas del diccionario ampliado de Werner Foerster. (Vea el cap. 5, n. 18.)

Creador, Dios tiene un derecho válido a controlar sobre su pueblo y el universo. Él es soberano en sentido absoluto».⁵

No obstante, la Septuaginta también utilizó *kyrios* para traducir *Yaveh*, el nombre del pacto de Dios por consideración al tercer mandamiento (Éxodo 20.7),

Los judíos rehusaban hasta decir el nombre *Yaveh* por miedo a tomarlo de alguna manera en vano. En sus oraciones y sermones, ellos utilizarían *Adonai* en su lugar. Posiblemente es por esta razón, que los traductores de la Septuaginta, tradujeron *Yaveh* con la misma palabra que ellos utilizaban para *Adonai*.⁶ Cualquiera que sea la explicación, el hecho sigue siendo que *kyrios* se utilizó constantemente por toda la Septuaginta tanto para *Adonai* como para *Yaveh*.⁷

Los escritores del Nuevo Testamento confiaron fuertemente en la Septuaginta, citando a menudo de ella cuando hacían referencias al Antiguo Testamento.

Como resultado, estaban bien familiarizados con la función dual para la que sirvió *kyrios* al referirse a Dios, como un término que

5. Gottfried Quell, *Theological Dictionary of the New Testament Abridged in One Volume*, Kittel y Gerhard Friedrich, eds.; Geoffrey Bromiley, trad. (Grand Rapids: Eerdmans, 1985), bajo «Kyrios», p. 491. En este mismo sentido, John Byron ha observado: «La designación de Dios de los israelitas como “mi pueblo” es una afirmación de dominio que precede y reemplaza cualquier afirmación de faraón. La negación de faraón de autorización representa su rechazo a la autoridad de Dios sobre él y el pueblo que él ha esclavizado. Egipto sufre las plagas y el rey de Egipto permanece determinado a no liberar a los esclavos, en su lugar los oprime más aún (5.3–21).... El acontecimiento del éxodo representa la transferencia de Israel del dominio del rey de Egipto al Rey de los cielos, Dios» (*Slavery Metaphors in Early Judaism and Pauline Christianity* [Tubinga, Alemania: J. C. B. Mohr, 2003], p. 49).

6. Siglos más tarde, en el siglo ocho A.D., los masoretas aplicarían de manera similar las vocales apuntando desde *Adonai* hacia el nombre divino *Yaveh*.

7. Quell, *Theological Dictionary of the New Testament* (completo), s.v. «κύριος», 3.1058. Quell observa que «la palabra κύριος [*kyrios*], “señor”, como un nombre para Dios en la LXX [Septuaginta] es una traducción estricta solo en casos en los que se usa para יְהוָה [*Adonai*] o אֲדֹנָי [*Adonai*] (en el *ketib*). Como una regla, no obstante, se usa como equivalente expositivo para el nombre divino יְהוָה [*Yaveh*]].»

significaba «Amo» (equivalente a *Adonai*) y también como la interpretación griega del nombre divino *Yaveh*.⁸ Fue con esta función dual en mente que los apóstoles gustosamente aplicaron el título *kyrios* a Jesucristo, ese al que ellos reconocieron que es ambos: *Adonai* y *Yaveh*. El término era lo suficientemente amplio para «expresar el comprensivo señorío de Jesús» de tal forma que pasajes del Antiguo Testamento [tomados de la Septuaginta] que hablaban de κύριος [*kyrios*] pudieran referirse a Jesús. En Él Dios actúa como se dice del κύριος en el Antiguo Testamento».⁹

Los escritores del Nuevo Testamento reiteradamente enfatizaron la autoridad e igualdad divina de Cristo con Dios al atribuirle el nombre *kyrios*.¹⁰ Para los creyentes de la iglesia primitiva, el título *kyrios* denotaba a Cristo no solo como su Amo absoluto sino también como su Dios. Cuando confesamos a Jesús como *Señor*, de igual forma reconocemos nuestro deber tanto a obedecerlo como Rey y adorarlo como Deidad.

De la misma manera que aquellos santos del Antiguo Testamento se vieron a sí mismos como esclavos de *Yaveh*, tenemos que vernos a nosotros mismos como los esclavos de Jesucristo. Como señala un autor:

Correspondiente al dominio absoluto y exclusivo de Cristo sobre los creyentes en Él, es su devoción única y total a Él. Isaías 44.5 indica que después del exilio algunos judíos fieles dirían sin vergüenza: «Yo pertenezco a *Yaveh*», mientras otros de hecho

8. Ejemplos de lugares donde *kyrios* se utiliza para *Adonai* incluyen: Mateo 9.38; 11.25; Hechos 17.24; 1 Timoteo 6.15; Apocalipsis 4.11. Ejemplos de lugares donde *kyrios* se usa para *Yaveh* incluyen: Mateo 4.7; 22.37; Marcos 12.11; Hebreos 7.21.

9. Foerster, *Theological Dictionary of the New Testament* (completo), s.v. «κύριος», 3.1094.

10. E.g., Mateo 7.21; 12.8; 22.44–45; Juan 1.23; 9.38; Romanos 14.9; Hechos 10.36; Filipenses 2.10–11; 1 Corintios 2.16; Hebreos 1.10.

escribirían la frase «de Yaveh» en sus manos, para indicar de quién eran esclavos. Muchos cristianos no llevan «marcas del Señor Jesús» (Gálatas 6.17) como Pablo, pero deberían correctamente decir: «yo [soy] de Cristo» (cp. 1 Corintios 1.12) y pudieran, figurativamente hablando, escribir en sus manos «de Cristo» para indicar de quién son esclavos.¹¹

En 1 Corintios 12.3, el apóstol Pablo hace una asombrosa afirmación: «Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo». Ciertamente, hay muchos que dan honra de labios al señorío de Cristo pero nunca han experimentado el trabajo vivificador del Espíritu (cp. Mateo 7.21–23). No obstante, reconocer genuinamente el señorío de Jesús implica ambas cosas, la disposición a obedecerlo a Él como Amo y un ansia por adorarlo como Dios. Esto solo ocurre en un corazón transformado por Dios, por lo cual la conversión verdadera siempre implica la confesión sincera de que Jesús es el Señor.¹²

¿Por qué me llaman «Señor, Señor»?

Como aquellos que confiesan el señorío de Cristo, a los creyentes se les exige obedecerlo en todo. Junto con estas líneas, el *Theological Dictionary of the New Testament* explica: «Con su trabajo de redención Cristo ha hecho de los creyentes su posesión propia y ahora les da las metas que conforman sus vidas. Este mandamiento nuevo que es un mandamiento a la justicia (Romanos 6.19), santidad (1 Tesalonicenses

11. Murray J. Harris, *Slave of Christ* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 113.

12. Vea Romanos 10.9–13; cp. Hechos 2.21; 16.30–31. Al comentar sobre 1 Corintios 12.3, Murray Harris ha advertido: «Lo que el apóstol está diciendo es que fuera del poder del Espíritu Santo para iluminar la mente y cautivar la voluntad, ninguna persona puede hacer esta confesión simple con entendimiento y compromiso» (*Slave of Christ*, pp. 88–89).

3.13) y vida nueva (Romanos 6.4), encuentra expresión en la descripción de los cristianos como los *doúloi* [esclavos] de Cristo (1 Corintios 7.22; Efesios 6.6).¹³ Los esclavos de Cristo deben estar «creciendo en la obra del Señor siempre» (1 Corintios 15.58), «comprobando lo que es agradable al Señor» (Efesios 5.10) y siempre buscando «cuál sea la voluntad del Señor» (Efesios 5.17).¹⁴ Correctamente referirse a sí mismos como «un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2.14), ellos obedecen deseosamente la Palabra de Dios.¹⁵ Comprenden y abrazan las implicaciones éticas de ser esclavo de Cristo, conociendo que «los ojos del Señor están sobre los justos, y sus oídos atentos a sus oraciones; pero el rostro del Señor está contra aquellos que hacen el mal» (1 Pedro 3.12). Como resultado, ellos persiguen vidas de santidad, anhelando ser adecuados para el servicio del Amo.¹⁶

Como explicó Pablo a Timoteo:

«Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo. Pero en una casa grande, no solamente hay utensilios de oro y de plata, sino también de madera y de barro; y unos son para usos honrosos, y otros para usos viles. Así que, si alguno se limpia de estas cosas, será instrumento para honra, santificado, útil al Señor, y dispuesto para toda buena obra. Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor» (2 Timoteo 2.19–22).

13. Karl Heinrich Rengstorff, en Gerhard Kittel y Gerhard Friedrich, eds.; Geoffrey Bromiley, trad., *Theological Dictionary of the New Testament Abridged in One Volume*, s.v. «doúlos», p. 185.

14. Cp. 1 Corintios 7.32, 35; 8.6; Colosenses 1.10; 3.22.

15. Cp. Santiago 1.21-25; 1 Pedro 2.9.

16. Cp. Romanos 12.11; Colosenses 2.6; 1 Pedro 1.16.

Como esclavos de la justicia, los creyentes son «deudores» (Romanos 8.12; cp. 6.18) en cuanto a honrar a Dios en cómo viven. Aunque para aquellos que pertenecen a Cristo, la motivación a obedecer es mucho más profunda que un mero deber.

«Si me *amáis*, guardad mis mandamientos», dijo Jesús a sus discípulos (Juan 14.15, énfasis añadido) y nuevamente, «El que me ama, mi palabra guardará» (v. 23). El apóstol Juan repitió las palabras de Jesús en sus epístolas: «Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos» (1 Juan 5.3); y en otra parte: «Y este es el amor, que andemos según sus mandamientos» (2 Juan 6).

Los creyentes genuinos se caracterizan por un amor profundo a Cristo y ese amor se manifiesta inevitablemente en obediencia.¹⁷ En contraste, aquellos que no aman al Señor, ya sea por lo que dicen o por cómo viven, evidencian el hecho de que no pertenecen a Él.¹⁸

La única respuesta apropiada al señorío de Cristo es la sumisión sincera, la obediencia amorosa y la adoración apasionada. Aquellos que aceptan verbalmente su deidad, pero viven en patrones de desobediencia impenitente, traicionan la hipocresía de sus profesiones. Para ellos aplica directamente el peso aterrador de la pregunta de Cristo: «¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?» (Lucas 6.46). Como advirtió a las multitudes al final del Sermón del Monte, después de describir los peligros de la hipocresía:

«No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no

17. 1 Corintios 8.3; Efesios 6.24; 1 Pedro 1.8; cp. Marcos 12.30; Juan 21.15–17; 1 Juan 2.3.

18. 1 Corintios 16.22; cp. Juan 8.42; Romanos 8.9.

profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; APARTAOS DE MÍ, HACEDORES DE MALDAD» (Mateo 7.21–23, énfasis añadido).

Claramente, no todos los que afirman conocer al Señor realmente lo conocen. Aquellos que de veras «son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos» (Gálatas 5.24). En lugar de caminar en la carne, ahora «andemos también por el Espíritu» (v. 25) y los caracteriza un deseo creciente de obedecer la palabra de Dios. Como dijo Jesús a las multitudes en Juan 8.31: «Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos». ¹⁹ Después de todo, «cada árbol se conoce por su fruto» (Lucas 6.44) y la conversión genuina siempre está marcada por el fruto de arrepentimiento y el fruto del Espíritu. ²⁰ La obediencia amorosa es la evidencia definitiva de salvación, de manera que ambas están inseparablemente ligadas; como explica el escritor de Hebreos: «Vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen» (5.9). ²¹

El resto del Nuevo Testamento decreta advertencias similares para cualquiera que profese pertenecer a Cristo mientras persiste en pecado impenitente. ²² La Primera Epístola de Juan es especialmente clara al respecto. Aquí Juan escribió: «Si decimos que tenemos comunión con él, y andamos en tinieblas, mentimos, y no practicamos la verdad» (1 Juan 1.6). Más tarde: «Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo. El que practica el pecado es del diablo ... Todo

19. Cp. Juan 6.66–69; Mateo 24.13; Colosenses 1.22–23; 1 Timoteo 4.16; Hebreos 3.14; 10.38–39; 1 Juan 2.19.

20. Lucas 3.8; Gálatas 5.22–23.

21. Cp. Juan 3.36; Romanos 1.5; 6.16; 15.18; 16.19, 26; 1 Pedro 1.2, 22.

22. Romanos 8.9; 1 Corintios 6.9–10; Efesios 5.5–6; Hebreos 6.4–8; Santiago 2.17–19.

aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado ... En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios» (3.7–10). Aunque muchos se llamen a sí mismos «cristianos», la verdadera condición del corazón de alguien se ve por último en cómo vive. Como dice el refrán, las acciones hablan más alto que las palabras. La profesión de fe que nunca se evidencia a sí misma en un comportamiento correcto es una fe «muerta» (Santiago 2.17), no mejor que la de los demonios (v. 19). No quiere decir esto que los verdaderos creyentes nunca tropiezan. Ciertamente lo hacen. No obstante, el patrón de sus vidas es el del arrepentimiento continuo y la piedad en aumento mientras crecen en santificación y en semejanza a Cristo.

En compañía del Rey

Ser un esclavo de Jesucristo es la bendición más grande imaginable. Él no solo es un bondadoso y amable Señor sino también el Dios del universo. Su carácter es perfecto, su amor es infinito, su poder incomparable, su sabiduría ininvestigable y su bondad va más allá de toda comparación.²³ No es de sorprender, entonces, que nuestra relación con Él como nuestro Amo nos brinde gran beneficio y honra.

En tiempos romanos, la experiencia de alguien como esclavo dependía casi enteramente de la naturaleza de su amo. El esclavo de un amo bueno y benevolente podría esperar que se interesaran por su vida y disfrutar una existencia segura y apacible. Como explica un historiador:

23. Juan 10.11, 14, 28; Romanos 8.38–39; 11.33–36; 1 Corintios 15.25–26; 1 Pedro 1.19; 1 Juan 3.3.

La vida material del esclavo en el mundo romano, como en las posteriores sociedades esclavistas estaba determinada [mayormente] ... por el grado de responsabilidad con el que el amo atendía sus obligaciones materiales para con el esclavo ... En comparación con los pobres libres, los esclavos con frecuencia quizá tenían algo de ventaja material, dado que en algún grado para ellos se proveía, ellos en muchos casos habían disfrutado una seguridad en sus vidas que el pobre libre nunca había podido conocer.²⁴

De la misma manera que algunos dueños malvados solían hacerles la vida insoportable a sus esclavos, un amo amable podía hacer la situación agradable e incluso deseable para aquellos en su casa.²⁵ Tal amo evocaría la lealtad y el amor de sus esclavos, mientras le servían por medio de su devoción y no solo por deber. Más aun: «El dueño bueno velaba y cuidaba de sus esclavos durante sus vidas, hasta en su jubilación. No intentaría deshacerse del esclavo que ya no era “útil” por razones de edad o por enfermedad. Eso de que Dios es un buen “dueño” de sus “esclavos” es tanto axiomático como tranquilizador».²⁶

Ya que el Señor es nuestro Amo, podemos confiar en que va a cuidar de nosotros en cada situación y estado de la vida. Hasta en las circunstancias más difíciles, proveerá todo lo que necesitamos para que seamos fieles a Él.²⁷ No debemos estar «afanosos» (Filipenses 4.6)

24. Keith Bradley, *Slavery and Society at Rome* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge UP, 1994), pp. 89, 92.

25. Scott Bartchy da ejemplos de la literatura romana antigua tanto de la crueldad extrema como de bondad abundante mostrada por amos hacia esclavos (*First-Century Slavery* [Eugene, OR: Wipf and Stock, 2002], pp. 68–69).

26. Francis Lyall, *Slaves, Citizens, Sons: Legal Metaphors in the Epistles* (Grand Rapids: Academic Books, 1984), p. 38.

27. Cp. Mateo 6.31–33; Filipenses 4.19; 2 Corintios 9.8.

pues sabemos que «a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8.28). Es preciso que confiemos en Él completamente, pues es soberano no solo en nuestras vidas, sino sobre todo lo que existe.²⁸ «Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: “No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con fiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre”» (Hebreos 13.5–6).

Tales promesas han sido el cimiento de alivio y esperanza para todas las generaciones del pueblo de Dios. Como declaró David en el más famoso de sus salmos: «Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará descansar; junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre. Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo» (23.1–4). Algunos versículos después, concluyó con esta contundente expectativa: «Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días» (v. 6). Solo un creyente puede tener tal tipo de esperanza segura, una calmada confianza fundada en el cimiento del carácter amable del Amo.

Vivir bajo la protección soberana y el cuidado del Señor brinda un alivio inmensurable, gozo y «la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento» (Filipenses 4.7). Las bendiciones de ser su esclavo van más allá de la mera *provisión*. Ser esclavo de Cristo también es una posición de gran *privilegio*, pues no estamos en compañía de otro sino del Rey del universo. Obviamente no podemos asociarnos con alguien mayor.

28. Cp. Mateo 28.18; Romanos 14.7–9; Efesios 1.20–23; Colosenses 2.10; Santiago 4.13–15.

Aquí se puede una vez más trazar un paralelo con los esclavos de la Roma antigua.

En los tiempos del Nuevo Testamento los esclavos derivaban su propio estatus de la posición social de sus amos, tanto que «la esclavitud a una persona importante confería al esclavo un cierto grado de prestigio y poder, un estatus-por-asociación».²⁹ Ser el esclavo de un amo influyente y bien respetado era en sí una posición de estima, al punto que con frecuencia los esclavos incluirían los nombres de sus amos en sus lápidas. Como lo explica Dale Martin:

La información acerca de los dueños mencionada en las inscripciones [de las lápidas] demuestra que los esclavos eran conscientes de que sus influencias se derivaban de la de sus amos. Frecuentemente el esclavo mencionaba el rango senatorial o consular de su dueño o daba el título del amo (por ejemplo, *primipilus*, el centurión de mayor rango de una legión). Un (probablemente) esclavo Pragmateutes en 247–248 A.D. escribió en la lápida de su familia que su amo fue «tres veces jefe de provincia romana». En otra lápida, Agathopous, un agente esclavo, negó dar los nombres de su esposa e hijos (puede que no los haya tenido), sin embargo fue cuidadoso en dar el de su amo romano. En cada uno de esos casos, el esclavo enfatizaba los símbolos del estatus de su dueño, de lo cual se beneficiaba.³⁰

Al reconocer que su propio estatus social se derivaba de la reputación de sus dueños, a los esclavos romanos les agradaba asociarse con sus amos, ¡hasta en las inscripciones de sus tumbas! Después de todo, «proclamarse uno mismo esclavo de una persona importante era

29. Dale B. Martin, *Slavery as Salvation* (New Haven, CT: Yale UP, 1990), p. xxii.

30. *Ibid.*, p. 18.

una manera de atribuirse estatus.... Los esclavos no vacilaban en llamarse a sí mismos como tal. Ellos utilizaban el término [«esclavo»] como un título y como una oportunidad para vincularse a personas más poderosas. Parecían no sentir vergüenza de su esclavitud siempre que pudieran disfrutar ese estatus-por-asociación».³¹

Desde una perspectiva romana secular, no podía haber amo más grande que el emperador, esa es la razón por la que a los esclavos del César se les tenía en alta estima. «El esclavo de un zapatero probablemente tenía un estatus pequeño pero el de un traficante de influencias o un aristócrata respetado podía en cambio gozar de un respeto y poder considerables. Un esclavo de César era aun mejor considerado lo que le permitía, potencialmente, contar con poder y disfrutar de un estatus informal que competía con el de los provincianos libres importantes».³² Ser el esclavo personal de César era estar en una posición particularmente influyente y respetada: «El estatus exclusivo del emperador daba a sus esclavos y a sus libertos una posición privilegiada, lo que les permitía casarse con mujeres romanas e incorporarse a esas familias voluntariamente. Evidencias proporcionadas por la literatura y las inscripciones traen luz sobre las casas especializadas y las tareas administrativas de esos esclavos y libertos».³³

Si era considerado un honor ser el esclavo de uno de los césares, lo es infinitamente más ser el esclavo de Cristo, ¡el Rey de reyes y Señor de señores! ¿Hay alguna duda de que los escritores del Nuevo Testamento se atribuyeron con pasión a ellos mismos y a otros el título «esclavo de Cristo»? Hacerlo no fue sino una afirmación de su sumisión completa al Amo; pero también fue una declaración de la posición

31. *Ibid.*, p. 47.

32. *Ibid.*, p. 48.

33. Thomas Wiedemann, *Greek and Roman Slavery* (Nueva York: Routledge, 1988), p. 9.

privilegiada que cada cristiano disfruta al estar vinculado con el Señor. Ninguna relación podría ser mayor que esta.

Como esclavos, los creyentes no tienen gloria intrínseca en sí mismos. Sin embargo, como miembros de la familia de Dios nos distinguimos simplemente por nuestra conexión a Él. Ser sus *doulos* es un honor incomparable.³⁴ Por eso, el apóstol Pablo puede instruir a sus lectores en cuanto a que, si quieren vanagloriarse, solo pueden hacerlo en el Señor.³⁵

¡Qué gozo y qué privilegio es ser esclavo del Rey eterno! Por siempre cantaremos sus alabanzas, deleitándonos en el esplendor de su gloria y adorándole con corazones llenos de reverencia y amor. Su nombre es sobre cualquier otro y se escribirá en nuestras frentes por toda la eternidad.³⁶ Junto con los santos de todos los tiempos, nunca dejaremos de maravillarnos por el hecho de que, a pesar de nuestras propias faltas y debilidades, el Señor nos escogió para ser suyos.³⁷ No hay honor más grande que estar en compañía del Rey.

Por eso exaltamos, junto al salmista:

Venid, aclamemos alegremente a Jehová;

Cantemos con júbilo a la roca de nuestra salvación.

Lleguemos ante su presencia con alabanza;

Aclamémosle con cánticos.

34. Rengstorf, *Theological Dictionary of the New Testament* (abreviado), s.v. «*doúlos*», p. 183. Al hablar de la Septuaginta, los autores señalaron: «[L]a única cosa cierta para el pueblo elegido es el servicio exclusivo al Señor (Jueces 10.16; Salmos 2.11, etc.) Por esta razón *doúloi* es un título de honor cuando se otorgó a figuras tan sobresalientes como Moisés (Josué 14.7), Josué (Jueces 2.8), Abraham (Salmos 105.42)[,] David (Salmos 89.3) y Jacob (en representación de Israel, Isaías 48.20). Lo opuesto a la *doubleúein* es la desobediencia».

35. 1 Corintios 1.31; 2 Corintios 10.17; Filipenses 3.8.

36. Filipenses 2.9–11; Apocalipsis 22.4.

37. Cp. Efesios 1.3–4; 1 Pedro 2.9; Tito 2.14.

Nuestro Señor y nuestro Dios

*Porque Jehová es Dios grande,
Y Rey grande sobre todos los dioses.
Venid, adoremos y postrémonos;
Arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor.
Porque él es nuestro Dios;
Nosotros el pueblo de su prado, y ovejas de su mano.*

(Salmos 95.1–3, 6–7)

siete

El mercado de esclavos del pecado

Con el objetivo de captar totalmente lo que significa ser hecho esclavo de Cristo, necesitamos entender nuestra esclavitud previa al pecado, una realidad universal. Recordar a John Newton, el autor de «Maravillosa gracia», el himno más famoso que se haya escrito en el idioma inglés, es un buen punto para empezar. La letra habla de un pecador que una vez estuvo perdido, fue ciego e infeliz antes de que le encontrasen y rescatasen sin necesidad de ningún mérito o esfuerzo propio. Tan profundas como personales, estas palabras captan ambas cosas: la miseria del pecado y el gozo de la salvación. Expresan en solo unos versos cortos, la experiencia espiritual del autor, un hombre cuyo testimonio es testigo notorio de esta misma realidad: la maravillosa gracia de Dios.

Newton nació en 1725, en Londres. Su biografía es una de las más conocidas en la historia de la iglesia; es el relato de cómo Dios transformó a un marinero blasfemo y comerciante de esclavos en un influyente pastor piadoso y abolicionista. No obstante, lo que muchos no saben es que John Newton experimentó el comercio de esclavos del siglo dieciocho desde dos perspectivas opuestas. No solo fue capitán de un barco británico de esclavos (ocupación que más tarde lamentaría

profundamente) sino que, mientras vivía en África, fue esclavo durante quince meses bajo el control de un amo cruel y abusivo. Experimentar la esclavitud como esclavo y como comerciante de esclavos, le dio a Newton un entendimiento exclusivo del mundo de la esclavitud, hecho que lo afectaría profundamente, tanto como reformador social como teólogo.

La historia comienza en 1744 cuando a Newton, en contra de sus deseos, lo reclutan en la Marina de Guerra Real Británica y se ve a sí mismo rumbo a India como marinero en el *Harwich*, barco de Su Majestad. Él estaba acostumbrado a los barcos, pues su padre era capitán de un barco mercante. No obstante, su tiempo en la marina le pareció insoportable, debido en gran parte a su insubordinación y falta de disciplina. Cuando se le presentó la oportunidad para dejarlo, Newton no lo dudó. El biógrafo Iain Murray lo relata así:

La flota que se dirigía al sur por el Atlántico llegó a la isla de Madeira. Una mañana en que Newton dormía en su hamaca, un cadete se le acercó y cortó las amarras. Disgustado, Newton subió a cubierta donde se encontró con un compañero marinero que iba a ser transferido desde el *Harwich* a un barco mercante. Lo que ocurría era que la escolta naval necesitaba dos hombres de mar experimentados para un barco mercante. La idea era que dos hombres de la tripulación del *Harwich* se cambiaran de nave, pero hasta ese momento solo habían encontrado a uno. Cuando Newton se dio cuenta de lo que ocurría, pidió que lo dejaran ser el segundo marinero. Contento de poder librarse de él, el capitán le dio su autorización. Apenas unos minutos habían mediado entre estar dormido en su hamaca y su partida apresurada llevándose nada más que algo de ropa y un libro.¹

1. Iain H. Murray, *Heroes* (Carlisle, PA: Banner of Truth, 2009), pp. 90–91.

De esa manera, el joven Newton escapó de la Marina Británica y del largo viaje a la India. Pasó entonces a ser miembro de la tripulación de un barco mercante, una posición que conocía bien desde que navegaba con su padre, aunque esta experiencia habría de ser diferente en al menos un aspecto. «El barco al que se había integrado como marino era de Guinea y se dedicaba al tráfico de esclavos. Newton solo tenía diecinueve años y nunca se imaginó que su tiempo en el comercio de esclavos duraría nueve largos años y experimentaría cosas que cambiarían su vida para siempre».²

En los meses siguientes, el barco fue adquiriendo esclavos a lo largo de las costas del oeste de África para transportarlos a las Indias Occidentales y a América antes de regresar a Gran Bretaña. Sin embargo, Newton no los acompañaría a América. Después de reunirse con uno de los pasajeros, un hombre que se había hecho rico con su propio negocio en la costa de África, Newton decidió quedarse y trabajar para él. Estaba convencido de que, al igual que este hombre que lo había empleado, pronto sería él también rico.

Lo que siguió fue, por narración del propio Newton, el período más oscuro y miserable de su vida. Debido a una serie de acontecimientos, incluida una enfermedad grave, cayó en desgracia ante su empleador y ante su mujer. Como resultado, lo trataron como un esclavo despreciable, «sin comida y ropa, deprimido a un grado más allá de la miseria común»,³ a tal punto que hasta los nativos «se creían demasiado buenos para hablarme».⁴ Como relataría Newton más tarde: «Yo era, en

2. Grant Gordon, «The Earlier Years of Newton and Ryland», 1–10, en John Newton, *Wise Counsel: John Newton's Letters to John Ryland Jr.*, ed. Grant Gordon (Carlisle, PA: Banner of Truth, 2009), p. 1.

3. John Newton, *An Authentic Narrative* [Una narrativa auténtica], ed. Richard Cecil (Edimburgo: John Anderson, 1825), carta 5, p. 44.

4. *Ibid.*, carta 5, p. 39.

efecto aunque sin el nombre, un cautivo y esclavo de mí mismo y estaba deprimido al grado más bajo de la miseria humana».⁵

Años más tarde, en una de sus cartas, Newton dijo sobre esta parte de su vida:

A veces, cuando ardía en fiebre, no tenía cómo procurarme un vaso de agua fría. Mi cama era un tapete extendido sobre un tablón o baúl y mi almohada era un tronco de árbol. Cuando la fiebre me dejó y volví a tener apetito, no tenía nada que comer. Cuando me estaba recuperando muy lentamente de mi enfermedad, la mujer de mi amo iba a verme no para tener piedad o para aliviarme sino para insultarme. Me llamaba inútil y perezoso y me obligaba a caminar; lo cual yo hacía con dificultad cuando podía. Ponía a sus sirvientes a que imitaran mis movimientos para burlarse de mí. A veces me tiraban piedras, pero no les decía nada porque tenían que complacerla en todo; sin embargo, cuando ella se descuidaba, sus esclavos [los menos] mostraban pena por mí en lugar de desprecio.⁶

Durante un viaje en barco con su amo, Newton continuó recibiendo un tratamiento similar.

Siempre que él [mi amo] dejaba la embarcación, me encerraban en cubierta, con una escudilla de arroz para todo el día y si él se demoraba, no volvía a comer hasta su regreso. Me habría muerto de hambre si de vez en cuando no hubiera pescado algún pez. Toda mi ropa era una camisa, un pantalón, un pañuelo de algodón que usaba como gorra y un pedazo de tela de algodón para lo

5. John Newton, *The Works of John Newton*, 4 vols. (New Haven: Nathan Whiting, 1824), 4:553. Esta parte específica viene del panfleto de Newton titulado: «Thoughts upon the African Slave Trade».

6. Newton, *An Authentic Narrative*, ed. Richard Cecil (Edimburgo: John Anderson, 1825), p.44.

que me pudiera servir. Y así vestido, cuando mi amo bajaba a tierra, tenía que estar expuesto durante veinte, treinta, quizá cuarenta horas seguidas a lluvias incesantes y a vendavales, sin el más mínimo refugio. Hasta hoy siento algunos desmayos que regresan de los dolores violentos que en aquel entonces padecí. El frío excesivo y la humedad que tuve que soportar aquellos meses quebrantaron completamente mi constitución y mi espíritu. Este último pronto se restauró, pero los efectos en la primera permanecen aún conmigo, como un *recuerdo* necesario de pago por el pecado.⁷

Esta era la condición de aquel Newton, «viviendo con hambre, sed, desnudez y carencia de toda tipo»,⁸ escondiéndose con frecuencia de cualquier potencial visitante. De acuerdo con su propio relato, tenía «una imagen tan pobre, que cuando un bote del barco venía a la isla, la vergüenza a menudo me obligaba a ocultarme —en el bosque— de la vista de los extraños».⁹ Finalmente después de casi un año, las circunstancias de Newton mejoraron cuando su amo le permitió trabajar para un empleador nuevo. No obstante, este arreglo habría de durar unos pocos meses, pues al joven pronto lo rescatarían. «Al tener muchos amigos que eran capitanes de barcos, su padre había instado a aquellos que comerciaban en la costa africana para que inquirieran acerca de su hijo. Por fin, en febrero de 1747, el capitán del *Greyhound* lo encontró y lo llevó a bordo».¹⁰ Como explicó Newton en sus cartas: «Así de pronto fui liberado de una cautividad de casi quince meses».¹¹

7. Ibid., pp. 43–44.

8. Ibid., carta 6, p. 47.

9. Ibid., p. 46.

10. Iain Murray, *Heroes*, p. 92.

11. Newton, *An Authentic Narrative*, carta 6, p. 51.

A esas alturas, Newton todavía no era cristiano. De hecho, mantuvo su reputación de blasfemo y de aficionado a hacer diabluras, ¡aun con sus compañeros marineros! Sin embargo, Dios tenía sus ojos puestos en él. Algunos meses más tarde, cuando el *Greyhound* navegaba rumbo a Irlanda, una tormenta violenta trajo sensatez a ese rebelde impenitente y, en un momento de pánico, clamó a Dios misericordia. El barco se salvó, aunque casi milagrosamente y la tripulación logró regresar a casa. Al escribir sobre esta experiencia espiritual, Newton narraría años más tarde:

Me debo ser sincero en señalar que al darme cuenta que había sobrevivido a una vida de tantos peligros me sobrecogió una sensación de misericordia inmerecida. Me arrepentí por mi pasada vida disoluta y me propuse cambiar... Agradecí al Señor por su misericordia al perdonarme, no obstante confiar en mi propia capacidad de hacer lo mejor en el tiempo por venir. Por esos días no tenía a nadie que me hiciera ver que mi fuerza no era mayor que mi justicia... por tanto, considero este como el inicio de mi regreso a Dios, o mejor dicho, del regreso de Él a mí; sin embargo, no me consideré un creyente (en el sentido absoluto de la palabra) sino hasta después de un tiempo considerable.¹²

Cuando regresó a Gran Bretaña, Newton continuó dedicado a esa actividad. Pronto se hizo capitán de un barco de esclavos. Dado todo lo que recién había experimentado, su decisión de ir en pos de esta objetable ocupación es difícil de entender. Pareciera que la conciencia del marinero todavía era muy subdesarrollada¹³ (por su propio relato se ve

12. Citado de Gordon, «The Earlier Years of Newton and Ryland», p. 2.

13. Al reflexionar en esos años, Newton admitió: «Durante el tiempo que participé en el comercio de esclavos nunca tuve el más mínimo escrúpulo en lo referido a su legalidad» (*The Works of John Newton*, 1:65).

que todavía no se sentía un creyente genuino). Evidentemente, su tiempo en África y sus años de experiencia en la navegación lo habían convertido en alguien excepcionalmente calificado para la posición. Al retirarse con el rango de capitán, pensó que había llegado el momento de contraer matrimonio con Polly, el amor de su vida. Sin embargo, a pesar del cambio que había experimentado, habría de mantenerse en el comercio de esclavos lo que más tarde le causaría profundo dolor y vergüenza.

En efecto, en los años siguientes, habría de dirigir un total de cuatro expediciones relacionados con la compra y venta esclavos, la inicial como primero de a bordo y las otras tres como capitán de su propio barco. Aunque se esforzó por «tratar a los esclavos bajo [su] cuidado con gentileza y asegurarse de su comodidad»,¹⁴ admitió sentirse «perturbado con una actividad que estaba perpetuamente relacionada con cadenas, cerrojos y grilletes».¹⁵ Incluso, durante ese tiempo de su vida, «frecuentemente pedía en [sus] oraciones, que el Señor, a su tiempo, se complaciera de preparar [para él] una profesión más humana».¹⁶ Cuando unos problemas de salud inesperados lo obligaron a dejar de navegar, Newton asumió una posición en la oficina de impuestos del puerto de Liverpool. Nueve años más tarde, sería ordenado como ministro, una profesión a la que se dedicó fielmente hasta los ochenta y dos años.

En 1788, treinta y cuatro años después de dejar el comercio de esclavos, lo denunció públicamente (y se disculpó por su participación en ello) en un panfleto titulado: «Pensamientos sobre el comercio de esclavos». El panfleto se leyó ampliamente y contribuyó en gran medida al movimiento abolicionista británico a finales de 1700. En

14. Citado de Gordon, «The Earlier Years of Newton and Ryland», p. 2.

15. Newton, *Authentic Narrative*, carta 13, p. 96.

16. *Ibid.*

él, Newton escribió: «Me veo obligado con mi conciencia a avergonzarme de mí mismo a través de una confesión pública la cual, aunque sincera, llega demasiado tarde para prevenir o reparar la miseria y el daño del que formalmente he sido cómplice. Espero que este siempre sea un tema de reflexión humillante para mí, de que una vez fui un instrumento activo en un negocio por el que mi corazón ahora se estremece».¹⁷

También predicó contra la esclavitud y procuró su abolición. En un sermón de 1794, en un recuento sobre los males sociales de sus días, dijo a su congregación:

Yo no tendría excusa, si en esta ocasión omitiera mencionar el comercio de esclavos africanos, considerando la participación que tuve en el pasado en ese infeliz negocio. No clasifico esto entre nuestros pecados nacionales, pues espero y creo que una gran mayoría de la nación desea seriamente su eliminación. Pero hasta ahora intereses mezquinos e injustos prevalecen en contra de la voz de la justicia, la humanidad y la verdad. No obstante, esta monstruosidad no se considera lo suficientemente. Si usted no hace más que emocionarse por lo que escucha sobre las crueldades que se practican en Francia, tal vez debería estar mucho más conmovido si pudiera imaginarse completamente las maldades y las miserias inherentes a este tráfico, las cuales comprendí no por rumores sino por observación propia y que son equivalentes en atrocidades y quizá superiores en número a cualquiera o a todos los peores hechos que hemos conocido de Francia en el curso de un solo año desde el inicio de su revolución.¹⁸

17. Newton, *The Works of John Newton*, 4:533.

18. John Newton, *The Works of the Rev. John Newton: Complete in One Volume* (Londres: Thomas Nelson, 1853), pp. 860–61.

Varios años más tarde, en 1797, nuevamente diría a su congregación: «Más de una vez he confesado con vergüenza desde este púlpito los intereses [participación] que tuve por mucho tiempo en el comercio de esclavos africanos».¹⁹

La influencia de Newton junto a su amistad con William Wilberforce ayudó a que la causa abolicionista en Gran Bretaña alcanzara su meta. En una carta de 1805 a Wilberforce, el anciano ministro expresaba:

Tengo que intentar expresar mi agradecimiento al Señor y ofrecerles mis felicitaciones por el éxito que hasta ahora se complació en dar a sus empeños incansables por la abolición del comercio de esclavos... Si yo, que dentro de dos meses estaré arribando a mis ochenta años, viviera para ver el cumplimiento de ese trabajo —que solo Él, en cuyas manos están nuestros tiempos y caminos, conoce—; confío en que me dé la satisfacción de verlo mientras se preserven mis pobres medios.²⁰

En febrero de 1807, solo diez meses antes de que Newton muriera, el Parlamento al fin aprobó la ley contra el comercio de esclavos, convirtiendo esa horrible actividad en ilegal en el Imperio Británico. El hecho de que viviera para ver esta victoria notable es la culminación idónea para su legado. El epitafio de Newton, el cual antes de morir él mismo escribió, acentúa su profunda gratitud por aquello a lo que debía todo, la maravillosa gracia de Dios:

19. *Ibid.*, p. 869.

20. De una carta fechada en junio 5 de 1804, en Kevin Belmonte, *William Wilberforce: A Hero for Humanity* (Grand Rapids: Zondervan, 2007), p. 146.

Clérigo JOHN NEWTON,
antes infiel y libertino,
siervo de esclavos en África,
fue, por la rica misericordia
de nuestro Señor y Salvador

JESUCRISTO,

preservado, restaurado y perdonado.
y destinado para predicar la fe
que él por tanto tiempo
trató de destruir.

Esclavitud al pecado

Si alguien llegó a comprender los horrores y los abusos de la trata de esclavos del siglo dieciocho, ese fue John Newton. Experimentó la esclavitud desde ambos lados, habiendo vivido como esclavo en África y participado en el negocio después de su regreso a casa. Como ministro escribió sobre los abusos de la esclavitud y, posteriormente, fue instrumento para poner fin al comercio inglés de esclavos. Los cristianos de hoy pueden regocijarse en el trato providencial que Dios dispensó a Newton, no solo por salvarlo a él de su pasado inicuo sino por usarlo (junto a William Wilberforce y a otros) para poner fin a una de las más grandes injusticias de la historia moderna.

Como lo percibió Newton, el comercio británico-americano de esclavos de sus días fue absolutamente injusto y contrario a la Biblia. El secuestro o «robo de hombres» sobre el cual se creó todo el sistema se prohíbe claramente tanto en el Antiguo como en el Nuevo

Testamento (Éxodo 21.16; 1 Timoteo 1.10). Además, el prejuicio racial que engendró no tiene cabida en la iglesia, donde todos los creyentes son miembros del cuerpo de Cristo (1 Corintios 12.13; Gálatas 3.28). Por tanto, no es de sorprender que aun cuando sus años como ministro progresaron, crecía en John Newton el disgusto con aquella institución maligna y su participación en ella.

No obstante, su propio testimonio le dio una profunda sensación de gratitud por la misericordia redentora de Dios con su vida. Sus experiencias lo ayudaron a comprender lo que en verdad significaba ser *esclavo del pecado*, ser oprimido sin esperanza y explotado por un amo malvado. No obstante, a finales de su vida, a la edad de setenta y cinco años, Newton todavía escribiría acerca de su «estado de perversidad y miseria en África, el cual» dijo «raramente había estado dos horas seguidas fuera de mis pensamientos».²¹ Con frecuencia reflexionaba sobre la dura realidad de su propia esclavitud, trazando paralelos entre su experiencia y la realidad espiritual del cautiverio del pecado. Es probable que no exista un paralelo más notable, al menos en siglos recientes, entre la cruel maldad del comercio británico-americano de esclavos y la opresión severa de la esclavitud al pecado.

A través de sus cartas y sus himnos, Newton reiteradamente contrastó la esclavitud al pecado con la redención que recibió por medio de Jesucristo. Y se describe a sí mismo en su condición perdida como «esclavo presto a toda maldad»²² y «esclavo ciego de Satán»²³ quien si no hubiera sido rescatado por Cristo «habría sido cautivo todavía».²⁴

21. Newton, *Wise Counsel*, p. 380.

22. Newton, *The Works of John Newton* (Whiting), 1:27, de una carta fechada en enero 17 de 1763.

23. John Newton, «I Will Trust and Not Be Afraid», Libro III, Himno 37, en *Olney Hymns: In Three Parts* (Londres: Thomas Nelson, 1855), p. 289.

24. John Newton, «The Legion Dispossessed», Libro I, Himno 92, en *Olney Hymns*, pp. 105–6.

Esclavo

Los himnos de Newton, de los que existen casi trescientos, resuenan con el tema glorioso de la liberación de su propia maldad.²⁵ Aunque una vez había sido esclavo de la «locura venenosa [y] la muerte» del pecado, la gracia de Dios lo liberó.

Newton recordó a qué se parecía el incrédulo, es decir, ser uno de esos que «actúan como tentados por Satanás» atados con «cadenas de culpa y pecado». Él sabía que los incrédulos son:

*Cuán depravados por naturaleza,
Cuán propensos a todo mal,
[Sus] vidas cuán esclavizadas a Satanás,
Cuán obstinada [su] voluntad.*

Su existencia lamentable es «indiferente por un tiempo, ellos viven en el pecado, esclavizados al poder de Satanás». Por eso en «el castillo del [incrédulo] corazón humano»,

*[Satán] reina,
Y mantiene sus bienes en paz.
El alma se place en usar sus cadenas,
Y no desea su libertad.*

Sin embargo, Newton también sabía que

*Jesús [siendo] más fuerte que él,
A su hora señalada,*

25. Las citas que siguen en esta sección son de himnos de John Newton en *Olney Hymns*. Los himnos citados son: libro I: Himno 109, 101, 118, 121, 122, 123; Libro II: Himno 21, 25, 29, 39, 56, 100; Libro III: 76, 87. Se han hecho ligeros ajustes al formato de los himnos. La grafía del castellano antiguo se ha reemplazado con grafía del español contemporáneo y las palabras abreviadas se han explicado en su totalidad.

*A su pueblo llega a liberar
Del poder usurpador.*

Newton se regocijaba en el hecho de que «Jesús rescata a los esclavos de Satán», porque

*Nos ve como esclavos deseosos,
Del pecado y del poder de Satán;
Más con arma extendida Él salva,
A la hora que ha de señalar.*

Somos «liberados del pecado y de la oscuridad» porque Jesús «[nos] libró del cautiverio». Aunque estábamos muertos en nuestros pecados, Dios nos dio vida, al punto que «comenzamos a vivir de veras, una vez [somos] libres de nuestro pecado y del cautiverio».

Al mismo tiempo, Newton también comprendió la implicación ética de su libertad en Cristo. Aunque se le había rescatado de la opresión malvada del pecado, ahora tenía un amo nuevo, el Señor Jesucristo. A diferencia del pecado, el opresor más perverso y cruel de todos, Cristo es el Amo perfecto, justo, cabal, amable y bueno. Someterse a su voluntad es gozo puro. Consiguientemente, Newton pudo exclamar:

*Adiós mundo cuyo oro es basura.
La cruz que sangra la veo ahora.
Jesús murió para darme libertad,
De la ley, del pecado y de esta vanidad.
Con grande precio compró mi alma,
Acéptala toda y reclámala.
Por tu voluntad todo dejaré,
Ya no más mi dueño ahora tuyo seré.*

En otra parte escribió:

*Señor solo tuyo soy ahora.
Ven y lo que a ti pertenece toma.
Porque me has libertado,
De Satanás sus órdenes severas apartado.
Mira toda mi energía que de pie espera,
Para mi Señor que provechosa sea.*

Porque,

*Al alma rebelde que una vez se resistió,
La grande bondad del Salvador llamó,
Rendida por la gracia ahora se goza
Y por servirle totalmente el alma rebosa.*

Por haber sido rescatado de las ataduras serviles del pecado, Newton estaba ahora deseoso de obedecer a Cristo con todo su corazón. En un himno titulado: «Éramos esclavos de Faraón», Newton comparó la liberación de los cristianos del pecado con la liberación de Israel de Egipto. Al igual que Faraón, el pecado es el más severo de los tiranos. Sin embargo los cristianos, como los israelitas, pueden gozarse al ser rescatados por la gracia de Dios.

*En lo profundo el yugo de Satán
Durante tiempo nuestras almas oprimió;
Pero la gracia los grilletes que afligían rompió,
Y al fatigado el descanso le entregó.
En esa hora importante
Su potente brazo Jesús mostró;*

*Nos rescató por precio y con poder,
Y para Él nos reclamó.
Libres ahora de esclavitud, pecado y muerte,
En sendas sabias caminamos;
Y gastar cada respiro deseamos
En amor, admiración y en alabarte.
En breve tiempo con Él moraremos
En aquel mundo que está más allá;
Nuestro vivir será solo que contemos
De ese gran amor tesoros lleno.*

ocho

Atado, ciego y muerto

Ya hemos notado algunas de las diferencias significativas entre la esclavitud del imperialismo británico del siglo diecisiete y la del mundo romano del primer siglo. Más significativo aun es que la esclavitud romana no se definía racialmente; los esclavos del primer siglo casi nunca se distinguían de los hombres libres, ni por su apariencia física ni por su forma de vestir. Además, los esclavos romanos con frecuencia tenían la oportunidad de ganar su libertad, convertirse en ciudadanos y hasta en amos. Adicionalmente, los esclavos de un amo bueno gozaban de una vida estable y relativamente confortable y los de algunas personas importantes a menudo poseían cierto grado de su prestigio propio e influencias. Los esclavos del primer siglo debían ser muy educados o capacitados como especialistas en sus campos, permitiéndoles actuar con la misma capacidad de las personas libres. De hecho, algunos incluso trabajaban como maestros, doctores o filósofos a la orden de sus amos. Aunque la sociedad romana nunca vio la esclavitud como algo ideal, la situación generalmente no arrastraba el mismo estigma que se asocia al comercio de esclavos del siglo dieciocho.¹

1. En este sentido, S. Scott Bartchy señala: «El siglo primero A.D., fue un tiempo en el que las condiciones de vida para aquellos en esclavitud se mejoraban. Las acciones legales y la opinión

No obstante, la literatura romana provee algunos ejemplos de injusticias impuestas a los esclavos por los amos crueles y abusadores. De la misma manera que las experiencias de John Newton afectaron su perspectiva teológica,² narraciones como estas habrían dado a los cristianos un entendimiento vívido del dolor y la miseria que proviene de ser esclavo de un tirano malvado. El profesor de historia S. Scott Bartchy da un ejemplo:

En su discusión sobre la futilidad de la ira, Séneca reporta que un liberto romano muy rico, Vedius Pollio, permitía que sus peces carnívoros se comieran a sus esclavos. Un día, un esclavo por descuido rompió un jarrón de cristal en presencia de algunos invitados, incluido Augusto César, Vedius ordenó que lanzaran al esclavo al estanque de los peces. En respuesta al clamor del esclavo por ayuda, Augusto ordenó que trajeran ante él todos los objetos de cristal de Vedius, los rompieran y los lanzaran dentro del horroroso estanque en lugar del esclavo.³

pública apoyaban un mejor tratamiento de los esclavos... La mayoría de los esclavos en el siglo primero habían nacido en las familias de sus dueños y se les capacitaba para cumplir los deberes personales y públicos de importancia creciente y sensible. Se les trataba consecuentemente» (*First-Century Slavery* [Eugene, OR: Wipf and Stock, 2002], p. 71).

2. En *Sixty-Six Letters to a Clergyman and His Family* (Londres: Simpkin, Marshall, & Co., 1844), Newton reconoció los sufrimientos que los esclavos de amos injustos padecían en los tiempos del Nuevo Testamento: «Los siervos en el tiempo de los apóstoles, eran esclavos... Los siervos de amos paganos sin dudas tuvieron mucho por lo que sufrir; sin embargo, el apóstol prevé que esos pobres esclavos adornarían la doctrina de Dios su Salvador y seguirían su ejemplo en todas las cosas» (pp. 160–61).

3. Bartchy, *First-Century Slavery*, 69. En su nota al pie de página (n235), el autor explica que «esta es una historia inusual que muestra no solo el lado conmoviente y terrible de la esclavitud sino también el interés oficial en superarlo». El autor prosigue a explicar que, desde una perspectiva económica, simplemente, los amos tenían mucho más que ganar tratando bien a sus esclavos que tratándolos con crueldad.

Si bien esta narración representa la excepción y no la regla, provee una ilustración vívida del tipo de crueldad extrema que los amos malvados podían hacer a sus esclavos.

Con el tiempo la ley romana comenzó a proteger a los esclavos de tales circunstancias.

Por el 61 A.D., la *Lex Petronia*

prohibió a los dueños exponer a sus esclavos a la lucha con bestias salvajes sin permiso del magistrado competente (la aprobación se concedía solo cuando se comprobaba una conducta muy mala). Antonius Pius, emperador durante la mitad del segundo siglo A.D., proclamó que si un esclavo se refugiaba en la estatua del emperador, el gobierno provincial haría una investigación y si se comprobaba la crueldad del amo, se lo forzaba a deshacerse de todos sus esclavos.⁴

La necesidad de leyes como esas indica que en el mundo romano se practicaba la crueldad con los esclavos.⁵

Es probable que los primeros cristianos estuvieran bien enterados de los abusos que un esclavo podía sufrir a manos de un amo injusto. Muchos creyentes del primer siglo eran esclavos,⁶ y muchos otros estaban sujetos a tratamientos severos e injustos. A la luz de eso, Pedro escribió: «Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos; no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente» (1 Pedro 2.18–19).

4. Ibid., p. 71, n. 247.

5. Para un examen de escritos grecorromanos que evidencian la crueldad con la que a veces se trataba a los esclavos, vea Thomas Wiedemann, *Greek & Roman Slavery* (Nueva York: Routledge, 1988), pp. 9–11, 167–87.

6. Vea Efesios 6.5–9; Colosenses 3.22–25; Tito 2.9–10; Filipenses 1.15–16.

Es contra ese trasfondo cultural que el Nuevo Testamento habla de la esclavitud al pecado y del pecado reinante en el corazón humano. El pecado es el amo más vil y más atroz (cp. Génesis 4.7), una realidad que no se habría perdido en los creyentes del primer siglo.⁷ Ellos naturalmente habrían trazado paralelos entre los peores abusos en sus culturas, comprendiendo la subyugación total que tal esclavitud implicaba.

Como vimos en el capítulo 2, también podrían mirar al Antiguo Testamento para hallar ilustraciones de tal opresión. La principal de ellas era la del faraón del éxodo. Durante el primer siglo no era inusual pensar en la redención en términos de la liberación de Israel de Egipto.⁸ Eso proveía un paralelo natural a la redención cristiana del pecado. Así como el faraón era un tirano brutal, afligiendo diariamente a su fuerza de trabajo israelita con sufrimiento y amargura, «el pecado también es un tirano que despiadadamente usa a [sus esclavos] sin ofrecer ninguna retribución real».⁹ Por lo tanto, si consideraban el maltrato de esclavos en su propia cultura o las situaciones difíciles de los israelitas en

7. Al comentar sobre Romanos 6, Leon Morris (en *Romans, Pillar New Testament Commentary* [Grand Rapids: Eerdmans, 1998], 261) dice de los lectores de Pablo: «Ellos estaban familiarizados con la esclavitud y Pablo está razonando desde el hecho bien conocido de que el esclavo está completamente a la disposición de su amo... Para Pablo, la suposición básica es que todos eran esclavos antes de llegar a ser creyentes en Cristo, no eran libres para hacer su voluntad, pues estaban sujetos a la esclavitud del pecado».

8. F. Büchsel, en «*ἀλυτρώω*», en el *Theological Dictionary of the New Testament*, editado por Gerhard Kittel y traducido y editado por Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids: Eerdmans, 1967), explica que «la liberación en la costumbre judía posterior siempre es la redención de Israel del dominio de los pueblos gentiles, con frecuencia el éxodo de Egipto pero también las muchas otras liberaciones en la historia judía, e.g., de la opresión de Antíoco Epífanes IV» (4:350). Para saber más sobre la conexión entre los israelitas como esclavos en Egipto y los incrédulos como esclavos del pecado, vea John Byron, *Slavery Metaphors in Early Judaism and Pauline Christianity* (Tubinga, Alemania: J. C. B. Mohr, 2003), p. 229.

9. Lawrence O. Richards, *Bible Reader's Companion* (Colorado Springs: David C. Cook, 1991), p. 53.

el Egipto antiguo, los creyentes del primer siglo rápidamente habrían podido entender las imágenes de la esclavitud al pecado.

El pecado es un tirano cruel. Es el poder más devastador y degenerante para affligir a la raza humana, al punto que toda la creación «gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora» (Romanos 8.22). El pecado daña a la persona completa. Infecta el alma, corrompe la mente, profana la conciencia, contamina los afectos y envenena la voluntad.¹⁰ Es el cáncer destructor de la vida y condenador del alma que supura y crece en cada corazón humano no redimido como una gangrena incurable.

Pero los incrédulos no solo están infestados por el pecado; están esclavizados por él. Jesús dijo a sus oyentes en Juan 8.34: «De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado». También el apóstol Pedro describió a los falsos maestros como «esclavos de corrupción. Porque el que es vencido por alguno es hecho esclavo del que lo venció» (2 Pedro 2.19). Con esas mismas imágenes Pablo recuerda a los romanos que, antes de su salvación, «erais esclavos del pecado» (6.17). Todo ser humano hasta el momento de su redención está bajo el dominio de la oscuridad y el pecado. El incrédulo está totalmente corrompido por el cautiverio de su condición caída y absolutamente incapacitado para liberarse por sí mismo de él.

No sorprende, pues, que la noción misma de tal esclavitud absoluta (una doctrina comúnmente conocida como «depravación total» o «inhabilidad total»¹¹) repugne al corazón caído. Es más, ninguna

10. Vea Jeremías 44.15–17; Juan 3.19–21; Romanos 1.21; 2 Corintios 7.1; Tito 1.15.

11. Es importante notar que «la depravación total» no quiere decir que cada pecador sea totalmente cruel o vicioso. Obviamente, ese no es el caso. No todo pecador es un asesino en serie o un violador. De hecho, algunos pecadores parecen ser relativamente buenas personas, comparados con otros. Sin embargo, la Biblia es clara sobre la *extensión* de la caída de cada pecador. No hay parte de la naturaleza o ser del pecador que no haya sido totalmente tentada

doctrina es más odiada por los incrédulos que esta y hasta algunos cristianos la encuentran tan ofensiva que la atacan con pasión.¹² Aunque la depravación total es una de las doctrinas de la gracia más atacadas y minimizadas, es la más distintiva porque es la base de un entendimiento correcto del evangelio (en el que Dios lo inicia todo y recibe toda la gloria). La negación de esta doctrina dentro del «evangelicalismo» estadounidense ha resultado en todo tipo de errores, incluidos los que diluyen el evangelio y el pragmatismo del movimiento del iglerecimiento. Sin embargo, la Escritura es clara: a menos que el Espíritu de Dios dé vida espiritual, todos los pecadores están completamente incapacitados para cambiar su naturaleza caída o para rescatarse ellos mismos del pecado y del juicio divino. No pueden iniciar ni lograr aspecto alguno de su redención. Incluso esas supuestas «cosas buenas» que los incrédulos hacen, son como trapos de inmundicia ante un Dios santo (Isaías 64.6). Contraste esto con cualquier otro sistema religioso en los que se les dice a las personas que a través de sus propios esfuerzos *pueden* lograr algunos niveles de justicia, contribuyendo consiguientemente a su salvación. Nada podría estar más lejos de la verdad.

Una de las características dominantes de la caída humana universal es el engaño del pecador acerca de su verdadera condición. Motivada por el orgullo, la mente depravada piensa de sí misma mucho mejor de lo que realmente es. Sin embargo, la Palabra de Dios corta

por el pecado. Por eso, cuando hablamos de «depravación total» lo hacemos en cuanto a la extensión completa en la que cada pecador se ha contaminado por los efectos del pecado. Esa contaminación define al pecador como espiritualmente muerto, enteramente incapaz de responder positivamente a la verdad espiritual.

12. Para estudiar más sobre la doctrina de la depravación total vea los capítulos «The Sinner Neither Willing nor Able» (pp. 81–98), en *Proclaiming a Cross-Centered Theology* (Wheaton, IL: Crossway, 2009) y «Man's Radical Corruption» (pp. 129–40), en *John Calvin: A Heart for Devotion, Doctrine, & Doxology* (Orlando: Reformation Trust, 2008).

ese engaño como una espada afilada, diagnosticando al hombre pecador como enfermo incurable, rebelde por naturaleza e incapaz de cualquier bien espiritual.

Como esclavos del pecado, todos los incrédulos son hostiles a Dios e incapaces de agradarlo en cualquier sentido.¹³ Su incapacidad se acentúa por el hecho de que no solo están atados al pecado; sino que también están *cegados* por el pecado y *muertos* en él. Ellos «teniendo el entendimiento entenebrecido» (Efesios 4.18) no pueden comprender la verdad espiritual porque «el dios de este siglo [Satanás] cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios» (2 Corintios 4.4).¹⁴ Adicionalmente, los incrédulos están «muertos en [sus] delitos y pecados» (Efesios 2.1), «muertos en [sus] pecados» (Colosenses 2.13), «viviendo [están muertos]» (1 Timoteo 5.6). Así como un hombre ciego no puede darse vista a sí mismo ni un muerto resucitarse, el pecador está totalmente incapacitado para impartirse a sí mismo tanto conocimiento espiritual como vida eterna. Así como

13. Vea Jeremías 13.23; Romanos 8.7–8; 14.23; Hebreos 11.6. En este sentido la Confesión de Fe de Westminster (cap. 9, § 3) plantea: «El hombre, por su caída en un estado de pecado, ha perdido completamente la habilidad de voluntad para algún bien espiritual que acompañe la salvación, por tanto como hombre natural, siendo enteramente reacio de ese bien y muerto en el pecado, no puede, por su propia fuerza, convertirse a sí mismo o prepararse a sí mismo para ello».

14. Cp. Juan 8.43–44; 1 Corintios 2.14. Satanás es el gobernador de este sistema mundial malvado (Juan 12.31; 2 Corintios 4.4; Efesios 2.2) y el padre de «todos los hijos de desobediencia» (Efesios 5.6; cp. Mateo 13.38; 1 Juan 3.10). Conocido como «homicida desde el principio» (Juan 8.44), «padre de mentira» (Juan 8.44), «el maligno» (Juan 17.15; 1 Juan 5.19; cp. Mateo 13.19) y el «hijo de perdición» / «hijo de destrucción» (Juan 17.12; 2 Tesalonicenses 2.3), él «como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar» (1 Pedro 5.8). Aunque el diablo aparece como ángel de luz (2 Corintios 11.14), afirmando ofrecer satisfacción a cambio de la conformidad al cumplimiento de sus demandas (vea Mateo 4.8–10), sus tentaciones no son más que dardos fieros de destrucción espiritual (Efesios 6.16; cp. 1 Juan 2.15–17).

Esclavo

Lázaro yacía inmóvil en la tumba, el alma no redimida permanece sin vida hasta que la voz de Dios le ordena: «¡Sal fuera!» Note los paralelos entre la resurrección de Lázaro y el milagro de la salvación, Charles Spurgeon advirtió:

La resurrección de Lázaro permanece a la cabeza de una serie de milagros maravillosos con los que nuestro Señor asombró e instruyó a las personas. No obstante, no estoy errado cuando afirmo que eso es un tipo de lo que el Señor Jesús constantemente está haciendo en el contexto de la mente y el espíritu. ¿Resucitó Él a quien naturalmente estaba muerto? ¿Así mismo, resucita todavía al que espiritualmente está muerto! ¿Trajo de vuelta a la vida un cuerpo de la corrupción? ¿Así mismo libera todavía al hombre de sus pecados abominables!¹⁵

La historia de Lázaro no solo demuestra el poder divino de Cristo sobre la muerte (tanto física como espiritual), ilustra también la verdad teológica opuesta, es decir, que los muertos no pueden resucitarse a sí mismos. Fuera de la intervención milagrosa de Cristo, el cuerpo de Lázaro habría permanecido sin vida en la tumba. Toda la humanidad es una raza de Lázaros.¹⁶ A menos que Dios milagrosamente intervenga, todos permanecemos espiritualmente muertos, impotentemente esclavizados al poder y a la corrupción del pecado, «sin esperanza y sin

15. Charles Spurgeon: «Unbinding Lazarus», sermón no. 1776, *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim Press, 1985), 30:219.

16. Sobre este punto el autor Duane Edward Spencer advierte: «Así como Lázaro nunca habría escuchado la voz de Jesús, nunca habría “venido a Jesús”, sin que primero nuestro Señor le diera vida, así todo hombre “muerto en delitos y pecados” primero Dios debe darle vida antes de que pueda “venir a Cristo”. Ya que el hombre muerto no puede *desear* recibir la vida; no obstante, se puede levantar de la muerte solo por el poder de Dios, por eso el hombre natural por su propio (y mítico) “libre albedrío” *deseará* tener vida eterna (cp. Juan 10.26–28)» (Spencer, *Tulip: The Five Points of Calvinism in the Light of Scripture* [Grand Rapids: Baker], p. 28).

Dios en el mundo» (Efesios 2.12). O como lo dijo Spurgeon: «A través de la caída y de nuestro pecado propio, la naturaleza del hombre ha llegado a ser tan vil, tan depravada y tan corrupta, que es imposible para él ir a Cristo sin la ayuda de Dios el Santo Espíritu... la naturaleza [del hombre] es tan corrupta que no tiene ni la voluntad ni el poder para ir a Cristo a menos que el Espíritu lo atraiga».¹⁷

Para empeorar el asunto, la Biblia dice que los incrédulos incondicionalmente aman el pecado. No solo están absolutamente *incapacitados* para liberarse a sí mismos de su corrupción; además están obstinadamente *indispuestos* a hacerlo. Como dijo Jesús a los líderes religiosos de sus días: «Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí; y *no queréis* venir a mí para que tengáis vida» (Juan 5.39–40, énfasis añadido). Habiendo heredado la naturaleza caída de Adán, los seres humanos pecadores son «por naturaleza hijos de ira» (Efesios 2.3), caracterizados por corazones duros, mentes depravadas, conciencias contaminadas y obras orgullosas que son hostiles a Dios.¹⁸ Como les explicó el Señor a sus seguidores: «Pero decía, que lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre» (Marcos 7.20–23).

17. Charles Spurgeon, «Human Inability» *New Park Street Pulpit*, 4 vols. (Londres: Alabaster and Passmore, 1859), 4:138.

18. Respecto a la naturaleza pecaminosa del hombre, ver Salmos 51.5; Romanos 3.23; 5.12, 15–17; 1 Corintios 15.21. Respecto a los efectos corruptos del pecado, vea Salmos 143.2; Jeremías 17.9; Romanos 1.28; 5.10; 8.7; Efesios 2.1–3; 4.18; Tito 1.15; 3.1–3.

Al enfatizar la indisposición del pecador a acudir a Dios, el apóstol Pablo describe en forma similar en Romanos 3.10–12 la condición del incrédulo:

Como está escrito:

No hay justo, ni aun uno;

No hay quien entienda,

No hay quien busque a Dios.

Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;

No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.

En vez de procurar a Dios y su justicia, los pecadores no redimidos gustosamente cambian «la verdad de Dios por la mentira» (Romanos 1.25), se «entregan a la lascivia para cometer con avidez toda clase de impureza» (Efesios 4.19); son «amadores de sí mismos, avaros [y] vanagloriosos, soberbios, blasfemos» (2 Timoteo 3.2, 4), buscando continuamente complacer los deseos de su carne. Además están bajo el control y el dominio de Satanás, como explicó Martín Lutero en su tratado *On the Bondage of the Will* [En la esclavitud de la voluntad]:

Satanás es el príncipe del mundo y de acuerdo con los testimonios de Cristo y Pablo, gobierna en la voluntad y las mentes de aquellos hombres que son sus cautivos y siervos... la Escritura [lo] prueba de manera clara, no ambigua ni confusa. Satanás es ampliamente el príncipe más poderoso y astuto de este mundo; (como dije antes) bajo el poder reinante de quien, la voluntad humana, ya no siendo libre ni en su poder propio sino sierva del pecado y de Satanás, no puede querer otra más que aquello que su príncipe quiere y él no permitirá que quiera algo bueno. Sin embargo, aunque Satanás no reine sobre ella, el pecado mismo,

del cual el hombre es esclavo, la endurecería lo suficiente como para impedirle desear el bien.¹⁹

Por supuesto, los que están bajo el dominio de Satanás compartirán su misma extinción interna. Si bien el pecado promete satisfacción y vida a sus esclavos, su recompensa es en realidad exactamente lo opuesto, miseria en esta vida y condenación en la próxima.²⁰

La realidad cruda es que aunque el pecador pudiera cambiar la condición de su corazón, lo cual la Escritura enseña que es imposible (Jeremías 13.23), ningún incrédulo deseará hacer tal cosa. Dejado a su razón y voluntad natural propias, el pecador no redimido siempre elegirá la esclavitud al pecado por encima de la obediencia a Dios. Hasta que el Señor interviene, el pecador no tiene capacidad ni voluntad para abandonar el pecado y servir a Dios en justicia. Tanto su voluntad como su razón son absolutamente corruptas. Lutero establece el punto a partir de una serie de preguntas retóricas:

¿Qué puede entonces la razón [de un pecador] proponer que sea correcto? ¿Quién es el ciego e ignorante? ¿Qué puede elegir la voluntad que sea bueno? ¿Quién es el débil e impotente? Aun más, ¿qué puede procurar la voluntad, donde la razón no puede proponer nada sino la oscuridad de su ceguera e ignorancia propias? Y donde la razón es tan desatinada y la voluntad tan adversa, ¿qué puede el hombre [incrédulo] ya sea hacer o afirmar, que sea ¡bueno!?²¹

19. Martín Lutero, *On the Bondage of the Will*, trad. Henry Cole (Londres: T. Bensley, 1823), pp. 293, 295. Cp. Gálatas 4.8; Efesios 2.2.

20. Cp. Ezequiel 18.4; Mateo 5.29; Romanos 6.23; 8.13; Gálatas 6.8; Santiago 1.15; Apocalipsis 20.10–15.

21. Lutero, *On the Bondage of the Will*, p. 320.

Esclavo

La respuesta por supuesto es *nada*. La mente contaminada y la voluntad corrupta del corazón impío solo son capaces de elegir el pecado. El alma no redimida, por lo tanto, «está compulsivamente atada al servicio del pecado y no puede desear nada bueno».²² Aparte de la intervención divina, el esclavo del pecado permanece en una situación absolutamente impotente y desesperada. No solo carece de poder para liberarse a sí mismo sino que arrastra sus cadenas con ansias.

22. *Ibid.*, p. 125. En esta sección, Lutero está mostrando la falacia que Erasmo hace del término «libre albedrío». En el proceso, Lutero evidencia su entendimiento de la depravación total.

nueve

Salvo del pecado,
esclavizado por gracia

Es de la esclavitud al pecado que Dios salva a sus elegidos, rescatándoles del dominio de la oscuridad y transfiriéndoles como sus propios esclavos al reino de su Hijo (Colosenses 1.13). Cuando no amábamos más que a nuestro pecado y a nosotros mismos, Dios nos amó primero, al punto que respondimos a Él en fe.¹ Como explica el apóstol Juan: «En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1 Juan 4.10, 19). Al salvarnos de la esclavitud al pecado, Dios inició y cumplió todo. De no ser por su intervención determinada, todavía estaríamos impotentes bajo el cautiverio del pecado.

Es importante señalar que en tiempos romanos, los esclavos no elegían a sus amos sino que los amos elegían a sus esclavos. Este punto lo aclaran abundantemente las descripciones del mercado de esclavos de la Roma antigua, donde los esclavos estaban enteramente sujetos

1. Pasajes como Juan 4.10; Hechos 11.17–18; Efesios 2.8; Filipenses 1.29; 2 Pedro 1.1; 2 Timoteo 2.25 y Tito 3.5 indican que una fe de arrepentimiento, salvadora, es el regalo de Dios, no el producto del esfuerzo del hombre.

a las opiniones y decisiones de los compradores potenciales.² Como explica Francis Lyall:

Puesto que los esclavos eran cosas, bienes meramente comerciales, debían comprarse y venderse o transferirse su propiedad de cualquier manera, sin nada que decir por parte de ellos. La transferencia de un esclavo era un asunto técnico, pero con frecuencia podría ocasionarla una adquisición. No obstante, es interesante encontrar dos ejemplos de tales imágenes en 1 Corintios, una carta dirigida a la iglesia en una ciudad que era la sede de un mercado de esclavos importante. En 1 Corintios 6.20 y 7.23 aprendemos que somos «comprados por precio»... [Significativamente] en materia de esclavo y su adquisición, la voluntad del esclavo era totalmente irrelevante.³

En el mercado romano de esclavos, las decisiones referentes al futuro de los cautivos descansaban solamente en las manos del comprador, no en aquel que se vendía. Con cierta semejanza, la Biblia enseña que Dios ha elegido a sus esclavos por su propia soberanía, su independencia y su preferencia. De hecho, los eligió para ser sus esclavos antes de que nacieran e incluso antes de la creación del mundo.⁴

Como elegidos por Dios, los creyentes fueron comprados «por su propia sangre [la de Cristo]» (Hechos 20.28),⁵ predestinados para ser

2. Keith Bradley explica que, sin decir nada del asunto, los esclavos «parece que en muchos casos han sufrido los juicios en silencio» (*Slavery and Society at Rome* [Cambridge UP, 1994], p. 56).

3. Francis Lyall, *Slaves, Citizens, Sons: Legal Metaphors in the Epistles* (Grand Rapids: Academie Books, 1984), pp. 38–39. Adicionalmente, Murray J. Harris traza una conexión entre 1 Corintios 6.20 y 7.23 y «el concepto veterotestamentario de la “redención-adquisición” de Dios en cuanto al pueblo de Israel después de su cautiverio en Egipto (e.g., Éxodo 6.6; Salmos 74.2) para convertirse en su posesión atesorada (Éxodo 19.5–6; Deuteronomio 26.18; Malaquías 3.17)» (*Slave of Christ* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999], p. 122).

4. Cp. Romanos 9.11; Efesios 1.4; 2 Tesalonicenses 2.13; 2 Timoteo 1.9; Tito 1.2.

5. Vea también 1 Pedro 1.18–19; Apocalipsis 5.9; 14.4.

libres de la esclavitud al pecado y conducidos a la familia de Dios.⁶ Él fue en pos de nosotros aun cuando no lo procuramos, llevándonos a sí mismo y arrebatándonos de las garras y la condenación del pecado. Como Pablo, fuimos «asido[s] por Cristo Jesús» (Filipenses 3.12), volviéndonos sus cautivos voluntarios, sus prisioneros gozosos y parte del pueblo de su posesión.⁷ Somos pertenencia suya, no porque lo hayamos elegido sino porque Él nos eligió a nosotros.

Pero a diferencia del mercado romano de esclavos, donde se elegía a los cautivos según sus cualidades —como fuerza, salud y apariencia física—, Dios eligió a sus esclavos con el conocimiento total de sus debilidades y fallas. Nosotros «que no [somos] muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles sino... lo necio del mundo escogió Dios, para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo escogió Dios, para avergonzar a lo fuerte» (1 Corintios 1.26–27). Ciertamente, Él misericordiosamente nos eligió para salvarnos a pesar de nosotros mismos, salvándonos, no por alguna bondad inherente a nosotros sino acorde a sus propios propósitos eternos y para su gloria.

El Nuevo Testamento está repleto de ejemplos sobre el trabajo de iniciación y elección de Dios en la salvación. En Juan 15.16, Jesús dijo a sus discípulos: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, él os lo dé». En Hechos 2.39, Pedro enfatizó que la promesa de salvación se extendió a «cuantos el Señor nuestro Dios llamare». En Hechos

6. Cp. Gálatas 6.10; Efesios 2.19; Hebreos 3.6; 1 Pedro 2.5; 4.17.

7. Cp. Romanos 16.7; 2 Corintios 2.14; Efesios 3.1; Colosenses 4.10; 2 Timoteo 1.8; Tito 2.14; Filemón 1, 9, 23 y 1 Pedro 2.9. El término «compañeros de prisiones» en Romanos 16.7, Colosenses 4.10 y Filemón 23 literalmente es «compañero prisionero de guerra». Es posible que Pablo estuviera usando esto en un sentido figurado, que lo incluía a él mismo y a estos hombres como compañeros cautivos en el servicio de Cristo (cp. Harris, *Slave of Christ*, p. 117).

13.48 leemos que, en respuesta al trabajo misionero de Pablo entre los gentiles, «creyeron todos los que estaban ordenados para vida eterna». Un par de capítulos más adelante, encontramos que Lidia creyó solo después que «el Señor abrió el corazón de ella para que estuviese atenta a lo que Pablo decía» (Hechos 16.14). En cada caso, fue Dios quien hizo la tarea de elegir, llamar, designar y abrir el corazón. Así ocurre con la salvación, pues el nuevo nacimiento siempre ocurre no por «voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Juan 1.13).

La voluntad de Dios en el proceso de salvación es singular, dependiendo no de otra cosa que de su preferencia libre y no influenciada. Por tanto, el Espíritu Santo trabaja donde desea, el Hijo da vida a quienquiera y, a menos que el Padre los atraiga, los incrédulos no pueden acudir a Cristo.⁸ Cuando estábamos esclavizados en nuestros pecados, el Hijo nos libertó (Juan 8.36). Cuando estábamos ciegos por la incredulidad, Dios «resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4.6). Cuando estábamos muertos en nuestras transgresiones y pecados, Él «nos dio vida juntamente con Cristo» (Efesios 2.5). Él es quien inició cada aspecto del trabajo de salvación en nuestros corazones, de modo que no podemos darnos crédito por algo en nuestra salvación.⁹ Toda la gloria es de Él.

En la salvación, el Dios trino actúa soberanamente en aquellos que quiere rescatar, impartiendo vida a los corazones muertos y visión a las mentes ensombrecidas. La salvación entonces «no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia» (Romanos 9.16). Así como no elegimos nacer en el sentido físico, tampoco

8. Juan 3.7; 5.21; 6.44, 65; cp. Mateo 11.27.

9. Cp. Filipenses 1.6 y 1 Corintios 1.29–31.

elegimos nacer de arriba (Juan 3.3–8). Usted y yo creímos en el evangelio, no porque fuimos más sabios o justos que cualquier otro sino porque Dios intervino con gracia, abriendo nuestros corazones para prestar atención a su palabra y creer. No hay lugar para el orgullo de nuestra parte, solo gratitud; el trabajo solo de Dios en la redención de los pecadores significa que Él recibe toda la alabanza.

Por supuesto, la doctrina de la elección soberana no niega ni contradice la responsabilidad del pecador en cuanto a arrepentirse de su pecado y confiar en Cristo como Señor y Salvador.¹⁰ El evangelio llama a todos los hombres a la fe y al arrepentimiento. Sin embargo, como hemos visto, los corazones pecaminosos odian a Dios y, dada la oportunidad, siempre elegirán pecar. Por dicha, la gracia soberana de Dios incluye no solo el regalo de la salvación sino la fe para el arrepentimiento, la cual es necesaria para recibir ese obsequio.¹¹ Por tanto, aunque los pecadores son totalmente responsables de rechazar el evangelio, Dios solo merece el crédito por la salvación de los creyentes, habiendo iniciado, cumplido y provisto todo, incluso los medios por los que los pecadores son capaces de responder al evangelio. Como lo expresó tan vívidamente Richard Baxter: «Por eso, que se escriba “Merecido” en el suelo del infierno, pero en la puerta del cielo y la vida: “Dádiva gratuita»”.¹²

El apóstol Pablo reiteradamente subrayó la realidad de la predestinación divina en sus epístolas, haciendo notar tanto la elección soberana de Dios como su llamamiento eficaz.¹³ Animó a los tesalonicenses, por ejemplo, con estas palabras: «Pero nosotros debemos dar siempre

10. Cp. Ezequiel 18.23, 32; 33.11; Juan 3.18, 19, 36; 5.40; 2 Tesalonicenses 2.10-12; Apocalipsis 22.17.

11. Tanto la fe (Efesios 2.8) como el arrepentimiento (2 Timoteo 2.25) son regalos de Dios.

12. Richard Baxter, *The Saints' Everlasting Rest*, citado en John MacArthur, *The Glory of Heaven* (Wheaton, IL: Crossway, 1996), p. 171.

13. Cp. Romanos 8.29–30, 33; Efesios 1.3–11; Colosenses 3.12; 1 Tesalonicenses 1.4.

gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, *de que Dios os haya escogido desde el principio para salvación, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio*, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo» (2 Tesalonicenses 2.13–14, énfasis añadido).

En sus cartas a Timoteo y a Tito, el apóstol incluso citó el trabajo de elección de Dios como un incentivo para su propio sufrimiento. Así, le dice a Timoteo: «Por tanto, todo lo soporto por amor de los escogidos» (2 Timoteo 2.10) e igualmente explica a Tito que era esclavo de Dios y apóstol de Cristo «conforme a la fe de los escogidos de Dios» (Tito 1.1). Pablo también se incluye a sí mismo en la compañía de los elegidos de Dios, destacando que este «nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos» (2 Timoteo 1.9).

Pablo no fue el único que entendía el trabajo de la elección divina en la salvación. Otros escritores del Nuevo Testamento resaltaron esta misma realidad. El escritor de Hebreos, por ejemplo, explica que Cristo murió para que «los llamados reciban la promesa de la herencia eterna» (9.15). Santiago señala que nuestra salvación vino de «su voluntad», cuando «nos hizo nacer por la palabra de verdad» (Santiago 1.18). Pedro escribe su primera epístola «a los ... elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo» (1 Pedro 1.1–2).¹⁴ Juan se refiere a una señora como «la elegida» (2 Juan 1.13). De igual forma Judas,

14. La palabra *presciencia* no se refiere a una mera apreciación de lo que ocurrirá en el futuro sino una predeterminación de lo que ocurrirá. Esto habla de planificar y no simplemente de observar (cp. Jeremías 1.5; Hechos 2.23). En tal contexto, esto indica que Dios previamente pensó y predestinó la relación de cada cristiano con Él.

que inicia su carta con estas palabras: «A los llamados, santificados en Dios Padre, y guardados en Jesucristo» (v. 1).

El resonante coro de la Escritura reitera esta conclusión ineludible: Dios es el que elige y «de quien quiere, tiene misericordia» (Romanos 9.18). Él inicia y culmina el trabajo de salvación para aquellos que predestinó en el pasado eterno. Los llama a sí mismo, otorgándoles fe y arrepentimiento y redimiéndoles de su esclavitud al pecado. En consecuencia, los creyentes son justamente designados como «los escogidos que él escogió» (Marcos 13.20), pues nosotros no podíamos amarlo a menos que Él nos amara primero.

Comprados por precio

Pero, ¿cómo rescata Dios a los esclavos del pecado que ha elegido? El Nuevo Testamento responde esta pregunta con la doctrina de la *redención*, un concepto que nuevamente toma prestado de las imágenes del mercado romano de esclavos y del éxodo de Israel de la esclavitud en Egipto.

La Escritura utiliza dos palabras griegas para transmitir la verdad de la redención.¹⁵ La primera es *agorazō*, que junto con su relacionada compuesta *exagorazō*, significa «comprar» o «adquirir». La palabra se deriva de *agora*, que significa «mercado» y habla de comprar

15. El *Evangelical Dictionary of Theology (EDT)* explica que la redención se «comunica en el Nuevo Testamento por los grupos de palabras *agorazo* y *lyo*. Estos términos tienen presente el contexto de la transacción mercantil con referencia a la adquisición de bienes o la liberación de esclavos. Al usar estas palabras, los escritores del Nuevo Testamento intentaron representar la actividad salvadora de Jesús en términos que comunican liberación del cautiverio. La mayoría de esas palabras inferen la liberación de la cautividad por medio de un precio de rescate pagado» (R. David Rightmire, «Redimir, redención» en *EDT*, Walter A. Elwell, ed. [Grand Rapids: Baker, 1996], pp. 664–65).

o comerciar y «especialmente de adquirir un esclavo pensando en su liberación».¹⁶ Utilizado figurativamente, su significado estaba «basado en la analogía de la ley religiosa que en realidad concedía libertad a un esclavo adquirido por una divinidad».¹⁷ Desde una perspectiva teológica, se refiere a la adquisición espiritual redentora, con la cual se pagó un precio para comprar a los pecadores de su esclavitud. De ese modo, en el Nuevo Testamento se dice que «Cristo ha adquirido a sus discípulos [habiéndolos] hecho, como si fueran, su propiedad privada... también se dice que los ha traído a Dios al derramar su sangre».¹⁸

El otro término griego para redención es *lytroō* (y sus formas relacionadas), que se refiere específicamente a «el dinero del rescate [pagado] por la emancipación de esclavos».¹⁹ Por aquellos «vendido[s] al pecado» (Romanos 7.14), una categoría que incluye todos los descendientes caídos de Adán, la redención es el único medio de rescate del señorío maldito. Solo aquellos que han sido comprados por un precio, redimidos mediante la muerte sustitutiva de Cristo en la cruz,²⁰ pueden regocijarse de saber que han sido completamente perdonados. Por la gracia de Dios, a cuenta del sacrificio expiatorio de Cristo, a ellos se les ha liberado del pecado, de Satanás y de la muerte.²¹ Como explica

16. W. E. Vine, al comentar sobre «*exagorazō*» en *Expository Dictionary of New Testament Words* (Old Tappan, NJ: Fleming H. Revell Company, 1966), p. 263.

17. William F. Arndt y F. Wilbur Gingrich, al comentar sobre «*agorazō*» en *A Greek-English Lexicon of the New Testament* (Chicago: Chicago UP, 1969), p. 12.

18. Carl Ludwig Wilibald Grimm, comenta sobre «*agorazō*», en *Greek-English Lexicon of the New Testament*, trad. Joseph Henry Thayer (Grand Rapids: Zondervan, 1970), p. 8. Cp. Juan 17.9–10; 1 Corintios 6.20; Gálatas 3.13; Apocalipsis 5.9; 14.3–4.

19. Arndt y Gingrich, comenta sobre «*λύτρον*» en *A Greek-English Lexicon of the New Testament*, p. 483.

20. Cp. Mateo 20.28; Marcos 10.45; 1 Corintios 6.20; 7.23; 2 Corintios 5.21; Colosenses 2.14; 1 Timoteo 2.6.

21. Debemos ser cuidadosos al no presionar demasiado la metáfora del rescate, como si concluyéramos que Cristo pagó algún tipo de rescate al pecado o a Satanás con el objetivo de

el autor de Hebreos, el Hijo de Dios vino «para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (2.14-5).

El glorioso tema de la redención —que a través de su muerte, nuestro Señor adquirió a los creyentes—, retumba por todo el Nuevo Testamento.²² Sin embargo, a diferencia de los esclavos de los tiempos romanos, fuimos «rescatados de [nuestra] vana manera de vivir... no con cosas corruptibles, como oro o plata» (1 Pedro 1.18), ni se nos redimió por medio de «su propia sangre» (Hebreos 9.12). En lugar de ello, nuestra redención es el propio Jesucristo,²³ que con su muerte «se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras» (Tito 2.14). Ahora, como posesión suya, nosotros que fuimos anteriormente esclavos del pecado, somos esclavos de un Señor y Amo nuevo.

Nuestra redención en Cristo resulta en *libertad* y *perdón* del pecado. No solo se nos libera del cautiverio de nuestro anterior amo sino que se nos exime de las consecuencias mortales del pecado, es decir, de la ira eterna de Dios. Como dice Pablo en Romanos 8.1–2: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los

liberar a los esclavos del pecado. Cristo murió por Dios, al punto que su muerte sustitutiva calmó la ira de Dios y satisfizo la justicia de Dios, haciendo consiguientemente expiación completa por los pecados de aquellos por los que murió. F. Büchsel, al comentar sobre «λύτρον», en *Theological Wordbook of the New Testament* [Vocabulario Teológico del Nuevo Testamento], editado por Gerhard Kittel y traducido y editado por Geoffrey W. Bromiley (Grand Rapids: Eerdmans, 1967) (IV, 344), observa que no hay duda «de que Dios es el recipiente del rescate. Jesús sirve a Dios cuando muere y Dios inexorablemente demanda el sufrimiento de su Hijo. Dios lo castiga. Por tanto toda posibilidad de que Satanás pudiera recibir el rescate se excluye... [Los pecadores deben] ser libres de la deuda con Dios».

22. E.g., Romanos 3.24; Efesios 1. 7; Colosenses 1.14.

23. 1 Corintios 1.30; cp. Mateo 26.28.

que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte». Debido a que estamos en Él, todos nuestros pecados, pasados, presentes y futuros, han sido «perdonados por su nombre» (1 Juan 2.12).²⁴

Salvos del pecado, esclavizados por gracia

El regalo redentor de Dios brinda salvación tanto de la opresión del pecado y de sus consecuencias, como de la existencia misma de ese día. Por ello, no necesitamos temer más a nuestro amo anterior, ni debemos temer la ira de Dios.²⁵ Cristo derrotó al pecado y a Satanás en la cruz y también soportó el castigo completo de la ira divina por todo el que cree en Él. Su muerte nos ha liberado del pecado, de la condenación y del miedo.²⁶

No obstante, no debemos pensar que nuestra redención nos ha dado —de alguna manera— licencia para pecar. De hecho, la verdad

24. Cp. Efesios 4.32; Colosenses 2.13. Aunque ya no estamos bajo el poder del pecado (Romanos 6.14–19), la realidad es que, por ser la creación nueva prisionera de la carne humana no redimida, todavía hemos de luchar con el pecado (Romanos 7.21–24; 1 Juan 1.8) hasta la redención total del cuerpo (Romanos 8.18–23). El trabajo redentor que hace Cristo en la salvación no necesita repetirse, la expiación y la justificación están completas en ese punto. No obstante, todos los que son limpios por medio de la misericordiosa justificación de Dios necesitan lavado constante en el sentido experimental a medida que se oponen al pecado en la carne y crecen en santificación. Como le dijo el Señor a Pedro: «El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio» (Juan 13.10). Por eso se nos llama a confesar nuestros pecados regularmente (1 Juan 1.9), pidiendo por el perdón del lavado diario que restaura la intimidad espiritual y el servicio a sus niveles máximos (cp. Mateo 6.12, 14–15). Al confesar rápidamente y alejarse del pecado, los creyentes pueden deleitarse en las bendiciones profundas de la redención del pecado y el compañerismo con Dios que disfrutaban por medio de Cristo (1 Juan 1.3; cp. Hebreos 10.19), mientras esperan la redención completa en gloria de la presencia del pecado.

25. Cp. 1 Corintios 15.56–57; 1 Juan 4.17–18.

26. Cp. Juan 8.34–36; Romanos 8.15, 33–34; Hebreos 2.14–15.

es justamente lo opuesto.²⁷ Cuando éramos esclavos del pecado, éramos «libres acerca de la justicia» (Romanos 6.20). Sin embargo, ahora, que se nos ha comprado por precio, somos «siervos de la justicia» (v. 18), «liberados del pecado y hechos siervos de Dios» (v. 22).²⁸ Se nos ha liberado *del pecado*, esto quiere decir que ahora somos libres para obedecer, para vivir correctamente y procurar la santidad. Somos esclavos de Cristo, «no obstante, aquí está lo maravilloso y muy notable de este asunto: *Ser esclavo de Jesucristo es libertad verdadera*».²⁹ Murray Harris ha comentado:

Una de las clásicas paradojas cristianas es que la libertad lleva a la esclavitud y la esclavitud a la libertad. Tan pronto como, mediante Cristo, las personas son libres de la esclavitud del pecado, entran en una esclavitud nueva y permanente: la esclavitud de Cristo. Una concluye precisamente con el objetivo de permitir que la otra comience. Mientras esa emancipación individual ocurre, las personas liberadas no se aíslan como «esclavos de Cristo» sino que forman una comunidad mundial de «compañeros–esclavos», pertenecientes todos al mismo Amo que adquirió su libertad, por lo que todos están comprometidos a obedecerlo y complacerlo.³⁰

A diferencia del pecado, Cristo es el Amo perfecto; un punto que ya hemos discutido en detalle. No obstante, no podemos dejar de

27. Cp. Romanos 6.1–2, 15. F. Büchsel describe así la ética cristiana que acompaña a la fe salvadora del redimido: «Aceptar el perdón de Jesús es aceptar el regalo del que obediente voluntariamente hizo de toda su existencia, de su vida y de su muerte, una ofrenda a Dios, de manera que aquellos que aceptan ese perdón no son dejados inertes hasta que rindan la misma obediencia a Dios» (s.v. «λυτρόω», en el *Theological Dictionary of the New Testament* [completo], 4:348).

28. Comentando sobre Romanos 6.18, Douglas Moo escribió: «La forma verbal pasiva aquí (como en vv. 17 y 22) llama la atención nuevamente a la iniciativa de Dios» (*The Wycliffe Exegetical Commentary, Romanos 1–8* [Chicago: Moody Press, 1991], p. 419).

29. James Montgomery Boice, *Romans*, 4 vols. (Grand Rapids: Baker, 1991), 2:690.

30. Harris, *Slave of Christ*, p. 153.

recalcar este contraste pues no podría ser más radical. El pecado es el más cruel e injusto de todos los amos; Cristo es el más amoroso y misericordioso. La carga del pecado es pesada y abominable; Cristo dice: «Mi yugo es fácil» y ligera mi carga» (Mateo 11.30). El pecado atrapa a sus esclavos en la oscuridad y la muerte; Cristo brinda luz y vida a todos aquellos a quienes «dio vida juntamente con él» (Colosenses 2.13). El pecado desvía, engaña y destruye; Cristo es «el camino, y la verdad, y la vida» (Juan 14.6). En tanto que la esclavitud del pecado consiste en todo lo aborrecedor, perjudicial, horrible y despreciable, la de Cristo implica todo lo bueno, glorioso, gozoso y correcto.

Servir a Dios «bajo la gracia» es una experiencia liberadora, muy diferente de la esclavitud al pecado. No solo hay una gran diferencia en carácter entre las dos formas de servicio sino que hay una gran distinción entre los fines a los cuales conducen. El pecado paga a sus siervos salarios de muerte. Dios no paga a sus siervos meros salarios: les da algo mejor y mucho más generoso. En su gracia, les da vida eterna como una dádiva gratuita, esa vida eterna que les pertenece por su unión con Cristo.³¹

La libertad en Cristo, entonces, no es libertad *para* pecar sino libertad *del* pecado, libertad para vivir como Dios quiere, en verdad y santidad (cp. 1 Pedro 1.16). «La libertad del cristiano no es para hacer lo que él o ella quiera sino para obedecer a Dios, deseosamente, gozosamente, naturalmente».³²

31. F. F. Bruce, *Romans, Tyndale New Testament Commentary* (reimpr., Grand Rapids: Eerdmans, 2002), p. 133.

32. Moo, *The Wycliffe Exegetical Commentary, Romans 1–8*, p. 415. Moo agregó: «Uno nunca es libre de un amo y los no cristianos que se creen libres están bajo una ilusión creada y sustentada por Satanás. La opción a la que se enfrentan las personas no es: “¿Debiera retener mi libertad o abandonarla y someterme a Dios?” sino “¿Debiera servir al pecado o a Dios?”»

Después de todo, para los creyentes «el pecado no será más su señor, pues otro Señor ha tomado posesión de ellos; es decir, Cristo».³³ Como lo explica un comentarista: «[L]ibertad en Cristo no es una invitación a una grata autocentralización. Los emancipados en Cristo se han convertido en esclavos de la justicia. No carecen de metas ni de objetivos. Son emancipados del pecado para que se entreguen completamente a causas valiosas... Los que son puestos en libertad no vagan en un vacío moral. Son «esclavos de justicia».³⁴ La verdadera libertad comienza cuando termina la esclavitud del pecado y esta termina solamente cuando nos hemos convertido en esclavos de Dios. Sin embargo, como veremos en los siguientes capítulos, no solo somos esclavos de Dios. También somos sus ciudadanos, amigos y miembros de la familia. Todo eso es posible porque Él nos eligió y nos llamó, redimiéndonos de nuestra esclavitud del pecado y otorgándonos vida eterna por medio de su Hijo.

En el capítulo 7 vimos la vida y la teología de John Newton, que entendió tanto el terror de la esclavitud del pecado como el gozo de la obediencia incondicional a Cristo. Como destacamos, la comprensión de Newton de esta profunda verdad se refleja en los muchos himnos que escribió. Otro famoso escritor de himnos, contemporáneo de Newton, es Charles Wesley. Un poeta prolífico que escribió más de seis mil himnos, muchos de los cuales todavía cantamos. La cuarta estrofa de uno de sus himnos más conocidos: «Maravilloso es el gran

33. C. E. B. Cranfield, *The Epistle to the Romans*, 2 vols. (Edimburgo: T&T Clark, 1975), p. 1:319. En la página 321, el autor nota que el uso de Pablo de la metáfora de la esclavitud «ciertamente expresa la pertenencia total, la obligación absoluta y la responsabilidad completa que caracteriza la vida bajo la gracia, con un vigor y una vitalidad que ninguna otra imagen parece capaz de igualar».

34. Leon Morris, *The Epistle to the Romans, Pillar New Testament Commentary* (Grand Rapids: Eerdmans, 1998), p. 264.

Esclavo

amor», resume la gloriosa realidad de la redención divina del pecado, junto con el deber consecuente del creyente de seguir y obedecer a su nuevo Amo.

*En vil prisión mi alma padeció,
Atada en pecado y oscuridad;
Pronto en mi celda resplandeció
La clara luz de su verdad.
Cristo las férreas cadenas destruyó;
Quedé ya libre, ¡Gloria a Dios!*

El himno concluye con la rotunda verdad de la esperanza gloriosa que todos los redimidos comparten en Cristo.

*Hoy ya no temo condenación;
Jesús es mi Señor, y yo suyo soy.
Vivo en Él que es mi salvación,
Vestido en su justicia voy.
Libre acceso al Padre gozo ya
Y entrada al trono celestial.*

diez

De esclavos a hijos (Parte 1)

Ya hemos analizado las doctrinas de la gracia en algunos detalles y señalado la manera en que la Escritura utiliza el lenguaje esclavo para ilustrar esos temas gloriosos. La doctrina de la *depravación total* se observa en el hecho de que los incrédulos son esclavos del pecado. No están dispuestos y son incapaces de liberarse a sí mismos del dominio del pecado en cada área de sus vidas. A menos que Dios intervenga, son cautivos del pecado, impotentes y sin esperanzas, están bajo el dominio de la oscuridad y son guiados a la destrucción eterna.

La doctrina de la *elección soberana* enseña que Dios, en su misericordia infinita, decide salvar a esos pecadores a quienes dio su amor desde la eternidad. Aun cuando estábamos en enemistad con Él, Dios fue en pos de nosotros, atrayéndonos por medio de su *gracia irresistible*. Nos rescató del pecado, transformó nuestros corazones y nos transfirió al reino de su Hijo. Aunque una vez fuimos esclavos del pecado, ahora lo somos de Cristo y esclavos de justicia. En los tiempos romanos el esclavo no elegía a su amo. Al contrario, el amo siempre lo elegía a él. Si hubiese sido por nuestro propio razonamiento caído, usted y yo nunca habríamos elegido a Dios. Sin embargo, de acuerdo a su gran

misericordia, Él nos elige, iniciando y culminando todo lo necesario para nuestra salvación.

La doctrina de la *redención particular* también se manifiesta en un lenguaje particular en la Escritura, con el que se ilustra una transacción de negocios o rescate. La muerte de Cristo en la cruz en realidad paga el castigo por el pecador elegido, redimiéndolo del pecado y rescatándolo de la ira de Dios. En los tiempos romanos, el amo pagaba solo por los esclavos que adquiriría. Así también, los beneficios salvíficos del trabajo redentor de Cristo se aplican solo a aquellos a quienes Dios ha elegido. Habiéndonos comprado por precio, la sangre preciosa de Cristo, los creyentes somos su posesión.

En todo esto, como creyentes no podemos darnos crédito. Éramos completamente cautivos del pecado cuando Dios, por su propia voluntad soberana, intervino y nos rescató basado en la operación redentora de Cristo. Dios no solo nos salvó del pecado sino que promete mantenernos como su posesión, completando el trabajo que comenzó en nosotros durante la conversión hasta que culmine con la glorificación.¹ Esta promesa protectora de Dios para su pueblo, conocida como la *perseverancia de los santos* (o también la *seguridad eterna del creyente*), garantiza que aquellos a quienes eligió en la eternidad pasada serán salvos en el presente y glorificados en el futuro. Como describió Pablo el proceso en Romanos 8.30: «Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó». Los esclavos a quienes ha rescatado del pecado y adquirido, permanecerán en su familia para siempre.

Es este último punto, nuestra ubicación permanente en la familia de Dios, lo que examinaremos en las páginas que siguen. Como ya hemos

1. Juan 6.39; 10.27–29; Filipenses 1.6; Romanos 8.38–39.

visto, cuando Dios rescata a los incrédulos del pecado, los hace sus esclavos. Sin embargo, eso no termina ahí. En la salvación, los redimidos se convierten no solo en sus esclavos sino también en sus amigos (Juan 15.14–15) y en ciudadanos de su reino; más notable aun, llegan a ser hijos adoptivos en su familia. A los creyentes se les ha transformado de esclavos del pecado en hijos e hijas de justicia. Juan Crisóstomo, como padre de la iglesia del cuarto siglo, se maravilló mucho tiempo atrás:

Primero es la liberación del pecado y luego la conversión a esclavos de justicia, lo cual es mejor que cualquier libertad. Pues Dios ha hecho lo mismo que si una persona tomara a un huérfano a quien unos salvajes llevan a su propio país y no solo lo liberan de la cautividad sino que establecen cierto tipo de paternidad para él y lo dignifican. Eso es lo que ha ocurrido en nuestro caso. Pues no fue solo que Dios nos libertó de nuestra maldad anterior; sino que también nos lleva a vivir como ángeles. Él abrió el camino para que gocemos una vida mejor, entregándonos en custodia de justicia y destruyendo nuestra maldad anterior, ajusticiando al viejo hombre en nosotros y llevándonos a vida eterna.²

Padre para los huérfanos

George Müller tenía unos treinta años cuando él y su esposa, Mary, comenzaron su ministerio con huérfanos en Bristol, Inglaterra. George había comenzado a pastorear en Bristol varios años antes (en 1832) y ahora él y Mary abrían su casa para los niños necesitados. Como explicó el biógrafo Arthur T. Pierson, «el corazón amoroso de Müller se

2. Juan Crisóstomo, *Homilies on Romans*, 11, citado en Gerald Bray, ed., *Romans, Ancient Christian Commentary on Scripture* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1998), p. 170.

había extendido hacia la pobreza y la miseria por doquier pero especialmente en el caso de niños privados de ambos padres».³

El trabajo que comenzó inicialmente con treinta huérfanos pronto se expandió. Se construyeron otros hogares y se admitieron cien huérfanos adicionales. No obstante, la necesidad todavía era mayor. Por eso en 1849, se construyó un edificio independiente que podía albergar a trescientos huérfanos. Ya en 1870, había cinco edificios grandes, que albergaban un total de dos mil niños. En días en que los huérfanos abarcaban casi el sesenta por ciento de la población criminal de Inglaterra,⁴ el ministerio de Müller salvó a miles de jóvenes de vivir en las calles y en la prisión. Sin embargo, más importante aun, su énfasis evangelístico hizo que muchos de esos mismos niños creyeran en el evangelio y fueran salvos del pecado y sus consecuencias eternas. Como lo explica su biógrafo, «la principal esperanza de Müller era ser un medio de sanidad espiritual para esos niños» no obstante, «tuvo el gozo de ver cómo Dios utilizó esos hogares para la promoción del bienestar físico de ellos también y en no pocos casos, para la renovación completa de sus cuerpos débiles y enfermos».⁵

En ese trabajo, George Müller se motivó no solo por compasión a los niños desamparados sino también por una convicción profundamente arraigada que tenía sus orígenes en las doctrinas de la gracia. Estaba a mediados de sus veinte cuando comenzó a examinar esas realidades bíblicas profundas, incluida la depravación total del hombre y la elección soberana de Dios en cuanto a la salvación. En un inicio, las

3. Arthur Tappan Pierson, *George Müller of Bristol* (Londres: James Nisbet & Co., 1899), p. 116.

4. Basado en los reportes de E. C. Tufnell, inspector de la unión de escuelas parroquiales en 1853–54, citado en Laura Peters, *Orphan Texts* (Nueva York: Manchester UP, 2000), p. 9.

5. Pierson, *George Müller of Bristol*, p. 226.

rechazó obstinadamente. Como relataría más tarde: «Antes de este período yo había estado muy opuesto a las doctrinas de la elección, particularmente la de la redención y la de la final gracia perseverante, al punto que... llegué a llamarlas doctrinas diabólicas».⁶

Sin embargo, cuando comenzó a examinar las Escrituras, su comprensión cambió dramáticamente. Lo que previamente le había parecido una «doctrina[s] diabólica[s]» pronto se convirtió en una verdad preciosa:

Fui a la Palabra, leyendo el Nuevo Testamento desde el inicio, con una referencia particular a esas verdades. Para mi gran asombro encontré que los pasajes que hablan contundentemente de la elección y la gracia perseverante eran casi cuatro veces más que aquellos que aparentemente contradicen estas verdades e incluso esos pocos, breve tiempo después cuando las hube examinado y comprendido, sirvieron para confirmarme las doctrinas anteriormente citadas.⁷

De esta manera, George Muller llegó a creer «que el Padre nos eligió antes de la fundación del mundo... que también designó todos los medios por los cuales [nuestra redención] se llevaría a cabo... que el Hijo, para salvarnos, había cumplido la ley [y] había soportado el castigo debido por nuestros pecados... [y] que dada nuestra naturaleza solo el Espíritu Santo puede enseñarnos acerca de nuestro estado, nos muestra la necesidad de un Salvador, [y] nos capacita para creer en Cristo».⁸ Habiendo investigado a fondo la Palabra de Dios, abrazó de

6. George Müller, *A Narrative of Some of the Lord's Dealing with George Müller, Written by Himself, Jehovah Magnified. Addresses by George Müller Complete and Unabridged*, 2 vols. (Muskegon, MI: Dust and Ashes, 2003), 1:46.

7. *Ibid.*, 1:46.

8. George Müller, *The Life of Trust* (Nueva York: Thomas y Crowell, 1898), p. 70.

todo corazón las doctrinas de la depravación total, la elección soberana, la gracia irresistible, la redención particular y la perseverancia de los santos.

Mucha de la oposición inicial de Müller a esas doctrinas se derivaba de su concepto erróneo de que ellas desalentarían su celo evangelístico. Para su sorpresa y gran gozo, tuvieron un efecto exactamente opuesto. Como resultado pudo decir:

Con el paso del tiempo... le plació a Dios mostrarme las doctrinas de la gracia en una manera en la que no las había visto antes. Al principio las odié: «Si esto fuera cierto» me dije, «no podría hacer nada, en absoluto, por la conversión de los pecadores, ya que todo depende de Dios y del trabajo de su Espíritu». Sin embargo, cuando le agradó revelarme esas verdades y llevó mi corazón a tal estado que pude decir: «No estoy simplemente contento con ser un martillo, un hacha o un serrucho en las manos de Dios, sino que debo tener como un honor que me tome y me utilice de cualquier manera y si los pecadores se convierten a través de mí como un medio, desde lo íntimo de mi alma le daré toda la gloria», el Señor me permitió ver frutos, y verlos en abundancia; los pecadores se convirtieron a montones y desde entonces Dios me ha usado de una manera u otra en su servicio.⁹

El entendimiento de Müller en cuanto a estas doctrinas bíblicas y a su reforma sirvió mucho más para fortalecer su andar personal con Dios. Al reflexionar acerca de su santificación progresiva, advirtió:

Así como el efecto que mi creencia en estas doctrinas tuvo en mí, estoy forzado a declarar, para la gloria de Dios, que aunque todavía estoy en extremo débil y no estoy tan muerto a los deseos

9. Müller, *Narrative*, 1:752.

de la carne y a los deseos de los ojos y al orgullo de la vida, como pudiera y debiera estar, no obstante, por la gracia de Dios, he caminado más cerca de Él desde este período. Mi vida no ha sido muy inestable y puedo decir que he vivido mucho más para Dios que antes.¹⁰

Provisto de un nuevo entendimiento de la gracia de Dios en cuanto a la salvación, George Müller emprendió un camino ministerial profundo y sacrificial. En el transcurso de su vida, velaría por el cuidado de cien mil huérfanos en la Inglaterra del siglo diecinueve, satisfaciendo sus necesidades y educándoles hasta el punto de ser acusado de elevar a los niños pobres por encima de su condición social natural. Como guerrero de oración ferviente, nunca solicitó fondos para sus orfanatos, más bien llevaba todas sus peticiones directamente al Señor. Como evangelista itinerante, un trabajo que comenzó seriamente a los setenta años, viajó más de 300,000 kilómetros difíciles y lentos, predicando en Estados Unidos, Australia, India, China, Japón y decenas de otros países. En todo eso, el corazón de Müller era cautivo de un deseo infatigable de servir y glorificar a su Señor. Se le había rescatado de la esclavitud al pecado, ahora era un esclavo voluntario de Jesucristo. Como advirtió el doctor Martyn Lloyd-Jones:

Una afirmación que el gran George Müller hizo una vez sobre sí mismo parece ilustrar esto muy claramente. La escribió de esta manera: «Hubo un día en que morí, absolutamente muerto, muerto a George Müller y sus opiniones, preferencias, gustos y voluntad; muerto al mundo, su aprobación y su censura; muerto a la aprobación y a la culpa incluso de mis hermanos y amigos. Desde entonces, he estudiado solo para mostrarme aprobado

10. Ibid., 1:46.

ante Dios». Esa es una afirmación en la cual hay que reflexionar profundamente.¹¹

De este obrero incansable por el bien del evangelio «se puntualizó conmovedoramente en el funeral [de Müller], que confesó por primera vez sentirse débil y fatigado en su trabajo aquella pasada noche de su estancia terrenal».¹² La mañana siguiente, un poco antes de las siete en punto, Dios se lo llevó al cielo. Su último sermón, predicado varios meses antes, apropiadamente se había enfocado en la esperanza de la resurrección futura. Su texto fue 2 Corintios 5.1: «Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciera, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos». Equipado con la seguridad de esa esperanza y confiado en la gracia soberana de Dios, entró a su descanso eterno el 10 de marzo de 1898.

Desde una perspectiva teológica, George Müller es notable, no solo por su compromiso con las doctrinas de la gracia sino también por la manera en que esas doctrinas lo motivaron a orar, evangelizar y cuidar de otros. Comprendió que era esclavo de Cristo y fue fiel para vivir eso al extremo.

Sin embargo, su ministerio también sirve, en menor grado, como ilustración de otra gran realidad espiritual. Su compasión por los niños desamparados refleja la bondad y el amor que Dios derrama en aquellos a quienes salva. Los niños que Müller rescató de las calles de Inglaterra no tenían provisión, protección ni futuro más que una vida de adversidad y crimen. Sin embargo, los trajo bajo su cuidado y llegó a

11. D. Martyn Lloyd-Jones, *Studies in the Sermon on the Mount*, 2 volúmenes en 1 (Grand Rapids: Eerdmans, 1976), p. 1:257.

12. Pierson, *George Müller of Bristol*, p. 290.

ser para ellos un segundo padre, aun cuando no podían ofrecerle nada a cambio. Así también, Dios rescata a los pecadores de la opresión y la miseria del pecado. Intercambia sus harapos sucios por túnicas de justicia, los acoge en su casa, los invita a sentarse a su mesa y les promete un futuro glorioso.

De esclavos a hijos

Es una verdad maravillosa comprender que Dios, en su gracia, nos liberaría del pecado y nos haría sus esclavos. ¡Qué privilegio es para nosotros conocer y obedecer al Amo celestial! Como destacamos en el capítulo 6, la dignidad de un esclavo se derivaba del poder y la posición de su dueño. En tiempos antiguos, los esclavos del rey eran los más respetados de todos. Nosotros pertenecemos al Rey de reyes, Dios mismo. No puede haber mayor honor que ese. No obstante, el Señor concedió una distinción mucho mayor para aquellos que le pertenecen.

Al liberarnos de la destitución del pecado, Dios no solo nos recibe como sus esclavos, también nos acogió en su casa y nos hizo miembros de su propia familia. No solo nos rescató, nos compró, nos ofreció amistad y nos aceptó; también nos adoptó, transformando, por consiguiente, a aquellos que anteriormente eran hijos de ira (Efesios 2.3) en hijos e hijas de justicia. Todo eso es posible mediante el trabajo redentor de Cristo, que es el «Hijo unigénito» (Juan 3.16) y el «primogénito entre muchos hermanos» (Romanos 8.29; cp. Apocalipsis 1.5).¹³

13. El término *primogénito*, aplicado a Jesucristo, no implica que fuera creado (como algunas sectas afirman). Más bien tanto en la cultura judía como en la grecorromana, el «primogénito» era la categoría de hijo a quien se le daba el derecho de herencia, ya sea que hubiera nacido primero o no. Por eso, el título «primogénito» significa «de categoría más alta» o «preeminente».

El término *adopción* está lleno de ideas acerca de la compasión, la bondad, la gracia y el amor. No obstante, para comprender completamente los matices de la metáfora neotestamentaria, es útil tornar de nuevo nuestra atención a la Roma antigua.¹⁴ Aunque la adopción formal de esclavos era de alguna manera inusual, se permitía bajo la ley romana¹⁵ y ocurrió en ciertos casos.¹⁶ La extraordinaria naturaleza de la práctica hace del amor adoptivo de Dios por nosotros lo más notable de todo, en esto Él ha hecho lo más inesperado al adoptar a todos sus esclavos como hijos propios¹⁷ y nombrarlos sus herederos (Romanos 8.17). En la Roma antigua, el acto de la adopción inmediatamente otorgaba al antiguo esclavo su libertad, ubicándolo de manera permanente en la familia de su amo.¹⁸ Por eso, también como hijos adoptivos de Dios, se nos ha liberado de la esclavitud del pecado. Más

14. Para un análisis sobre por qué romano en lugar de griego, la ley respalda gran parte del lenguaje de adopción del Nuevo Testamento, ver Francis Lyall, *Slaves, Citizens, Sons: Legal Metaphors in the Epistles* (Grand Rapids: Academie Books, 1984), pp. 95–99.

15. Cp. Lyall, *Slaves, Citizens, Sons*, pp. 125–26. Aunque en general la adopción era bastante común, la adopción formal de esclavos, en particular, era más inusual. Informalmente cualquier esclavo emancipado vería a su anterior amo, es decir, aquel que lo liberó, como una figura paterna o patrón (cp. James S. Jeffers, *The Greco-Roman World of the New Testament* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999], p. 239). Ya que Dios nos libera de la esclavitud del pecado, esta analogía podría aplicar también al creyente. Sin embargo, el lenguaje de adopción del Nuevo Testamento asume el proceso formal legal, en el cual todos los privilegios de la filiación y de una herencia se otorgan oficialmente.

16. Cp. William W. Buckland, *A Text-Book of Roman Law* (Cambridge, Inglaterra: Cambridge UP, 1963), pp. 127–28. Brian J. Dodd, en *The Problem with Paul* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1996), da un ejemplo de un niño macedónico llamado Vitalis que nació en esclavitud pero más tarde su amo lo liberó y adoptó (p. 97).

17. El Nuevo Testamento se refiere a los creyentes como los hijos de Dios en numerosas ocasiones (e.g., Gálatas 3.16, 26, 29; Efesios 5.1, 8; Filipenses 2.15; 1 Tesalonicenses 5.5; Hebreos 2.10; 12.5–11; 1 Juan 3.1–3).

18. Así pues leemos en la introducción a *The Institutes of Gaius and Justinian*: «La adopción de esclavos por sus amos les otorga la libertad» (T. Lambert Mears [Clark, NJ: Lawbook Exchange, 2005], p. xxxvii).

que ello, podemos descansar seguros al saber que se nos ha dado un lugar permanente en la familia de Dios.

La adopción en los tiempos romanos significaba un comienzo nuevo: la entrada en una familia nueva al punto que los lazos y obligaciones con la anterior se rompían. El proceso de adopción consistía en varios procedimientos legales específicos. El primer paso ponía fin por completo a las relaciones sociales y a la conexión legal del hijo adoptado con su familia natural. El segundo paso lo convertía en un miembro permanente de su familia nueva.¹⁹ Adicionalmente, se eliminaba cualquier obligación financiera previa, como si nunca hubiera existido.²⁰ Para que la transacción se formalizara legalmente, se requería la presencia de siete testigos de reputación. Si era necesario, su testimonio podía refutar cualquier impugnación potencial a la adopción luego de que el padre muriera.²¹

Una vez completada la adopción, el nuevo hijo o hija, estaba entonces totalmente bajo el cuidado y control del nuevo padre. El padre anterior no tenía ya ninguna autoridad sobre su antiguo hijo. En las familias romanas, la autoridad del *paterfamilias* («padre de familia») era definitiva y absoluta. Esa autoridad se extendía a los adoptados en la familia, comenzando en el momento de su adopción.

19. Francis Lyall explica que «había dos etapas en el procedimiento de *adoptio*. El primero era la destrucción de la antigua *potestas*, el poder paternal del padre “previo”. La segunda etapa era el establecimiento del poder paternal del “nuevo” padre... Después de eso, el adoptado estaba sujeto a la autoridad y dirección de su nuevo *paterfamilias* en todos los asuntos» (*Slaves, Citizens, Sons*, pp. 86–87).

20. Cp. Everett Ferguson, *Backgrounds of Early Christianity* (Grand Rapids: Eerdmans, 2003), pp. 65–66.

21. Aunque las adopciones romanas primariamente tenían la intención de beneficiar al nuevo padre (al proveerle un heredero apropiado), el enfoque del Nuevo Testamento es cómo la adopción beneficia a los creyentes, destacando la naturaleza maravillosa de la provisión misericordiosa de Dios (cp. James C. Walters, «Paul, Adoption, and Inheritance», pp. 42–76 en *Paul in the Greco-Roman World*, ed. J. Paul Sampley [Harrisburg, PA: Trinity Press, 2003], p. 58).

Así lo explica un erudito: «Desde aquel tiempo el cabeza de familia tenía el mismo control sobre su “hijo” nuevo que el que tenía sobre su descendiente natural. Poseía todas las propiedades y adquisiciones del adoptado, controlaba sus relaciones personales y tenía derechos disciplinarios».²²

Tales imágenes ciertamente refuerzan la instrucción neotestamentaria referente a cómo «debes conducirte en la casa de Dios» (1 Timoteo 3.15).²³ Esto también explica las alusiones bíblicas a la disciplina paternal de Dios, «¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina?» (Hebreos 12.7).

Pero a diferencia de los padres terrenales, que a veces son propensos a la ira y a la aspereza, Dios es un padre perfecto. Además por nuestra posición en Cristo, Dios ahora nos mira y nos trata como lo hace con su propio Hijo, con amor infinito.²⁴ El Padre no puede dar otra cosa sino lo mejor de sí a su Hijo. Igualmente, no dará otra cosa sino lo mejor de Él a aquellos que estamos en Cristo, es por eso que «sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados» (Romanos 8.28). Un estudioso explica: «Aunque la distinción entre Jesús, el Hijo único de Dios, y los creyentes como hijos e hijas de Dios en Cristo no se anula (e.g., Juan 20.17), los creyentes de todas maneras se convierten en un sentido real y espiritual en hermanos y hermanas de Jesús así como unos con otros».²⁵ El autor de Hebreos lo dice de esta manera:

22. Lyall, *Slaves, Citizens, Sons*, p. 83.

23. Cp. Gálatas 6.10; Efesios 2.19–22; 1 Pedro 4.17.

24. Como J. I. Packer explica: «El estado adoptivo del creyente significa que en y a través de Cristo, Dios lo ama al igual que ama a su Hijo unigénito y compartirá con él toda la gloria que ahora es de Cristo» (*Concise Theology* [Wheaton, IL: Tyndale House, 1993], p. 167).

25. Andreas J. Kostenberger con David W. Jones, *God, Marriage, and Family* (Wheaton, IL: Crossway, 2004), p. 150. El punto lo explica más adelante Walter Elwell: «La adopción aclara

«Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos» (2.11). Y más tarde afirma: «Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza» (3.6).

Pablo estaba bien enterado de las costumbres romanas en cuanto a la adopción y probablemente las tenía en mente cuando utilizó el término en sus epístolas. En Gálatas 4 enfatizó que aquellos que previamente fueron esclavos del legalismo judaico ahora eran libres por medio de la adopción de la gracia:

Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre! Así que ya no eres esclavo, [al legalismo de la ley mosaica] sino hijo; y si hijo, también heredero de Dios por medio de Cristo (vv. 4–7).

En Romanos 8.14–17, el apóstol establece un punto similar, esta vez enfatizando que la adopción nos libera de la esclavitud del pecado y del temor a la muerte:²⁶

Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de

que nuestra filiación se confiere en nosotros, en distinción de la de Cristo, la cual es inherente» (*The Shaw Pocket Bible Handbook* [Wheaton, IL: Harold Shaw, 1984], p. 346).

26. Como ha señalado John Byron: «La noción de adopción en [Romanos] 8.15 no se hace para contrastarla con la esclavitud como tal sino con un tipo particular de esclavitud, i.e. la del pecado» (*Slavery Metaphors in Early Judaism and Pauline Christianity* [Tubinga, Alemania: J. C. B. Mohr, 2003], p. 228).

esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados.

Estos dos pasajes destacan verdades importantes acerca de la adopción de los creyentes en la familia de Dios. Aunque anteriormente estábamos esclavizados al pecado y a la condenación de la ley, se nos ha liberado permanentemente mediante la adopción en la familia de Dios. Como sus hijos adoptivos, gozamos del privilegio profundo de una relación íntima con nuestro Padre celestial, a quien clamamos con cariño infantil: «¡Abba!»

Abba es un término arameo informal para «Padre», un vocablo afectuoso e íntimo. Expresa ternura, dependencia y una seguridad infantil que carece de cualquier ansiedad o miedo. El mismo Jesús lo utilizó en el jardín de Getsemaní cuando derramó su corazón ante su Padre (Marcos 14.36). El hecho de que se nos permita dirigirnos al Padre de la misma manera en que lo hizo Jesús, destaca la magnificente realidad de nuestra adopción. Que se nos considere «herederos de Dios y coherederos con Cristo» es una verdad notable que nunca deberíamos dar por segura.

Tal es el gozo y la maravilla de la salvación; pensar que nosotros, que una vez fuimos esclavos del pecado, súbditos de Satanás e hijos de desobediencia, somos ahora y para siempre esclavos de Cristo, ciudadanos del cielo e hijos de Dios. Como enemigos que éramos, ni siquiera merecíamos ser sus esclavos. Sin embargo, nos hizo ambas cosas: sus esclavos y sus hijos. La realidad incomparable de la

adopción es esta: Si Dios es nuestro Amo, también es nuestro Padre. Como explicara Alexander Maclaren, el gran predicador escocés: «Si somos esclavos, entonces somos hijos y herederos de Dios por medio de Jesucristo».²⁷

27. Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture, the Acts* (n.p.: BiblioLife, 2007), p. 149.

once

De esclavos a hijos (Parte 2)

En las dos últimas décadas, una gran cantidad de libros nuevos han documentado el gozo y la maravilla de la adopción.¹ Incluso una lectura rápida acerca de las experiencias tanto de padres adoptivos como de hijos adoptados es suficiente para animarse. Historia tras historia, a huérfanos atrapados en circunstancias desesperadas los rescatan personas que se preocupan profundamente por ellos, aun cuando nunca se habían conocido. Padres potenciales, deseosos de mostrar amor y compasión a un niño indefenso, llenarán cientos de formularios y viajarán miles de kilómetros para tener una familia plena. Aunque el proceso demore meses, todo cambia para el pequeño en un momento cuando finalmente el juez lo declara heredero legal de sus padres adoptivos. El niño que quedó en el orfanato o al cuidado de padres naturales abusivos y negligentes, pudo haber sufrido consecuencias trágicas. Sin embargo, ahora, mediante la intervención de esos que anteriormente eran extraños, se le da a una niña o niño un hogar completamente nuevo, lleno con el amor de una familia y la esperanza de un futuro. Así es el milagro de la adopción.

1. Al respecto una fuente recomendada es Russell D. Moore, *Adopted for Life* (Wheaton, IL: Crossway, 2009).

El Nuevo Testamento aprovecha el gozo y la maravilla de la adopción humana y lo utiliza como una analogía para describir el amor paternal de Dios por nosotros. Éramos huérfanos espirituales, bajo la cruel opresión del pecado y de Satanás. Como lo representa la Escritura, éramos «hijos de ira» (Efesios 2.3), «hijos de desobediencia» (Efesios 2.2; 5.6), «esclavos del pecado» (Romanos 6.17) y seguidores de nuestro «padre el diablo» (Juan 8.44). No teníamos otra casa que este mundo, ni otro tutor que Satanás y ningún futuro más que el infierno. Si se nos hubiera dejado en esa condición, habríamos muerto en nuestros pecados y perecido eternamente. «Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos)» (Efesios 2.4–5). A un gran costo para sí mismo, Dios intervino para rescatarnos del pecado y traernos a la comunión con Él. En aquel momento, el Juez del universo nos declaró justos, habiéndonos vestido en la perfección sin pecado de Cristo.² Nos hizo sus esclavos, nos llevó a su reino y nos acogió en su familia. Tal es el milagro de la adopción espiritual.

La adopción y el Antiguo Testamento

Como vimos en el capítulo anterior, la doctrina neotestamentaria de la adopción comienza a cobrar vida cuando entendemos los procedimientos legales de la Roma del primer siglo. Sin embargo, como en la metáfora de la esclavitud, debemos también considerar la historia del Israel

2. En el Nuevo Testamento hay una conexión estrecha entre justificación (la declaración de nuestra justicia en Cristo) y la adopción (nuestro ser ubicado en la familia de Dios). Como J. I. Packer ha explicado: «La justificación es la bendición básica en la que se funda la adopción; la adopción es la bendición suprema, a la que la justificación aclara el camino» (*Concise Theology* [Wheaton, IL: Tyndale House, 1993], p. 167).

antiguo, reconociendo el trasfondo teológico que el Antiguo Testamento provee al Nuevo. Al hacerlo así, descubriremos una riqueza profunda que se suma a nuestro entendimiento de las imágenes bíblicas.

Una de las primeras adopciones que registró el Antiguo Testamento fue la de Moisés,³ cuya vida se salvó cuando su madre lo puso a navegar, en una canasta calafateada, por el río Nilo. Cuando la hija del faraón fue al río y lo encontró, se compadeció de él. María, la hermana de Moisés, que había estado observando, ofreció encontrar una nodriza adecuada para el bebé y la hija de faraón estuvo de acuerdo. Como resultado, se envió de regreso a Moisés a su madre natural hasta que tuviera la edad suficiente para ir a vivir al palacio. En aquel tiempo, lo trajeron a la «hija de Faraón, la cual lo prohijó» (Éxodo 2.10). Por eso, Moisés, hijo de esclavos, llegó a ser parte de la familia real de Egipto (cp. Hechos 7.20–21).

Ester es otro excelente ejemplo veterotestamentario de adopción. Cuando sus padres murieron, Mardoqueo, su primo mayor, la tomó y cuidó de ella como un padre, velando por su bienestar (cp. Ester 2.5–11). Incluso después que se convirtiera en reina, Ester continuó confiando en Mardoqueo.

Una de las narraciones más alentadoras del Antiguo Testamento es la de Mefi-boset, a quien el rey David, a efectos prácticos, adoptó.⁴ Mefi-boset era el hijo lisiado de Jonatán, el mejor amigo de David y el único descendiente vivo de la familia del rey Saúl. Después de llegar a

3. Antes de Moisés, Abraham hizo a Eliezer su heredero (Génesis 15.2), lo cual algunos comentaristas creen que incluyó algún tipo de adopción. Abraham pudo haber adoptado también a su sobrino Lot (de acuerdo con Josefo, *Antiquities*, I.7.1). Similarmente, Jacob adoptó a Efraín y a Manasés, sus nietos a través de José (Génesis 48.5). Al hacer esto, los convirtió en padres de dos de las tribus de Israel.

4. Aunque la adopción formal, en el sentido de la institución legal, no existe entre los hebreos antiguos, el Antiguo Testamento incluye varios «casos esenciales, aunque no son adopciones formales o técnicas» (William Hendrickson, *Romans, New Testament Commentary* [Grand Rapids: Baker, 1981], p. 259). En este sentido, Mefi-boset fue adoptado por David.

saber de Mefi-boset, lo invitaba a menudo a su propia mesa real. También le dio la tierra que previamente había pertenecido a su abuelo Saúl (2 Samuel 9.1–13).

Puesto que la adopción de Mefi-boset por parte de David estaba motivada solo por un amor misericordioso, su acción nos muestra una mirada maravillosa del amor adoptivo de Dios por los creyentes. Por ejemplo, David tomó toda la iniciativa. Buscó a Mefi-boset y lo acogió en el palacio. Hizo eso aun cuando Mefi-boset era nieto y heredero de Saúl, anterior rey de Israel y el mayor perseguidor de David. Como lisiado, Mefi-boset no podía hacer nada en retribución a David ni ofrecerle algún servicio significativo. Hasta el nombre Mefi-boset, que significa «cosa vergonzosa», destaca el hecho de que era un marginado. Sin embargo, David lo trajo a su familia, lo invitó a su mesa y hasta le otorgó una herencia de tierra a la que legalmente no tenía derecho.

Qué magnífica ilustración de nuestra adopción espiritual por Dios. No lo buscamos, sin embargo nos encontró y nos salvó. Éramos sus enemigos, no obstante nos hizo sus amigos. No podíamos ofrecer nada a cambio, pero nos otorgó una herencia que no merecíamos. Todo eso es nuestro por gracia, a través de la fe en su Hijo unigénito, Jesucristo. A todos los creyentes Dios declara: «Y yo os recibiré, y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso» (2 Corintios 6.17–18).

El apóstol Pablo se había familiarizado con cada uno de estos relatos del Antiguo Testamento. Él también sabía que la adopción de esclavos, en particular, ocurría no solo en Roma sino también en la sociedad judía antigua.⁵ En tales circunstancias

5. Cp. Catherine Hezser, *Jewish Slavery in Antiquity* (Oxford UP, 2005), pp. 138–39.

un esclavo adoptado siempre se consideraba miembro verdadero de la familia y su nombre se inscribía como tal en los archivos de la ciudad no solo en el registro familiar, sino con el resto de los miembros de la familia. En Jerusalén, el libro en el que se registraban los nombres se llamaba «Libro de la vida» o el «Libro del viviente». Igualmente, los nombres de todos los adoptados por el Señor se registran en el libro de la vida de la Jerusalén celestial y la belleza de esto es que, es también en la familia del Rey, no en la de un mendigo, en la que se registran y son tan bienvenidos a la mesa del rey como el monarca mismo.⁶

De modo significativo, la adopción de esclavos fue ilustrada colectivamente por la propia nación de Israel. En el éxodo, se liberó a esta nación del cautiverio en Egipto y Dios la adoptó. Como experto en Antiguo Testamento, Pablo fácilmente habría utilizado pasajes como Éxodo 4.22, Deuteronomio 14.1–2; 32.5–6 y Oseas 1.10; 11.1; textos que describen a los israelitas como hijos adoptivos de Dios.⁷ Pablo comprendió que así como «se liberó a Israel del control de faraón para servir a Dios, se libera también al creyente del control del pecado para servir a Dios. Él declara que ambos son [sus] hijos».⁸ De la manera en que Dios adoptó a Israel (Romanos 9.4), los cristianos del Nuevo Testamento son acogidos como hijos en su familia.⁹

6. John Gadsby, *Slavery, Adoption, and Redemption* (n.p.: Primitive Baptist Publishing House, 1865), p. 34.

7. Cp. James M. Scott, *Adoption as Sons of God* (Tubinga, Alemania: J. C. B. Mohr, 1992). En ocasiones 2 Samuel 7.14 se interpreta también de esta manera.

8. John Byron, *Slavery Metaphors in Early Judaism and Pauline Christianity* (Tubinga, Alemania: J. C. B. Mohr, 2003), p. 228.

9. En este sentido, Russell D. Moore ha escrito: «Con demasiada frecuencia asumimos que los gentiles son los hijos “adoptados” de Dios y que los judíos son los “hijos naturales”. Sin embargo, Pablo dice que a Israel también se le adoptó (Romanos 9.4). Dios dijo una vez de Israel: “Tu origen, tu nacimiento, es de la tierra de Canaán; tu padre fue amorreo, y tu madre hetea” (Ezequiel 16.3). Los israelitas una vez también fueron gentiles. Dios recuerda

Debido a su ciudadanía romana y su capacitación rabínica, no nos sorprende que Pablo trazara las imágenes de su adopción tanto basado en las prácticas romanas de adopción como en las judías.¹⁰ En todo eso, resalta la riqueza de la metáfora de la adopción, especialmente a la luz del estatus anterior del creyente como enemigo de Dios y esclavo del pecado. ¿Podría haber mayor honor o privilegio que ser hijo adoptivo de Dios? «La adopción nos brinda todos los beneficios de la filiación, incluido el derecho de acercarnos a Dios en oración. Esto nos asegura la protección de Dios, su amor y contribuye a nuestra certidumbre de salvación».¹¹ No es de extrañar que Pablo exclamara en Efesios 1.3–5: «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad».

a Israel que “le halló en tierra de desierto, y en yermo de horrible soledad” (Deuteronomio 32.10). Israel era un bebé abandonado, revolcándose en su propia sangre a la orilla del camino (Ezequiel 16.5)» (*Adopted for Life*, p. 30).

10. William Hendrickson ha explicado estas influencias duales en el uso de la metáfora de la adopción que hace Pablo en este sentido: «Cuando en Romanos 8.15 y Gálatas 4.5 Pablo utiliza el término “adopción” la *palabra* y la *posición legal* se tomaron prestados de la práctica romana no obstante la *esencia* de la revelación divina en el Antiguo Testamento» (*Romans* [Grand Rapids: Baker, 1991], p. 259. Cp. Douglas J. Moo, *The Epistle of Romans, New International Commentary on the New Testament* [Grand Rapids: Eerdmans, 1996], p. 501), de aquí en adelante referido como NICNT. Aunque los comentaristas discrepan sobre qué fue más prominente en la mente de Pablo (la adopción romana o la adopción judía), estas dos no son mutuamente excluyentes y es probable que Pablo (como ciudadano romano y como rabí capacitado) trazara sus imágenes desde ambas perspectivas. Como Rupert Davies planteó: «Tanto las costumbres judías como las romanas sin dudas están en mente» (*The Westminster Dictionary of Christian Theology*, ed. Alan Richardson y John Bowden [Filadelfia: Westminster Press, 1983], s.v. «Adopción», p. 5).

11. James M. Boice y Philip G. Ryken, *The Doctrines of Grace* (Wheaton, IL: Crossway, 2003), pp. 151–52.

En los albores de la eternidad Dios, misericordiosa y soberanamente, ¡eligió a cada creyente para ser parte de su familia por siempre! Como «herederos conforme a la esperanza de la vida eterna» (Tito 3.7), pasaremos toda la eternidad en adoración gozosa y compañerismo íntimo con el Dios que nos salvó. Así se regocijó David en el salmo 16.5: «Jehová es la porción de mi herencia y de mi copa». Nuestro increíble futuro también incluirá un aspecto de nuestra adopción particularmente asombroso; la resurrección de nuestros cuerpos en estado glorificado y libre de pecado. Pablo mencionó esto en Romanos 8.23 cuando escribió: «Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo».¹²

En su visión registrada en el libro de Apocalipsis, el apóstol Juan oyó «una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor... El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo» (21.3–4, 7). ¡Qué promesa tan gloriosa!

En la familia para siempre

Uno de los aspectos más reconfortantes de la doctrina de la adopción es que habla de una relación permanente. En este sentido, esta

12. Al comentar sobre estos versos, Thomas R. Schreiner y Ardel B. Caneday notaron: «Como cristianos se nos adopta en la familia de Dios, no obstante no experimentaremos la consumación de nuestra adopción hasta el día de la resurrección» (*The Race Set Before Us* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 2001], p. 68). En parte porque Pablo utiliza la imagen de «herencia», pues enfatiza las implicaciones futuras de una realidad presente (cp. Douglas Moo, *The Epistle to the Romans*, NICNT, p. 504).

doctrina «es análoga a la escena de una corte moderna en la cual un esposo y una esposa se convierten en padres adoptivos de niños que no son su descendencia natural».¹³ Ya sea que estemos analizando la adopción contemporánea o la doctrina bíblica de la adopción, el cambio de estatus es siempre permanente.¹⁴

Aun cuando la relación amo-esclavo pueda ser temporal, la relación padre-hijo no lo es. Como dijo Jesús a los incrédulos fariseos subrayando la naturaleza axiomática de esta realidad: «El esclavo no queda en la casa para siempre; el hijo sí queda para siempre» (Juan 8.35). En contexto, Jesús estaba advirtiendo a los fariseos (que enseñaban que eran los hijos de Dios por medio de Abraham) que ellos eran, en realidad, esclavos del pecado (v. 34) en necesidad apremiante de liberación a través del Hijo de Dios (v. 36). Tal y como es cierto para todos los esclavos del pecado, el futuro de los fariseos era transitorio y desalentador. Solo podrían ser libres del pecado por medio de la fe en Cristo. Una vez libres serían adoptados en la verdadera familia de Dios, intercambiando algo temporal por una posición *eterna*.

La doctrina de la adopción establece que una vez salvos los creyentes son siempre salvos. Como ha explicado un erudito al comentar el uso que hace Pablo de las imágenes de adopción: «El importante término “adopción” soporta una relación de justificación en la que esta

13. Norman Shepherd, «Adopción» en *Baker Encyclopedia of the Bible*, eds. W. A. Elwell y B. J. Beitzel (Grand Rapids: Baker, 1988), I:31.

14. En nuestros propios días e incluso en el nivel más básico, la adopción se entiende ampliamente como un arreglo permanente. Como ha expresado un escritor secular: «La adopción es una opción *permanente*. Un hijo adoptado tiene los mismos derechos legales y privilegios que uno biológico. La adopción no es lo mismo que *cuidado tutelar* o *custodia*, ambos son usualmente temporales (o se supone que lo sean). En lugar de ello, la adopción es para siempre. De hecho, muchas familias adoptivas se refieren a sí mismos como “familias para siempre”» (Christine A. Adamec, *The Complete Idiot's Guide to Adoption* [Indianápolis: Alpha Books, 1998], p. 7).

es declarativa y forense (en vista de que es un término legal). La adopción otorga una categoría objetiva, así como lo hace la justificación. Al igual que la justificación, esta es una declaración que no se repite. *Tiene validez permanente*. Similar a la justificación, la adopción descansa en el propósito y la gracia amorosa de Dios». ¹⁵

El conocido predicador británico, doctor Martyn Lloyd-Jones, estableció el mismo punto cuando escribió: «Si Dios le ha adoptado en su familia, si usted es un hijo de Dios, su destino es seguro, es cierto... está garantizado. Si Dios me ha tomado en su familia, no soy solamente hijo, soy heredero y nada ni nadie podrá arrebatarme esa herencia». ¹⁶

Si nuestra adopción no fuera permanente, tendríamos una buena razón para acobardarnos. Nuestro pecado a pesar de ello podría condenarnos. Sin embargo, «en contraste con esta sensación íntima de temor a Dios, el juez justo, está el sentimiento de paz y seguridad ante Dios, nuestro Padre celestial, producido por el Espíritu Santo de Dios en los corazones de los cristianos. Difícilmente Pablo podría haber elegido un término mejor que “adopción” para caracterizar esa paz y esa seguridad». ¹⁷

Por eso el punto de Pablo en Romanos 8.15 es que el *espíritu de adopción* expulsa el *espíritu de miedo* que proviene de la esclavitud del pecado. ¹⁸ El Espíritu Santo testifica a nuestros espíritus que somos hijos de Dios (v. 16) y si tenemos al Espíritu Santo, tenemos el inquebrantable sello de Dios que garantiza nuestra herencia futura. ¹⁹

15. Everett F. Harrison, *Romans, Expositor's Bible Commentary* (Grand Rapids: Zondervan, 1996), p. 93. Énfasis añadido.

16. D. Martyn Lloyd-Jones, *Great Doctrines of the Bible* (Wheaton, IL: Crossway, 2003), p. 189.

17. Moo, *The Epistle to the Romans, NICNT*, pp. 500–1.

18. Cp. Hebreos 2.14–15; 1 Juan 4.13, 18.

19. Cp. 2 Corintios 1.22; Efesios 1.13–14; 4.30.

Más aun «la adopción no depende de ningún mérito nuestro sino del favor inmerecido. Es todo gracia».²⁰ Nosotros no hicimos nada para ganar nuestra adopción en la familia de Dios y tampoco podemos hacer nada para perderla.

Más adelante en Romanos 8, Pablo enfatizó todavía más la permanencia de nuestra adopción. En los versículos 29–31, explicó que todos aquellos a quienes Dios ha justificado, Él los glorificará; ninguno se perderá. En los versículos 32–34, animó a los creyentes con la verdad de que ninguna acusación hecha contra los elegidos de Dios los alcanzará porque Cristo los ha perdonado a todos. Finalmente, en los versículos 35–39, el apóstol destacó que no existe absolutamente nada que pueda separar a los hijos de Dios de su amor eterno. Con nuestra adopción consumada, nuestra seguridad en la familia de Dios está solucionada. La asombrosa realidad de la adopción es que a los creyentes se les ha dado «un lugar en la familia de Dios tan seguro y eterno como a su Hijo unigénito».²¹

El resto del Nuevo Testamento repite la verdad de que los creyentes una vez salvos, siempre son salvos. Esta doctrina que se conoce como *la seguridad eterna de los creyentes* o *la perseverancia de los santos*, la cual mencioné en el capítulo anterior, enseña que «todos aquellos que realmente son nacidos de nuevo, serán preservados por el poder de Dios y perseverarán como cristianos hasta el final de sus vidas y que solo los que perseveren hasta el final realmente han nacido de nuevo».²² En otras palabras, un creyente verdadero nunca podrá perder su sal-

20. Herbert Lockyer, *All the Doctrines of the Bible* (Grand Rapids: Zondervan, 1964), p. 203.

21. Kenneth S. Wuest, *Wuest's Word Studies from the Greek New Testament* (Grand Rapids: Eerdmans, 1997), p. 92.

22. Wayne Grudem, *Systematic Theology* (Grand Rapids: Zondervan, 1994), p. 788.

vación. Una vez adoptado en la familia de Dios, se convierte en hijo de Dios para siempre.²³ Por otro lado, los que manifiestan la salvación pero luego se apartan, demuestran que su profesión nunca fue genuina (1 Juan 2.19).

La seguridad de nuestra salvación se afirma en numerosos textos bíblicos. En Juan 6.39–40, Jesús prometió que «no perderá nada» de todo lo que el Padre le dio y que en el día final resucitará a «todo aquel que ve al Hijo y cree en Él». En Juan 10.27–29, nuestro Señor hace una declaración parecida: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre que me las dio, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre». Una y otra vez, a los que creen en Cristo, se vuelven del pecado e incondicionalmente confían en Él, se les da la promesa expresa de la vida eterna.²⁴

Por consiguiente, a los creyentes se los puede describir como aquellos a quienes no les espera «ninguna condenación» (Romanos 8.1). Se les ha sellado con el Espíritu Santo, indicando la naturaleza irrevocable de la divina garantía de Dios. Están «guardados por el poder de Dios» (1 Pedro 1.5), de manera que están «persuadido[s] de esto, que el que comenzó en [ellos] la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo» (Filipenses 1.6). Por eso Pablo pudo orar por los tesalonicenses: «Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo. *Fiel es el que os llama, el cual tam-*

23. En palabras de un catecismo del siglo diecinueve basado en el de Westminster: «¿Cómo es la perseverancia de ellos el resultado de la *adopción*?» A. De modo que, Él que los ha adoptado como sus hijos, es su *Padre eterno*, Isaías ix. 6; y por tanto ellos *morarán* en su *casa por siempre*, John viii. 35» (*The Westminster Assembly's Shorter Catechism Explained* [Filadelfia: William S. Young, 1840], p. 199).

24. E.g., Juan 3.36; 5.24; 6.47; 17.2, 12; 1 Juan 5.13.

bién lo hará» (1 Tesalonicenses 5.23–24; énfasis añadido). Y repetiría aquellas mismas palabras en su segunda carta a la misma iglesia: «fiel es el Señor, que os afirmará y guardará del mal» (2 Tesalonicenses 3.3). Judas concluyó su epístola, de manera similar, con esta doxología triunfante: «Y a aquel que es *poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría*, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén» (vv. 24–25; énfasis añadido).

Promesas como esas enfatizan lo que ya hemos aprendido a través de nuestro estudio de la adopción. Los creyentes, como quienes son hechos parte de la familia de Dios, serán salvos hasta el final. Como expresó el escritor de Hebreos acerca de Cristo, nuestro Intercesor: «por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos» (7.25; cp. 1 Juan 2.1).

Si bien la salvación del creyente se garantiza, la doctrina de la *seguridad eterna* nunca es excusa para pecar (Romanos 6.1). No somos libres del pecado para seguir en él. Más bien, se nos ha liberado para que podamos andar «como hijos de luz» (Efesios 5.8) siendo «imitadores de Dios como hijos amados» (v. 1). Además, somos hijos de un Padre nuevo, sujetos a su autoridad y obligados, aunque por amor, a obedecer sus mandamientos. Debemos regresar a nuestra metáfora principal, *esclavos* de justicia.

En contraste, los que persisten en el pecado impenitente, sin importar lo que afirmen, demuestran que verdaderamente nunca se les adoptó en la familia de Dios (1 Juan 2.4–5). El verdadero hijo de Dios inevitablemente manifiesta rasgos de su nueva familia. Además, habiéndosele rescatado del pecado y adoptado por Dios, su corazón

está lleno de gratitud y amor por el Padre que lo salvó. Como explicó el teólogo del siglo dieciocho John Gill:

Nada tiene mayor tendencia a promover la santidad integral que las promesas absolutas de Dios con respecto a la gracia y la gloria, la seguridad de la adopción, la certidumbre de la perseverancia hasta el final y el placer seguro de la vida eterna... Cuán absurdo e irracional debe ser para el hombre que piense que es hijo de Dios y crea que debe perseverar hasta el final, permitirse a sí mismo todo tipo de pecado, a partir de esta consideración.²⁵

Hijos y esclavos al mismo tiempo

La maravillosa doctrina de la adopción nos asegura que como creyentes en Jesucristo, somos ahora y para siempre miembros de la familia de Dios con todas las de la ley. ¡Piénselo! El unigénito Hijo de Dios tomó la forma de esclavo (Filipenses 2.7) para que los esclavos del pecado puedan convertirse tanto en ¡esclavos de justicia como en hijos de Dios! Como lo explica Alexander Maclaren:

El Hijo-Siervo nos hace esclavos e hijos... [y] si ustedes confían en Él, le entregan sus corazones y le piden que los gobierne, los gobernará; y si abandonan su falsa libertad —la cual es servidumbre— y toman la libertad sobria que es la obediencia, entonces los llevará a compartir sus promesas [bendiciones] de servicio gozoso y hasta podremos decir: «Mi comida es que

25. John Gill, *The Cause of God and Man* (Londres: Thomas Tegg & Son, 1888), pp. 364–65.

haga la voluntad del que me envió» y al decirlo con sinceridad, tendremos ciertamente las llaves de todo deleite.²⁶

En Cristo ya no somos hijos de ira y desobediencia. Al contrario, somos hijos de justicia; sometiéndonos nosotros mismos a nuestro Padre celestial cuyo carácter santo se nos llama y capacita a imitar.²⁷ Por medio de Cristo hemos sido liberados. No somos más esclavos del pecado ni del miedo a la muerte o a la condenación de la ley.²⁸ No obstante, somos hechos esclavos *de Dios, por Cristo, para justicia*.²⁹

Así es la libertad verdadera. De esta manera, somos *hijos y esclavos* a la vez. Las dos realidades no son mutuamente exclusivas aun cuando las metáforas sean diferentes.³⁰ Seremos parte de su familia por siempre. Estaremos en su servidumbre gloriosa para siempre (Apocalipsis 22.3).

26. Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture, the Acts* (n.p., BiblioLife, 2007), p. 149, comentando sobre Hechos 4.26, 27, 29.

27. Cp. Mateo 12.50; Juan 12.36; Efesios 5.1, 8; 2 Timoteo 1.9; 1 Pedro 1.14–16.

28. Cp. Juan 8.34–36; Romanos 8.15–17; Gálatas 4.3–7; Hebreos 2.15.

29. Romanos 6.18; 1 Corintios 7.23; Gálatas 5.24; cp. Santiago 1.1; Romanos 1.1.

30. En Juan 15.15, durante su discurso en el «Aposento alto», Jesús les dijo a sus discípulos: «Ya no os llamaré siervos ... sino que os he llamado amigos». A primera vista, parece como si estuviera anulando la metáfora del esclavo. Sin embargo, no es el caso, como evidenció el hecho de que los discípulos continuaron refiriéndose a sí mismos como «esclavos de Cristo» mucho después (e.g., Pedro en 2 Pedro 1.1 y Juan en Apocalipsis 1.1). Además, Jesús definió la amistad como la sumisión a Él: «Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando» (Juan 15.14). En Juan 15.15, la idea de Jesús era simplemente que, al revelarles a los discípulos todo lo que estaba haciendo, los estaba tratando no meramente como esclavos sino también como amigos y confidentes (ya que los esclavos no conocen lo que el amo está haciendo). Un gran número de pasajes del Nuevo Testamento apoya la idea de que Jesús ve a los creyentes como esclavos y como amigos. (Vea también Harris, *Slave of Christ* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999], pp. 144–6.)

doce

Listos para recibir
al Amo

Cuando Lamón, un esclavo campesino de la isla griega de Lesbos, escuchó que su amo llegaría de visita, inmediatamente se puso en acción. «Dejó lista la casa de campo de su amo para que le agradara en gran manera. Fregó las fuentes para que tuvieran agua limpia, transportó el estiércol fuera del corral para que no molestara su olor y trabajó en el jardín para que se pudiera admirar en toda su belleza».¹ Además de eso, mandó a su hijo a «cebar las cabras lo más que pudiera diciendo que el amo seguramente querría verlas». Nada podía dejarse al azar. Aunque él y su familia siempre habían cuidado de la hacienda del amo, el riesgo era más alto que nunca. El amo estaba en camino para inspeccionar personalmente la granja.

Imagínese el horror de Lamón cuando descubrió que habían saqueado el jardín de árboles frutales, flores y parras. ¿Qué diría su amo cuando viera aquella devastación? Quizá sería azotado o tal vez colgado. El amo no los visitaba con frecuencia pero cuando lo hacía, no había excusas por la mala administración.

La historia de Lamón y su familia, escrita por un dramaturgo griego del segundo siglo, es ficción. Sin embargo, capta exactamente la

1. Citado en Keith Bradley, *Slavery and Society at Rome* (Cambridge UP, 1994), p. 103.

anticipación y la «ansiedad que una visita de inspección del dueño puede causar entre sus esclavos».² Para los esclavos rurales, que no veían a sus señores con mucha frecuencia, la llegada del amo era especialmente importante. Durante muchos meses e incluso años, se les había ordenado trabajar en su ausencia. Ahora, al momento de su llegada, podrían ser reprendidos o recompensados por sus esfuerzos. Todo dependía de la aprobación del amo o de si los esclavos habían sido o no diligentes y sabios durante su ausencia.

El regreso del Amo

En Mateo 25, Jesús ilustró a sus discípulos con una descripción similar. Comenzó la parábola de esta manera: «El reino de los cielos es como un hombre que yéndose lejos, llamó a sus siervos y les entregó sus bienes. A uno dio cinco talentos, y a otro dos, y a otro uno, a cada uno conforme a su capacidad; y luego se fue lejos... Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos» (vv. 14–15, 19).

Los de la historia de Jesús son esclavos urbanos, mayordomos domésticos a quienes se les había dado la responsabilidad de administrar la propiedad del amo en su ausencia. Sin embargo, la situación es parecida a la del esclavo rural anticipando la llegada de su amo. En ambos casos, el amo está lejos por un período prolongado. Mientras está fuera, espera que los esclavos supervisen su propiedad y favorezcan sus intereses. Cuando regrese, inspeccionará su trabajo y como resultado los recompensará o los castigará.

2. *Ibid.*, p. 103. El autor establece un paralelo entre esta obra de ficción con los escritos de Plinio el Joven, demostrando la veracidad de «esta psicología de esclavo [que] se traza a partir de la realidad contemporánea» (p. 105).

En la parábola de nuestro Señor, dos de los esclavos se dedicaron diligentemente a sus deberes. Cada uno de ellos duplicó la cantidad de dinero que había recibido. Cuando por fin regresó el amo, quedó en extremo complacido con el trabajo que habían hecho éstos. Y los elogió: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor» (vv. 21, 23).

Sin embargo, el tercer esclavo desaprovechó su oportunidad de invertir escondiendo su porción en un hueco en el suelo. El disgusto del amo fue evidente: «Siervo malo y negligente... debías haber dado mi dinero a los banqueros, y al venir yo, hubiera recibido lo que es mío con los intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos» (vv. 26–28). Mientras todavía resonaban esas palabras en sus oídos, se lanzó al esclavo inútil «en las tinieblas de afuera; allí será el lloro y el crujir de dientes» (v. 30).

La imagen es clara. El amo representa a Cristo y su ausencia prolongada ilustra el tiempo entre su ascensión y su segunda venida. Los esclavos son creyentes profesos a quienes se les ha comisionado como mayordomos con varios recursos, habilidades, bendiciones y oportunidades. Un día, a todos ellos se les llamará para dar cuenta de su mayordomía.³

Rápidamente se evidencia el hecho de que los dos primeros esclavos de la parábola representan a los creyentes verdaderos. Aunque de acuerdo a sus habilidades recibieron cantidades diferentes de dinero

3. Como W. D. Davies y Dale C. Allison hijo han explicado: «Esta parábola como la anterior, está llena de símbolos obvios. El amo es Jesús. Sus esclavos representan a la iglesia [visible], cuyos miembros han recibido varias responsabilidades. La partida del amo es la del Jesús terrenal. El largo tiempo de ausencia del amo es la era de la iglesia. Su regreso es la *parusia* del Hijo del hombre. Las recompensas que se entregan a los esclavos son un símbolo de las recompensas celestiales dadas a los fieles en el gran tribunal y el gozo de ellos es aquel del banquete mesiánico» (*The Gospel According to Saint Matthew*, vol. 3, ICC [Edimburgo: T&T Clark, 2000], p. 402).

para administrar, ambos lo invirtieron con sabiduría, trabajaron diligentemente y demostraron su fidelidad al amo. De modo parecido, a cada creyente se le confían diferentes habilidades y oportunidades. Se nos llama a ser fieles con lo que se nos ha dado, sabiendo que «cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor» (1 Corintios 3.8). La mayor recompensa que pudiéramos alguna vez recibir es escuchar a nuestro Amo decir: «Bien hecho» y recibirnos en el cielo. Conforme a nuestra fidelidad cual esclavos en esta vida, se nos darán aun mayores oportunidades para servir en el cielo. Esto se aplica en la parábola análoga de Jesús en Lucas 19.11–27, donde el rey otorga autoridad para gobernar partes de su reino como recompensa a sus esclavos obedientes (vv. 17, 19). Igualmente, esperamos con ansias reinar con Cristo como parte de nuestra recompensa celestial.⁴

El tercer esclavo representa a la persona que afirma ser cristiana pero realmente solo se sirve a sí misma. Perezoso y tonto, desaprovechó las oportunidades que se le dieron. Su respuesta al amo mostró que no lo amaba a Él ni a su propiedad. Hasta acusó al amo de ser severo y exigente (v. 21). No obstante, sus acciones revelaron la verdad de su alegación.⁵ Si de veras temía tanto a su amo, habría trabajado duro durante la ausencia de él. En vez de ello, con pereza y necedad, se sirvió a sí mismo mientras escondía irresponsablemente el dinero de su amo y se olvidaba de él. Si bien no lo malversó, sus acciones malvadas costaron mucho

4. Cp. Romanos 5.17; 2 Timoteo 2.12; Apocalipsis 2.26–27; 3.21.

5. Al hablar de todas las parábolas de Jesús que incluyen esclavos, Michael Card ha observado: «Las parábolas de Jesús sobre esclavos nos enseñan que más allá de toda duda, el Amo no es un “hombre duro”, más bien es uno de misericordia inmensurable, alguien que cancela millones de dólares en deudas de un plumazo. Él es el Amo que se viste para servir y lavar los pies a los esclavos. Él es Aquel que está dispuesto a sufrir y morir con y por sus siervos. No obstante, finalmente, hay que decir esto, es un Señor que espera obediencia simple y confiada, no basada en salarios o recompensas sino en el conocimiento de quién es nuestro Amo» (*A Better Freedom* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 2009], p. 116).

al amo, pues la inversión dejó de producir ganancia. Esto evidencia el hecho de que no fue meramente infiel, sino que también fue desleal; un incrédulo a quien finalmente se le echa al infierno.

Las implicaciones son difíciles de omitir, especialmente a la luz de las imágenes que se tenía de los esclavos y los amos en el primer siglo, sobre las cuales se desarrolla la historia. El Amo actualmente no está aquí, pero volverá pronto.⁶ Las oportunidades abundan, sin embargo, el tiempo se está agotando. Cuando llegue, juzgará a sus esclavos.

Aquellos que le han mostrado fidelidad (evidenciando consecuentemente la autenticidad de su conversión) serán recompensados con su deleite y serán bienvenidos al cielo. Los que hayan desaprovechado todos los recursos (evidenciando consecuentemente la dureza de sus corazones) recibirán condenación divina como castigo.

Aunque no sabemos cuándo regresará el Amo, sí sabemos algo con certeza: un día regresará (Marcos 13.33–37). Este simple hecho debe motivarnos a una mayor santidad y servicio.⁷ Si estamos viviendo en obediencia, también debe confortarnos y animarnos. Un esclavo solo teme el regreso de su amo si ha sido desleal, pero para los esclavos de Cristo que han trabajado duro y han servido bien, la llegada del Amo es un momento de gran celebración. Para ellos su venida representa la entrada a su gozo y el inicio de una gran recompensa.

El tribunal de Cristo

La parábola de los talentos en Mateo 25 se refiere específicamente al juicio de nuestro Señor en su segunda venida (cp. Apocalipsis 11.18).

6. Consecuentemente la promesa de nuestro Señor en Apocalipsis 3.11 y 22.12, 20.

7. 1 Juan 2.28, 3.2–3; cp. Tito 2.11–13.

Sin embargo, la Escritura enseña que todos los creyentes de todas las generaciones de la historia se presentarán ante Cristo. Consciente de eso, el apóstol Pablo lo convirtió en la meta de su vida: «serle agradables. Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo» (2 Corintios 5.9–10). En otra parte, dice a los cristianos en Roma: «Porque todos compareceremos ante el tribunal de Cristo. Porque escrito está: *Vivo yo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y toda lengua confesará a Dios.* De manera que cada uno de nosotros dará a Dios cuenta de sí» (Romanos 14.10–12, énfasis añadido).

Sea por muerte o por raptó, cada creyente se presentará un día ante el Amo celestial para ser evaluado y recompensado. Una vez más, el esclavo obediente no tiene nada que temer frente al Amo. Como R. C. H. Lenski afirma: «Aquel que como esclavo de Cristo se somete a su voluntad en todo lo que hace “es bien agradable ante Dios” y nunca necesitará temer pararse ante su tribunal».⁸

Por otro lado, los creyentes que dedican sus vidas a actividades temporales y sin valor deben esperar de Cristo una recompensa mínima. Los pecados de todo creyente, por supuesto, son perdonados para siempre mediante la cruz; la salvación no se pierde. Sin embargo, aquellos que desaprovechan las oportunidades de la bendición de Dios para el servicio espiritual, un día descubrirán que sus obras son poco más que madera, heno y hojarasca. Carentes de cualquier valor eterno, tales obras no permanecerán bajo el fuego del escrutinio de Dios (1 Corintios 3.12–15). El miedo a su desagrado, neutralizado por la promesa

8. R. C. H. Lenski, *Interpretation of Saint Paul's Epistle to the Romans 8–16* (Minneapolis: Augsburg Fortress, 2008), p. 843.

de su recompensa, es una motivación poderosa para perseverar con lealtad. Así como los esclavos del primer siglo rendían cuentas ante sus amos humanos, los de Cristo al final han de rendirle cuentas a Él.

El apóstol Pablo utiliza las mismas imágenes al hablar directamente a los esclavos y a sus dueños humanos. En Efesios 6.5–9, escribió:

Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo; no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino como siervos de Cristo, de corazón haciendo la voluntad de Dios; sirviendo de buena voluntad, como al Señor y no a los hombres, sabiendo que el bien que cada uno hiciere, ése recibirá del Señor, sea siervo o sea libre. Y vosotros, amos, haced con ellos lo mismo, dejando las amenazas, sabiendo que el Señor de ellos y vuestro está en los cielos, y que para él no hay acepción de personas.

Cada creyente, sea esclavo o libre, tiene un Amo en los cielos. Es un Juez perfecto e imparcial y, un día, cada uno de nosotros se parará delante de Él para rendirle cuentas.

La certidumbre de esa realidad futura inspiraba a Pablo a predicar el evangelio sin importar las consecuencias. Después de todo, por mandato de Dios mismo se le había designado para hacerlo (Tito 1.3). Aunque sería rechazado y perseguido, Pablo con frecuencia se preocupaba más por obedecer a su llamado divino que por ganar la aprobación de los hombres. Solo algo importaba: agradar al Amo.

Al ser acusado falsamente, su respuesta fue simple: «Yo en muy poco tengo el ser juzgado por vosotros, o por tribunal humano; y ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; pero el que me juzga es el Señor» (1 Corintios 4.3–4). Cuando estaba preso y esperaba la muerte «sus

pensamientos [se] consumían entonces por el destino glorioso que le espera al “esclavo de Cristo”.⁹ Al límite de su vida, sentado solo en una mazmorra romana, Pablo podía aun sonreír ante el futuro. Palabras de esperanza impregnaban su perspectiva, pues medía su éxito bajo los estándares celestiales. Por eso escribió a Timoteo: «He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida» (2 Timoteo 4.7–8).

Compare eso con aquellos que dedican sus vidas a actividades vanas. En su libro *No malgaste su vida*, John Piper cuenta acerca de una pareja que tomó su jubilación anticipada para establecerse en Florida y vivir el resto de sus días navegando en su yate, jugando *softball* y recolectando conchas marinas. En respuesta a ese tipo de vida, Piper comentó:

Pensé que aquello era un chiste. Una parodia del sueño americano. Pero no lo era. Trágicamente, este era el sueño: llegar al final de su vida —su único y preciado don divino— y dejar que su obra definitiva y principal antes de dar cuentas a su Creador, fuera eso: jugar *softball* y recolectar conchas. Imagínenselos frente a Cristo el gran día del juicio: «Hola Señor. Mira mis conchas». Es una tragedia. Y la gente hoy en día está gastando billones de dólares para persuadirlo a abrazar ese sueño trágico. Frente a eso, protesto: No lo compre. No malgaste su vida.¹⁰

Esta es una advertencia a tiempo, sobre todo en nuestra cultura determinada por el consumismo, una exhortación para todo el que

9. Mark Edwards, «Pablo, St.», pp. 542–43 en *Encyclopedia of Ancient Greece*, ed. Nigel Guy Wilson (Nueva York: Routledge, 2006).

10. John Piper, *Don't Waste Your Life* (Wheaton, IL: Crossway, 2007), pp. 45–46.

desea vivir «sobria, justa y piadosamente» (Tito 2.12). Como esclavos ante Cristo, debemos andar «como es digno de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4.1). Nuestro servicio obediente y sacrificado en esta vida no quedará sin recompensa ni pasará inadvertido ante nuestro Señor soberano.¹¹ Incluso aunque nuestra fidelidad a Él sea costosa y dolorosa, podemos regocijarnos al saber que esta «leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria» (2 Corintios 4.17). Nuestra fe pronto tornará la vista y veremos a nuestro Amo cara a cara. Qué indescriptible gozo será escuchar en aquel día sus palabras misericordiosas de bienvenida: «Bien hecho, mi esclavo bueno y fiel. Entra en el gozo de tu Amo».

Vivir en la tierra como ciudadanos del cielo

Como hemos visto, el Nuevo Testamento utiliza cierto número de metáforas, incluidas las imágenes del esclavo y el hijo, para destacar el cambio de estatus del creyente en Cristo. Anteriormente éramos esclavos del pecado pero ahora lo somos de Cristo. Una vez fuimos hijos de desobediencia e ira, pero se nos ha adoptado en la familia de Dios como hijos de justicia. Sin embargo, hay una tercera descripción que también necesitamos considerar, especialmente si reflexionamos en el hecho de que nuestro hogar real está en el cielo. Es la imagen de un *ciudadano*.

Aunque no hemos estado allí, somos ciudadanos del cielo. Una vez caminamos de acuerdo al príncipe de este mundo, pero la conversión nos transfirió al reino de Cristo. Como resultado ya no estamos en consonancia con este sistema mundial malvado, en el cual nos hemos

11. Mateo 5.12; 10.42.

convertido en extranjeros y residentes temporales. En cambio, nuestra identidad propia yace en nuestra devoción al Rey de reyes y en nuestra afinidad con su pueblo.

De esclavos a ciudadanos

No era inusual en el primer siglo para un esclavo romano que finalmente se le concediera su libertad y como resultado de ello, recibiera su ciudadanía.¹² Bajo la ley romana, «la liberación formal por parte de un amo ciudadano romano otorgaba la ciudadanía al exesclavo».¹³ Por tanto, los esclavos de ciudadanos romanos, una vez libres, llegaban a ser ciudadanos romanos.

A los esclavos se les podía liberar oficialmente o emancipar formalmente de dos maneras fundamentales. El dueño podía esperar hasta su muerte para liberar a sus esclavos, en este caso, establecería las normas para su liberación en su última voluntad y testamento. Esto se conocía como «emancipación por testamento» (*testamenta*). Por otra parte, si el amo deseaba liberar al esclavo estando aún vivo, emplearía la «emancipación por vara» (*vindicta*).¹⁴ La emancipación por vara incluía una

12. El autor Jane F. Gardner advierte que esta práctica era única de la antigua Roma: «El hecho ha levantado comentarios, desde los tiempos antiguos y en los tiempos modernos, que a diferencia del resto del mundo grecorromano, los romanos normalmente otorgaban la ciudadanía a los esclavos al emanciparlos» (*Being a Roman Citizen* [Nueva York: Routledge, 1993], p. 7).

13. James Albert Harrill, *The Manumission of Slaves in Early Christianity* (Tubinga: J. C. B. Mohr Siebeck, 1995), p. 171. William D. Phillips, en *Slavery from Roman Times to the Early Transatlantic Trade* (University of Minnesota Press, 1985), p. 30, nota las excepciones de esto. Jennifer A. Glancy observa excepciones similares pero al final concluye: «Sin embargo, muchos esclavos fueron lo suficientemente afortunados para pasar al menos unos pocos años finales de sus vidas no solo como libertos sino como ciudadanos» (*Slavery in Early Christianity* [Minneapolis: Fortress Press, 2006], p. 95).

14. Un tercer tipo de emancipación («emancipación por censo») solo era posible cuando se hacía un censo romano e incluía una declaración por parte del dueño de que su esclavo se

ceremonia simbólica realizada ante el magistrado civil, en la cual «un tercero afirmaba que el esclavo era un hombre libre y lo tocaba con una vara (*vindicta*) invalidando así la declaración de propiedad del amo; el dueño no ofrecía defensa, el magistrado entonces concedía el pleito a favor del demandante y declaraba al esclavo un hombre libre».¹⁵

Si bien el exesclavo ahora era libre, nunca sería totalmente independiente de aquel que lo había liberado. Como lo explica Murray J. Harris: «Él estaba permanentemente obligado a rendir ciertos servicios (*operae*) a su anterior amo, ahora su patrón (*patronus*). Deberes relacionados con su anterior trabajo y realizados un número específico de días cada mes o año».¹⁶ Por otro lado, el patrón también tenía ciertas obligaciones legales con el antiguo esclavo. Si el exesclavo tenía una necesidad apremiante, el patrón tenía la obligación de proveerle albergue y comida. Además, el patrón no podía testificar contra su liberto en una corte criminal.¹⁷ En adición a eso, ocurría un cambio crítico en la relación al momento de la emancipación: «El esclavo no tenía padre a los ojos de la ley romana, por tanto una vez libre se reconocía a su anterior amo como su padre legal».¹⁸

Entonces, emancipado y con la ciudadanía concedida, el anteriormente esclavo disfrutaba muchos privilegios nuevos, incluidos el

contara, no como esclavo sino como liberto. No obstante, este método dejó de utilizarse en los tiempos del Nuevo Testamento. (Vea Scott Bartchy, *First-Century Slavery* [Eugene, OR: Wipf and Stock, 2002], p. 92.)

15. Gardner, *Being a Roman Citizen*, p. 9.

16. Murray J. Harris, *Slave of Christ* [Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999], p. 72. Sobre este aspecto, Francis Lyall añade: «Una diferencia fundamental existía entre el liberto y el nacido libre. El anteriormente esclavo todavía, y hasta cierto grado, estaba sujeto a su anterior amo, su patrón» (*Slaves, Citizens, Sons: Legal Metaphors in the Epistles* [Grand Rapids: Academic Books, 1984], p. 43).

17. Cp. Lyall, *Slaves, Citizens, Sons*, p. 44.

18. James Jeffers, *The Greco-Roman World of the New Testament* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 239.

derecho a comprar y vender propiedades, casarse con una ciudadana o ciudadano romano y hacer un testamento romano.¹⁹ «En general, la ciudadanía romana implicaba el derecho al voto, el derecho a tener propiedades y hacer contratos, el no estar sujeto a torturas, protección especial de la pena de muerte y un tratamiento de igualdad bajo la ley romana».²⁰ El cambio de posición era inmediato e impresionante: «Este cambio de estatus repentino y dramático era un fenómeno notable. De la noche a la mañana y de un plumazo, por así decirlo, alguien con categoría de intruso se convertía en un miembro legítimo».²¹

La ciudadanía traía consigo no solo ventajas numerosas sino también la responsabilidad cívica, incluso la posibilidad de cumplir servicio militar o civil.²² Con el cambio al estatus privilegiado, se esperaba que los ciudadanos mostraran lealtad y obediencia al estado: «¿Qué conllevaba entonces ser ciudadano de Roma? Como se sabe, el estatus implicaba que el ciudadano vivía bajo [ambas cosas] la guía y la protección de la ley romana».²³ Además, en el contexto romano antiguo, la ciudadanía era mucho más que una asociación superficial con el país de origen propio. Era, de hecho, parte integral de la identidad misma:

19. También tuvieron lugar varios métodos informales de emancipación, aunque no resultaban en la ciudadanía legal del antiguo esclavo (cp. Harris, *Slave of Christ*, p. 72).

20. Amy Chua, *Day of Empire* (Nueva York: Doubleday, 2007), p. 45.

21. Harris, *Slave of Christ*, p. 72. En este sentido, Keith Bradley hace notar que: «la emancipación formal significaba la liberación del esclavo y simultáneamente recibía la ciudadanía romana; se le admitía de inmediato, es decir, en la comunidad cívica romana, un cambio de estatus muy radical» (*Slavery and Society at Rome*, p. 155).

22. Everett Ferguson, in *Backgrounds of Early Christianity* (Grand Rapids: Eerdmans, 2003), explica que «bajo la república [509 a.c. hasta el 28 a.c.] la ciudadanía implicaba ciertos deberes, especialmente la posibilidad de cumplir el servicio militar pero bajo el principado [27 a.c. al 284 a.d.] tales tareas se separaban más de la ciudadanía» (p. 63).

23. Derek Benjamin Heater, *A Brief History of Citizenship* (Nueva York: New York UP, 2004), p. 31.

El concepto de ciudadanía para los griegos y los romanos antiguos era más profundo que el nuestro. Nosotros podemos pensar en la vida y la existencia humana sin considerar la ciudadanía, pero para un miembro antiguo de una πόλις [*polis*] o un *civitas* [«pueblo» o «ciudad»] la ciudadanía era la vida y la vida era la ciudadanía. Esto explica por qué Pablo pudo utilizar πολιτεύεσθαι [*politeuesthai*, «comportarse como ciudadano»] prácticamente en el sentido de «vivir» (Hechos 23.1; Filipenses 1.27; cp. 3.20 πολίτευμα [*politeuma*], «ciudadanía»). La vida citadina es un avance de la más primitiva vida en una villa comunitaria (κώμη, *uicus*). Una πόλις de hecho consiste de un número de κομῆαι [*komai*, «comunidades»], cada una de las cuales consiste de un número de familias (οἶκος, *domus*). La unidad generalmente estaba basada en la consanguinidad.²⁴

En otras palabras, las relaciones familiares de las villas y las comunidades antiguas —y finalmente pueblos, ciudades y naciones—, emergieron y consolidaron la lealtad de los ciudadanos a su patria y a sus compatriotas. Ser un ciudadano era, en un sentido muy real, ser parte de una familia extendida.

El paralelo con la ciudadanía celestial

La imagen de ciudadanía transmite un número de verdades importantes acerca de la vida cristiana, especialmente a la luz de la esclavitud del primer siglo y la emancipación. Declarados libres por Dios en el momento de nuestra salvación, instantáneamente se nos liberó del pecado y se nos llevó a la maravilla y al privilegio de la ciudadanía total en el reino de su amado Hijo (Colosenses 1.13). Aunque ya no tenemos

24. A. Souter, en *Dictionary of the Apostolic Church*, vol. 1, ed. James Hastings (Nueva York: Charles Scribner's Sons, 1919), s.v. «Ciudadanía», p. 212.

más obligaciones con nuestro antiguo amo (pecado-Satanás), tenemos la obligación de servir a Aquel que nos libertó, es decir, a Cristo mismo. Él es nuestro *Patrón* y nosotros somos sus libertos.²⁵ Así como el patrón no puede acusar a su liberto, Cristo tampoco condenará nunca a quienes le pertenecen.²⁶

Si bien anteriormente éramos enemigos y extraños para Dios, ahora somos ciudadanos del cielo²⁷ y «conciudadanos de los santos» (Efesios 2.19). Ya no estamos sujetos a nuestras pasiones pecaminosas, ahora estamos sujetos a nuestro Rey celestial, que es simultáneamente nuestro Amo, nuestro Patrón, nuestro Padre y nuestro Príncipe soberano.

Por supuesto, nuestra ciudadanía celestial se basa no solo en nuestra emancipación del pecado sino en la realidad de nuestro nuevo nacimiento. Como le explicó Jesús a Nicodemo en Juan 3.3, la entrada al reino de Dios se otorga solo a aquellos que primero «nacen de nuevo» o literalmente «nacen de arriba». Es a través de ese nacimiento nuevo que los pecadores son hechos hijos de Dios, porque Él «nos hizo nacer por la palabra de verdad» (Santiago 1.18).²⁸ Los que han nacido de Dios se caracterizan por vencer al mundo a través de la fe, mostrando amor a otros y obediencia al Señor.²⁹

Consiguientemente somos ciudadanos del cielo tanto por emancipación como por nacimiento. Todo por gracia. Como ciudadanos, disfrutamos de privilegios infinitos así como de gran responsabilidad. Poseemos todas las ventajas innumerables de conocer a Dios y

25. 1 Corintios 7.22; cp. Juan 8.32, 36; Romanos 8.2, 12–14.

26. Cp. Romanos 8.1, 33–34; Hebreos 7.25; 1 Juan 2.1.

27. Filipenses 3.20; cp. 1 Pedro 2.11.

28. Cp. Juan 1.12–13; 1 Pedro 1.3–4, 23.

29. 1 Juan 2.29; 4.7; 5.4.

de caminar en sus sendas adorándole y relacionándonos con Él como nuestro Rey y nuestro Padre. La ley del cielo es nuestra ley, los intereses del cielo son nuestros intereses y los ciudadanos del cielo son nuestros compatriotas. Como embajadores de su reino,³⁰ podemos abordar esta vida con una confianza sobrenatural que resulta de un propósito eterno. Como lo ha explicado un autor:

El cristiano está sujeto a la jurisdicción del cielo y posee los privilegios de tal ciudadanía. Su patria lo protegerá a él y a sus intereses, intervendrá a favor suyo y determinará sus derechos y deberes. El cristiano por tanto, está en un sentido y hasta cierto grado completamente libre de deberes impuestos por la ley del mundo, su residencia temporal; residencia que, después de todo, existe solo por el consentimiento del poder dominante, el cielo.³¹

Del mismo modo, hay cierta responsabilidad que viene unida a la pertenencia al reino de Cristo. Como sus subordinados, debemos representarlo apropiadamente. En concordancia, se nos exige que andemos «como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria» (1 Tesalonicenses 2.12). De manera similar, el autor de Hebreos escribió: «Así que, recibiendo nosotros un reino incommovible, tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia» (12.28).

Como ciudadanos del cielo, ahora somos parte de la iglesia de Cristo, su *ekklesia*. El término mismo quiere decir «aquellos que son llamados» y originalmente se refería a los ciudadanos de una ciudad a quienes se les «llamaba a luchar por la protección de la comunidad y a partir de este significado el término también llegó a utilizarse para

30. Cp. 2 Corintios 5.18–21; Efesios 6.19–20.

31. Lyall, *Slaves, Citizens, Sons*, p. 63.

hacer referencia a la asamblea de ciudadanos reunida para tramitar asuntos de la comunidad».³² Cuando aplicamos esta comprensión a la *ekklesia* cristiana aprendemos que «la iglesia es la asamblea de ciudadanos del cielo, reunida conforme al llamamiento del ciudadano supremo y reunida para tratar negocios ya sea por medio del gobierno de los asuntos de la comunidad o para defender sus intereses».³³ Dicho de manera más sencilla, la reunión corporativa de creyentes es una asamblea de ciudadanos del cielo y esclavos de Cristo, unidos en propósito y en lealtad a su Amo y Rey.

Nuestra vida es sinónimo de nuestra ciudadanía. Nuestras prioridades, pasiones e intereses han cambiado, pues nuestra identidad misma se ha transformado (Filipenses 1.21). Al igual que los santos del pasado, ya no perseguimos más los placeres temporales de este mundo.³⁴ Al contrario, nuestros ojos se clavan en el cielo, nuestro verdadero hogar, el lugar donde está Cristo.³⁵ Ya sea que vayamos a Él al morir o que venga por nosotros en el rapto, pronto estaremos con Él para siempre.³⁶

Un día nos pararemos ante su presencia como esclavos ante el amo. Nos inclinaremos ante Él como subordinados ante el rey. Como esclavos y como ciudadanos, le serviremos y reinaremos con Él por toda la eternidad. El apóstol Juan, en su descripción final del estado eterno, enfatizó esta doble realidad. Al comentar las glorias que esperan a todo creyente, escribió:

32. Ibid., p. 66.

33. Ibid.

34. Cp. Hebreos 11.16, 26; 1 Juan 2.16–17.

35. Cp. Hebreos 12.22–24; Colosenses 3.1.

36. Cp. 2 Corintios 5.8; 1 Tesalonicenses 4.17.

El trono de Dios y del Cordero estará en ella [la nueva Jerusalén] y sus siervos [*douloi*, literalmente, *esclavos*] le servirán, y verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. No habrá allí más noche; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque Dios el Señor los iluminará; y reinarán [con Él] por los siglos de los siglos (Apocalipsis 22.3–5).

trece

Las riquezas
de la paradoja

Si bien, nada en la Biblia se contradice, muchas de las verdades bíblicas más instigadoras y profundas nos parecen paradójicas. Considere, por ejemplo, la verdad de que la salvación es tanto gratis como costosa o que para ser realmente ricos debemos ser pobres en espíritu; que para encontrar la vida hay que perderla o que para ser sabio es necesario abrazar la locura del evangelio.¹ La Escritura enseña que a quienes lloran se les consolará; quienes dan, recibirán; los menores serán los mayores, a los humildes se les exaltará y los postreros serán los primeros.² Aprendemos, además, que Dios utiliza el mal para el bien, que Él es tres no obstante es uno y que Jesucristo, el segundo miembro de la Trinidad, simultáneamente es por completo Dios y por completo hombre.³ Estos son solo algunos de los misterios asombrosos que la Biblia establece.

A esta lista, podríamos agregar la enseñanza bíblica referente a la esclavitud a Cristo. Una metáfora que comúnmente se asocia con el desprecio, la opresión y el abuso. La *esclavitud* se ha transformado

1. Cp. Mateo 5.3; 13.44–46; Lucas 17.33; 1 Corintios 3.18.

2. Cp. Mateo 5.4; 23.12; 20.16; Lucas 22.26; Hechos 20.35.

3. Cp. Génesis 50.20; Deuteronomio 6.4; Mateo 28.19; Juan 1.1, 14; Hebreos 1.3; 4.15.

gloriosamente en Cristo para significar honra, libertad y ¡dicha eterna!
Como explica un escritor:

Al igual que la cruz, la esclavitud es tanto un paradigma como una paradoja. La cruz, el símbolo más atroz y dominante del sufrimiento y la muerte en el siglo primero, ha llegado a representar para los seguidores de Jesús la única vía de vida y paz. En el mismo sentido, la esclavitud que representa la negación total a la libertad se convierte para el seguidor de Cristo, el siervo del Salvador, en el único medio para el logro de la verdadera libertad ... [Jesús] vino en forma de esclavo, no para ofrecernos libertad de la esclavitud sino un tipo nuevo de esclavitud que es libertad.⁴

En los últimos doce capítulos, hemos considerado las bases bíblicas e históricas de este profundo paradigma. Hemos contemplado la diferencia crucial entre *siervos* y *esclavos*, advirtiendo que mientras al siervo se le contrata, del esclavo se es dueño. Los creyentes no son meramente siervos contratados, son esclavos, pertenecen a Él como su posesión. Él es su Dueño y Amo, merecedor de la lealtad incuestionable de ellos y su obediencia absoluta. Para ellos, su palabra es la autoridad final; su voluntad, su mandamiento definitivo. Habiendo tomado su cruz para seguirlo, han muerto a sí mismos y ahora pueden decir con Pablo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí» (Gálatas 2.20). Como en otra parte explicó: «y por todos murió [Cristo], para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos» (2 Corintios 5.15).

También examinamos la enseñanza bíblica sobre el señorío de Cristo. Él es tanto nuestro Señor como nuestro Dios. Es Rey de cada creyente individual, de toda su iglesia y de las cosas creadas. Aunque los

4. Michael Card, *A Better Freedom* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 2009), pp. 23–24.

incrédulos rechacen su autoridad en esta vida, llegará el día cuando «se doble toda rodilla» y «toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor» (Filipenses 2.10–11). Nosotros también, algún día le daremos cuenta y nos recompensará por nuestra fidelidad. Cuánto deseamos escuchar esas palabras de bendición y elogio: «Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor».

Nuestro estudio de la esclavitud nos ha recordado que una vez fuimos esclavos desgraciados del amo más cruel que se pueda imaginar: el pecado. Como miembros de una raza humana caída, estábamos atados, ciegos y muertos en nuestra desobediencia y nuestra rebelión. Fue en medio de nuestra impotencia y desesperanza que Dios intervino. Siendo rico en misericordia, nos escogió, nos dio su amor y nos rescató del control de nuestro dueño anterior. Por medio de la muerte sacrificial de Cristo, se nos redimió del mercado de esclavos del pecado. Dios nos limpió de nuestra iniquidad, nos vistió con su justicia y nos recibió en su familia para siempre.

Sin embargo, nuestro Dios misericordioso no se quedó en eso. No solo nos hizo esclavos de justicia sino también ciudadanos de su reino, amigos de su mesa y hasta hijos adoptivos de su familia. Ahora nosotros, que una vez no éramos pueblo, hemos llegado a ser el pueblo de Dios. Nosotros, que anteriormente estábamos lejos: «habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo» (Efesios 2.13). Nosotros, que no teníamos esperanza podemos esperar ansiosos la herencia celestial que Él ha prometido a aquellos que son suyos. Una transformación tan gloriosa es posible solamente porque Cristo mismo tomó «forma de siervo» (Filipenses 2.7) para poder morir y redimir a los esclavos del pecado y reconciliarlos con Dios. En respuesta, alabaremos su nombre glorioso por siempre y siempre, cuando nos unamos al coro celestial cantando: «Digno eres de tomar el libro y de abrir sus sellos; porque

Esclavo

tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios, de todo linaje y lengua y pueblo y nación... El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza» (Apocalipsis 5.9, 12).

Cuatro paradojas convincentes

Claramente, no nos cansaremos por completo de la realidad gloriosa de la esclavitud a Cristo. De hecho, nunca lo haremos, pues como hemos visto, le adoraremos y le serviremos como sus esclavos por toda la eternidad (Apocalipsis 19.5; 22.3). Como la superficie de un delicado diamante, cada ángulo de esta profunda metáfora bíblica adquiere una dimensión, belleza y perspectiva nuevas. Tristemente, estas riquezas se han perdido mayormente en la traducción. No obstante, para aquellos que están dispuestos a cavar más allá de la superficie, un tesoro teológico les espera, un tesoro que exhibe las glorias de nuestra salvación de manera notable. Todas las doctrinas de la gracia adquieren un significado más pleno vistas a través del lente de la esclavitud, un lente conocido y proyectado por los escritores del Nuevo Testamento.

En realidad, todo en la vida debería verse desde esa perspectiva. Como cristianos, *somos esclavos de Cristo*. ¡Qué diferencia tan radical debería marcar esa verdad en nuestras vidas cotidianas! Ya no vivimos más para nosotros mismos. Al contrario, hacemos de nuestro objetivo agradar al Amo en todo. Con eso en mente, consideremos las siguientes cuatro paradojas de la esclavitud de Cristo, cada una de las cuales provee otra dimensión, la «de la vocación con que fuisteis llamados» (Efesios 4.1).

La esclavitud trae libertad

La Palabra de Dios, tan impactante como profunda, enseña que la verdadera libertad solo puede encontrarse mediante la esclavitud de Cristo. Aunque piensen que son libres, todos los incrédulos son realmente esclavos del pecado, permanecen cautivos de sus deseos y atrapados en sus transgresiones. Es más, la Biblia denota solo dos categorías de personas en el mundo: los que son esclavos del pecado y los que son esclavos de la justicia. Pablo contrastó estos dos grupos en Romanos 6.

¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia? Pero gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia (vv. 16–18).

Como muestra el apóstol en este pasaje, no existe tal cosa como la independencia moral absoluta. Cada persona es esclava, ya sea del pecado o de Dios. James Montgomery Boice planteó esta realidad con las siguientes palabras:

No existe tal cosa como la libertad absoluta para alguien. Ningún humano es libre para hacer todo lo que desee. Hay un ser en el universo que es *totalmente* libre, por supuesto, ese es Dios. Todos los demás están limitados o esclavizados por alguien o algo. Como resultado, la única pregunta sensata en esta área es: ¿A qué o a quién está sirviendo? ... Ya que usted y yo somos seres humanos y no Dios, nunca podremos ser autónomos. Debemos ser esclavos del pecado o esclavos de Jesucristo. Sin embargo, he

aquí el asunto maravilloso e impactante: *Ser esclavo de Jesucristo es la verdadera libertad*.⁵

La esclavitud de Cristo no significa solamente libertad *del* pecado, *de* la culpa y *de* la condenación. También es libertad *para* obedecer, *para* agradecer a Dios y *para* vivir de la manera que nuestro Creador pretendía que viviéramos; en compañerismo íntimo con Él. Por tanto, «habéis sido libertados del pecado y [habéis sido] hechos siervos de Dios» (Romanos 6.22; cp. 1 Pedro 2.16). La esclavitud de Cristo, entonces, es la única libertad porque «si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8.36). Como lo ha explicado Alexander Maclaren:

Esa esclavitud es la única libertad. La libertad no significa hacer lo que quieres, significa desear lo que debes hacer y hacerlo. Solo es libre quien se somete a Dios en Cristo y por consiguiente se vence a sí mismo y al mundo y a todo antagonismo; además, es capaz de hacer aquello que es el propósito de su vida... Tú hablas del cautiverio de la obediencia. ¡Ah!, «el peso de demasiada libertad» es un cautiverio mucho más doloroso. Ellos son los esclavos que dicen: «Rompe tus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas» y son los hombres libres que dicen: «Señor, pon tus cadenas benditas en mis manos e impón tu voluntad sobre la mía y llena mi corazón con tu amor; entonces voluntad y manos se moverán libres y con deleite». «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres».⁶

5. James Montgomery Boice, *Romans*, 4 vols. (Grand Rapids: Baker, 1991), 2.689–90; énfasis en el original. Cp. Douglas Moo, *The Wycliffe Exegetical Commentary, Romans 1–8* (Chicago: Moody Press, 1991), p. 415, donde escribió: «Uno nunca es libre de un amo y los no cristianos que se creen libres están bajo una ilusión creada y sostenida por Satanás».

6. Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture, the Acts* (n.p.: BiblioLife, 2007), p. 148.

Aunque los cristianos ciertamente —y por sus propias decisiones— caen en pecado de vez en cuando, nunca más son esclavos del pecado como lo fueron antes de ser rescatados y liberados por Cristo. El pecado no tiene ya poder para controlarlos. Juan Crisóstomo, padre de la iglesia del cuarto siglo, ilustró vívidamente este punto cuando escribió:

Es absurdo para aquellos a quienes se les conduce al reino de Dios, tener al pecado gobernando sobre ellos o para aquellos llamados a reinar con Cristo elegir ser cautivos del pecado; es como si uno debiera lanzar la corona de encima de su cabeza y elegir ser esclavo de una mujer histérica que viene mendigando y en harapos.... ¿Qué es eso de que el pecado puede reinar en ti? No viene de algún poder ajeno sino solo de tu pereza.⁷

Los creyentes redimidos por Cristo y capacitados por el Espíritu Santo, tienen todo lo que necesitan para ganar la victoria sobre la tentación y el pecado. El poder del pecado fue roto permanentemente. La condenación de la ley se ha quitado para siempre. La libertad de la obediencia es para que la tengamos. Ahora, «sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu» (Romanos 7.6). Al ser los esclavos de Cristo, somos final y completamente libres. Al someternos a Él experimentamos la verdadera emancipación, pues su ley nos ha libertado por siempre de la ley del pecado y de la muerte (Romanos 8.2).

La esclavitud pone fin al prejuicio

La esclavitud de Cristo no es solo la vía a la libertad sino también el camino a la reconciliación y a la unidad dentro del cuerpo de Cristo.

7. Crisóstomo, *Homilies on Romans*, 11, citado en Gerald Bray, ed. *Romans, Ancient Christian Commentary on Scripture* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1998), p. 163.

Cuando los creyentes se dan cuenta de que todos ellos son esclavos, llamados a modelar la humildad del esclavo principal (Filipenses 2.5–7), se hace evidente cómo deben tratar a otros: «Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo» (v. 3). Como dijo nuestro Señor a sus discípulos: «El que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos» (Marcos 10.44–45). Después de realizar un trabajo de esclavos al lavar los pies de los discípulos, Jesús les recordó: «Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis» (Juan 13.14–17). El servicio sacrificial y el amor de unos por otros debe caracterizar a los seguidores de Cristo. Después de todo, cada uno de nosotros es esclavo, llamados a imitar el ejemplo abnegado de nuestro propio Amo.

Mientras el evangelio avanzaba desde Israel hasta Samaria y de ahí a los gentiles, derribaba prejuicios previos entre diferentes clases sociales y grupos raciales. Los judíos y los gentiles, hombres y mujeres, esclavos y hombres libres; todos, eran bienvenidos a la iglesia, donde gozaban el mismo estatus espiritual ante Dios como ciudadanos del cielo y compañeros esclavos de Cristo. El evangelio había puesto fin a todos los prejuicios previos. Como dijo Pablo a los colosenses: «Y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno, donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni escita, siervo ni libre, sino que Cristo es el todo, y en todos» (3.10–11).

Sin embargo, aquellos transformados por el evangelio eran más que solo esclavos compañeros. Al haberlos adoptado Dios como sus hijos, ahora eran miembros de la misma familia. Su nueva relación era más fuerte que cualquier nexo previo. La iglesia del Nuevo Testamento era «más una familia que una asociación eclesíástica u organización. Tal sentimiento fraterno elimina las consideraciones de raza (Gálatas 3.28; cp. Colosenses 3.11). Pablo, el judío, habla a Tito, el griego (Gálatas 2.3), como su hermano (2 Corintios 2.13) y utiliza el mismo término de Filemón, otro griego y Onésimo, un esclavo fugitivo (Filemón 16, 20)».⁸

De estos ejemplos, el trato de Pablo hacia Onésimo es quizá el más notable. El apóstol aceptó completamente a ese esclavo fugitivo gentil sin prejuicios ni arrogancias. En su carta a Filemón, el dueño de Onésimo, Pablo escribió estas palabras de ánimo y reconciliación: «Porque quizá para esto [Onésimo] se apartó de ti por algún tiempo, para que le recibieses para siempre; no ya como esclavo, sino como más que esclavo, como hermano amado, mayormente para mí, pero cuánto más para ti, tanto en la carne como en el Señor» (vv. 15–16). Por el poder del evangelio, un fariseo antiguo ahora se consideraba a sí mismo hermano de un esclavo gentil y fugitivo. Él igualmente instruyó a Filemón a que recibiera a Onésimo de regreso con el amor de un miembro de la familia. Aunque el trasfondo de Pablo no podía ser más diferente que el de Onésimo, aquellas diferencias no fueron obstáculo para el compañerismo y la amistad, ya que cada creyente es una criatura nueva en Cristo (2 Corintios 5.16–17). Para Pablo, el esclavo de Cristo, era su gozo servir sacrificialmente a cualquier otro miembro de la familia de su Amo (cp. 1 Corintios 9.19).

8. Francis Lyall, *Slaves, Citizens, Sons: Legal Metaphors in the Epistles* (Grand Rapids: Academie Books, 1984), pp. 129–30.

Esclavo

El apóstol Santiago también confrontó el prejuicio en sus epístolas, específicamente por parte de los ricos hacia aquellos que eran pobres. En el capítulo 2, instruye a sus lectores:

Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? ... pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado (vv. 1-4, 9).

Tal advertencia se necesita todavía en la iglesia de hoy. El prejuicio y la parcialidad no tienen cabida en el cuerpo de Cristo. Todos nosotros éramos indignos esclavos del pecado hasta que Cristo nos rescató, no por mérito nuestro. Todos nosotros, ahora, somos esclavos de Cristo, llamados a obedecerlo y a seguirlo en su ejemplo de amor y autosacrificio. Consecuentemente, podemos servirnos unos a otros con humildad y alegría, sin importar nuestras diferencias étnicas o socioeconómicas, sabiendo que todos somos responsables ante el mismo Amo celestial.

La esclavitud magnifica la gracia

Una tercera paradoja a considerar es esta: nuestra esclavitud en Cristo magnifica la maravilla de su gracia. Ya vimos en el capítulo 6 que pertenecer a Cristo como su esclavo es un privilegio infinito; sin embargo, es importante comprender que nuestro servicio a Él siempre es un regalo inmerecido, ya que es por su gracia que lo recibimos y lo

cumplimos. Nuestra habilidad para servirle es solo posible porque Él nos capacita para hacerlo «conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo» (1 Pedro 4.11).

Ciertamente Dios no necesita nuestros actos de servicio (Hechos 17.25; cp. Marcos 10.45). No obstante, nos concede el privilegio de pertenecerle, de manera que totalmente podamos deleitarnos en Él y, al hacerlo así, experimentar la satisfacción verdadera y el gozo que viene de conocerlo. Tal es la esencia de la vida eterna, como oró Jesús en Juan 17.3: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado». La vida eterna no es meramente cantidad sino calidad, una vida en la que los creyentes disfrutan las bendiciones inagotables e insuperables que resultan de la relación íntima con Dios tanto en esta vida como en la venidera.

En Mateo 6.24, Jesús dijo a sus oyentes: «Ninguno puede servir a dos señores, porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas». Al comentar este versículo, John Piper señaló:

¿Cómo «servimos al dinero»? No es socorriéndolo ni proporcionándole algo. Sino calculando toda nuestra vida para beneficiarnos al máximo de él. Gobernamos todas nuestras decisiones con el objetivo de maximizar las delicias del dinero. Así es con Dios. Así, detrás de las palabras de Jesús de no servir al dinero sino servir a Dios, está la suposición de que esto último significa vivir al punto de experimentar la plenitud de Dios como nuestro tesoro... [La] singularidad de nuestra esclavitud cristiana es esta: el Amo es asombrosamente todo suplidor, hasta nuestra servidumbre misma es un regalo de su gracia soberana.⁹

9. John Piper, en un correo electrónico no publicado con fecha del 9 febrero 2010. Uso permitido.

Por consiguiente el apóstol Pablo pudo decirles a los corintios que, incluso en sus labores sacrificiales a favor de Cristo, todo debía atribuirse a la gracia de Dios. «Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo» (1 Corintios 15.10). Igualmente a todos los cristianos se les requiere «ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor» aunque reconocen que «Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer» (Filipenses 2.12–13). La realidad asombrosa es que Dios no solo nos llama a ser esclavos dedicados sino que también nos capacita para ser fieles a ese llamado. Además, habiendo fortalecido nuestro servicio a Él, promete recompensarnos toda la eternidad por la fidelidad con la que misericordiosamente nos ha capacitado.

La metáfora del esclavo no solo magnifica la gracia, también exhibe el amor. Como ha explicado un autor: «En contraste con la paradoja de la esclavitud en libertad está la paradoja del amor en la esclavitud». En la libertad cristiana hay esclavitud; en la esclavitud cristiana hay amor. Esto impide que la libertad se convierta en licencia desenfrenada y previene a la esclavitud de convertirse en cautiverio servil». ¹⁰ La esclavitud de Cristo es mucho más que mero *deber*, está motivada por un corazón lleno de *devoción* amorosa y *deleite* puro. Nosotros ahora amamos a Dios porque Él nos amó primero y envió a su Hijo a redimirnos del pecado, y anhelamos de corazón adorarlo, honrarlo y obedecerlo en todo. Nuestra esclavitud a Él no es un trabajo pesado sino un privilegio lleno de gozo, posible por su gracia salvadora y el trabajo continuo del Espíritu en nuestras vidas. Como ciudadanos leales e hijos agradecidos, ahora servimos a nuestro Rey y Padre con nuestros

10. Murray J. Harris, *Slave of Christ* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1999), p. 155.

corazones rebosantes de agradecimiento. Ser esclavo de Cristo es una realidad bendecida y maravillosa. Ser su «*doulos* no es parcialmente dulce y parcialmente ácido sino completamente dulce».¹¹

Todo eso destaca el carácter magnánimo de nuestro Amo amoroso. Su cautiverio es verdadera libertad. Su yugo es fácil y su carga es ligera. Lo que ha requerido también por su gracia lo ha permitido. Nos llama a obedecer, no porque nos necesite, sino porque sabe que nosotros lo necesitamos. Después de todo, es solo en la relación con Él que nuestras almas se pueden satisfacer. Solo al deleitarnos en Él podemos experimentar el gozo verdadero y la vida eterna. Como oró fenomenalmente Agustín en su obra *Confesiones*: «Tú nos despiertas para deleitarnos al alabarte, pues nos has hecho para ti mismo y nuestros corazones no están tranquilos hasta que encuentran su descanso en ti».¹²

La esclavitud ilustra la salvación

Una cuarta y última paradoja yace en esta gloriosa realidad: Dios ha expresado las riquezas de nuestra salvación utilizando el simbolismo de la esclavitud. Esta verdad, por supuesto, ha sido el tema de todo este libro. En la eternidad pasada, Dios eligió a aquellos a quienes salvaría. En nuestra vida actual, Él nos rescató de la esclavitud del pecado y nos envió al reino de su Hijo querido. El trabajo expiatorio de Cristo en la cruz nos redimió de modo que nos adquirió y habiéndonos comprado por un precio, ahora somos su posesión. Se nos ha liberado del pecado y ahora, como esclavos para justicia, poseemos una libertad gloriosa que será nuestra por toda la eternidad.

11. Ibid., p. 142.

12. Agustín, *Confessions*, 1, en Jay P. Green, trad., *Saint Augustine's Confessions* (LaVergne, TN: Lightning Source, 2001), p. 1.

Sin embargo, el término esclavitud hace más que ilustrar meramente el evangelio. De hecho, es central al mensaje de salvación. Es por eso que la metáfora de la esclavitud apunta a la realidad del señorío de Cristo, el cual es esencial al evangelio bíblico.

El mensaje del evangelio no es simplemente un *plan* de salvación, es un llamado a abrazar la *Persona* de la salvación, que es tanto Salvador como Señor, dos funciones inseparables. Venir realmente a Cristo es rendir gustosamente corazón, mente y voluntad, la persona completa, al Amo. El mero servicio de labios al señorío de Cristo no es más que hipocresía (Tito 1.16), una profesión falsa que no puede salvar (Mateo 7.23; Lucas 6.46). De la misma manera que predicar a Cristo como Salvador pero no como Señor es presentar un mensaje del evangelio incompleto. Según las palabras del misionero mártir Jim Elliot:

Esta es una herejía del siglo veinte, que Cristo es Salvador solo por derecho y Señor por «opción» del «creyente». Esta negación del Amo y Señor único predica solo la mitad de su persona, declarando solo parcialmente la verdad que está en Él, Jesucristo[.] [El evangelio] debe predicarse con la aprensión total de lo que Él es, un Señor exigente así como un Salvador libertador... Negar el señorío de Cristo es desobediencia lo cual, de ninguna manera, hace flexible la condición de Dios, pues esto hace a Dios no serlo.¹³

El evangelio, proclamado en su integridad, necesariamente incluye el señorío de Jesucristo. Como diría Pablo a los romanos: «*Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo*» (Romanos 10.9, énfasis añadido). Cuando le preguntaron: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» instruyó al

13. Jim Elliot, en Elisabeth Elliot, ed., *The Journals of Jim Elliot* (Old Tappan, NJ: Revell, 1978), p. 253. La fecha de esta anotación en el diario es 7 de junio de 1950.

carcelero filipense: «Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo» (Hechos 16.31, énfasis añadido). Al explicar el evangelio a los judíos el día de Pentecostés, Pedro terminó su sermón con estas palabras: «Ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho *Señor y Cristo*» (Hechos 2.36, énfasis añadido).

En este sentido, el Nuevo Testamento enfatiza con coherencia el arrepentimiento en su llamado evangelístico a los perdidos. Jesús mismo predicó: «*Arrepentíos*, y creed en el evangelio» (Marcos 1.15, énfasis añadido; cp. Lucas 24.47). En Pentecostés, Pedro proclamó: «*Arrepentíos*, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (Hechos 2.38, énfasis añadido; cp. Hechos 5.31). Pablo les dijo a los filósofos en el areópago: «Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se *arrepientan*» (Hechos 17.30, énfasis añadido; cp. 20.21). Juan, enfatizando la naturaleza obediente de la fe salvadora, escribió: «Pero el que rehúsa *creer* en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él» (Juan 3.36, énfasis añadido). El escritor a los Hebreos dijo de manera parecida que Cristo «vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le *obedecen*» (Hebreos 5.9, énfasis añadido). Aunque tal lenguaje contradice la «fe fácil» de algunos evangelistas contemporáneos, concuerda perfectamente con el paradigma de la esclavitud del primer siglo.

Para ser claros, la salvación es por la fe sola. Sin embargo, la fe genuina nunca está sola, pues inevitablemente habrá de producir «frutos dignos de arrepentimiento» (Mateo 3.8), evidenciando por consiguiente un corazón transformado. Aquel que afirma conocer a Cristo pero continúa viviendo una vida de pecado está traicionando la

credibilidad de su profesión de fe (1 Juan 1.6), engañándose a sí mismo en cuanto a su condición espiritual. Los verdaderos esclavos de Cristo han sido libertados del pecado y hecho libres para actuar con justicia; sus vidas dan testimonio de esa realidad. Habiéndoseles salvado por gracia, son «creados en Cristo Jesús para buenas obras» (Efesios 2.10). Ahora caminan en obediencia gozosa, motivada por el amor sincero a su Amo (Juan 14.15). Como lo explica Charles Spurgeon:

Todo cristiano verdadero afirma sin ningún ambage que Jesús es su Señor. Porque deseamos que Él lo sea en todo y sobre cada parte de nuestro ser... Aquel que de veras ama a Jesús y sabe que es uno de sus redimidos, confiesa con todo su corazón que Jesús es su Señor, su Soberano absoluto, su Déspota usada esta palabra en el sentido de Cristo con monarquía ilimitada y dominio supremo y absoluto sobre el alma.¹⁴

De este modo terminamos este libro donde comenzamos, haciendo la pregunta: *¿Qué significa ser cristiano?* Ya sea que examinemos la identidad nacional de Israel después del éxodo de Egipto, la identificación propia de los escritores apostólicos o la nomenclatura utilizada por los primeros mártires cristianos, nos encontramos continuamente confrontados con un concepto tan ajeno a nuestras mentes occidentales como radical y profundo. No obstante, si vamos a valorar completamente lo que significa seguir a Cristo, debemos abrazar las implicaciones de este concepto vital y transformador.

Ser cristiano es ser esclavo de Cristo.

14. Charles Spurgeon, «Jesús nuestro Señor», *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1977), 48:558. Itálicas en el original.

Apéndice

Voces en la historia de la iglesia

El pastor de Hermas (c. 130)

El pastor de Hermas es uno de los documentos cristianos más antiguos aparte del Nuevo Testamento. Hace referencia a los creyentes como «esclavos de Dios» cierta cantidad de veces, como evidencia la nota al pie de la página.¹ Otros antiguos documentos cristianos evidencian un entendimiento similar de la vida cristiana. Por ejemplo, la Primera Epístola de Clemente de Roma (escrita por el 95 a.d.), se refiere a Dios como «el Amo» en unos veinte pasajes.² De forma similar, en su carta a los de Filadelfia, Ignacio (alrededor del 50-110 a.d.) escribió sobre el «sacerdote junto al presbítero y los diáconos, mis compañeros esclavos».³

1. De acuerdo a James S. Jeffers, «Hermas se identifica a sí mismo y a otros cristianos como esclavos de Dios (*Vis.* 1.2.4; 4.1.3; *Mand.* 3.4; *Sim.* 8.6.5). La implicación de estos pasajes es que los cristianos deben a Dios la misma obediencia que el amo demanda de sus esclavos» («Jewish and Christian Families in First-Century Rome», en Karl P. Donfried y Peter Richardson, eds., *Judaism and Christianity in First-Century Rome* [Grand Rapids: Eerdmans, 1998], p. 148).

2. James Aloysius Kleist dice esto sobre la *Primera Epístola de Clemente a los Corintios*. «En unos 20 pasajes en esta epístola, Clemente habla de Dios como “el Amo”, una designación que no es común en el discurso moderno. La idea es la misma que impulsa a San Pablo a llamarse a sí mismo el *doulos* o “esclavo” de Cristo» (*The Epistles of St. Clement of Rome and St. Ignatius of Antioch* [Mahwah, NJ: Paulist Press, 1946], 106–7n35).

3. Ignacio, *Letter to the Philadelphians*, 4, en Bart D. Ehrman, trad., *The Apostolic Fathers* (Cambridge, MA: Harvard, 2003), I:287.

Al relatar una visión que Hermas supuestamente había recibido, escribió:

Yo respondí: «¿Qué clase de cosas malvadas, Señor, debemos abstenernos de hacer?» «Escuchen», dijo, «del adulterio y la inmoralidad sexual, de la embriaguez desaforada, de la lujuria maligna, del derroche de alimentos, de la riqueza extravagante, de la ostentación, del orgullo y la arrogancia, de la mentira, la calumnia y la hipocresía, de guardar rencor y de hablar cualquier blasfemia. Estos son los más perversos de todos los actos de la vida humana. Por eso, *el esclavo de Dios debe abstenerse de hacerlos*. Porque aquel que no se abstiene de estos no puede vivir para Dios. Escuchen también ahora sobre las cosas que siguen a estas». «¿Existen todavía otras obras malvadas, Señor?», pregunté. «Sí, por supuesto», me dijo, «*hay muchas de las que el esclavo de Dios debe abstenerse: robo, mentira, fraude, dar falso testimonio, avaricia, deseos pecaminosos, falacia, vanidad, altanería y otras similares. ¿No te parecen malignas estas cosas?*» «Sí, por supuesto», dije, «muy malvadas para los esclavos de Dios». «Por eso es necesario que el esclavizado a Dios se abstenga de estas cosas».⁴

Policarpo (alrededor del 69-155 A.D.)

En su Carta a los Filipenses, Policarpo escribió:

Para que sepas que eres salvo por medio de un regalo misericordioso, no por obras sino por la voluntad de Dios a través de Jesucristo. Por tanto, *amarren su túnica suelta y sirvan como esclavos de Dios con temor reverente y verdad*, abandonando los

4. *Shepherd of Hermas*, Exposición sobre el octavo mandamiento, 38.3–6, en Ehrman, *The Apostolic Fathers* (Cambridge, MA: Harvard, 2005), II:269–71.

razonamientos fútiles y el terror que engaña a muchos y creyendo en Aquel que levantó a nuestro Señor Jesucristo de la muerte y le dio gloria y un trono a su diestra. *Todo en el cielo y en la tierra se sujeta a Él; todo lo que respira le servirá; Él viene como el juez de los vivos y los muertos y Dios sentenciará a aquellos que le desobedecen como responsables de su sangre.*⁵

Mártires del segundo siglo

En una carta de las iglesias de Lyons y Vienne a la iglesia de Asia:

Los habitantes de Vienne y Lyons de Gaul, *esclavos de Cristo*, a los hermanos en Asia y Frigia, que tienen la misma fe y esperanza de redención con nosotros, paz y gracia y gloria de Dios el Padre y nuestro Señor Jesucristo. La grandeza de esta nuestra tribulación, la cólera furiosa de los gentiles contra los santos y las cosas que los mártires bendecidos han sufrido, nosotros no somos capaces de expresarlas exactamente con palabra o comprenderlas por escrito.⁶

Ambrosiaster (alrededor del 366–384)

Él [el apóstol Pablo] dice esto porque a través de la ley de la fe ha muerto a la ley de Moisés. *Porque aquel a quien se libera de ella «muere» y vive para Dios, llegando a ser su esclavo, adquirido por Cristo.*⁷

5. Policarpo, *Letter to the Philippians*, 1–2, en Ehrman, *The Apostolic Fathers* (2003), I:335.

6. Eusebio, *Ecclesiastical History*, 5.1–4, en John Allen Giles, trad., *The Writings of the Early Christians of the Second Century* (Londres: John Russell Smith, 1857), p. 222.

7. *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, 81.3:28.21–3, notas críticas de Eric Plumer en *Augustine's Commentary on Galatians* (Nueva York: Oxford UP, 2003), p. 30n153.

Juan Crisóstomo (alrededor del 347–407)

En las cosas que se refieren a Cristo, ambos [esclavos y amos] son iguales: *y así como eres esclavo de Cristo, así también lo es tu amo...* [Es] posible para uno que es esclavo no serlo y para uno que es hombre libre ser esclavo. «¿Y cómo puede uno ser esclavo y no esclavo?» Cuando hace todo para Dios: cuando no finge ni hace algo para que lo vean los hombres: es así como uno que es esclavo de hombres puede ser libre. O de nuevo, ¿cómo uno que es libre se convierte en esclavo [del pecado]? Cuando sirve a los hombres en cualquier servicio malvado, ya sea por glotonería o deseo de riqueza o por encargo el tal, aunque sea libre, es más esclavo que cualquier otro hombre...

Tal cosa es el cristianismo; en la esclavitud concede libertad... [después de todo], la esclavitud real es la del pecado y si usted no es esclavo en este sentido, sea valiente y regocíjese. Nadie tendrá poder para hacerle mal alguno teniendo el carácter que no se puede esclavizar. Pero si es esclavo del pecado, aunque sea diez mil veces libre no tiene el bien de su libertad.⁸

Primero es la liberación del pecado y entonces la conversión a esclavos de justicia, lo cual es mejor que cualquier libertad. Pues Dios ha hecho lo mismo que una persona que toma a un huérfano a quien unos salvajes han llevado a su propio país y no solo fueran a liberarlo de la cautividad sino a establecer un tipo de paternidad para él y levantarlo a una dignidad muy grande. Eso es lo que ha ocurrido en nuestro caso. Pues no fue solo que Dios nos libertó de nuestra maldad anterior; también nos lleva a una vida de ángeles. Abrió el camino para que gocemos una mejor vida, entregándonos a la custodia de la justicia y destruyendo nuestra

8. Crisóstomo, *Homilies on First Corinthians*, Homilía 19.5–6 (en 1 Corintios 7.22–23), citado en Philip Schaff, *A Select Library of the Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church* (Nueva York: Christian Literature Company, 1889), XII.108–9.

maldad anterior, ajusticiando al viejo hombre en nosotros y llevándonos a vida eterna.⁹

Agustín (354–430)

*En sus escritos sobre Agustín, Gerald Bonner notó que «la experiencia personal como se reportó en Confesiones, lo había persuadido de que en última instancia la libertad humana solo puede ser relativa: solo esclavizándose a Dios puede alguien escapar de ser esclavo del pecado».*¹⁰ *A continuación hay varios lugares donde se puede observar el énfasis de Agustín en este concepto.*

¿No merece su Señor tenerle como su esclavo confiable?¹¹

Si Él, uno con el Padre, igual al Padre, Dios de Dios, Dios con Dios, coeterno, inmortal, igualmente inmutable, igualmente intemporal, igualmente creador y que dispone de los tiempos; si vino a la hora debida, *tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres* (Filipenses 2.7), busca la gloria de su Padre, no la propia ¿qué debes tú, oh hombre, hacer, que buscas tu propia gloria siempre que haces algo bueno, mientras que cuando haces algo malo, buscas la manera de culpar a Dios?

Mírate a ti mismo, *eres una criatura, agradece al Señor que eres un esclavo, no menosprecies al Amo. Eres adoptado, pero no por tus méritos. Busca la gloria de Aquel de quien has recibido*

9. Juan Crisóstomo, *Homilies on Romans*, 11, citado en Gerald Bray, ed., *Romans, Ancient Christian Commentary on Scripture* (Downers Grove, IL: InterVarsity, 1998), p. 170.

10. Gerald Bonner, «Anti-Pelagian Works» en Allan Fitzgerald, ed., *Augustine through the Ages: An Encyclopedia* (Grand Rapids: Eerdmans, 1999), p. 43.

11. Agustín: «Sermon 159», en John E. Rottelle, trad., *Sermons* (Hyde Park, NY: New City Press, 1992), p. 124.

esta gracia, oh hijo adoptado, busca la gloria de Aquel cuya gloria buscó su único Hijo auténtico.¹²

Charles Hodge (1797–1878)

Todos los cristianos... fueron comprados por un precio. Es decir, adquiridos por Cristo con su preciosa sangre, 1 Pedro 1, 18.19. Sí, pertenecen a Él. Sí, son sus esclavos y, por tanto, deberían actuar en consecuencia y no ser esclavos de hombres. El esclavo de un amo no puede ser esclavo de otro. Aquel a quien Cristo redime, que siente que pertenece a Él, que su voluntad es la regla de acción suprema y que realiza todos sus deberes, no para agradar a los hombres sino haciendo el servicio como para el Señor y no a los hombres —Efesios 6, 6. 7—, es interiormente libre, cualesquiera que sean sus relaciones externas... Ellos [los creyentes corintios] todos pertenecían a Cristo. A Él debían su lealtad. Ellos, por tanto, atados o libres, deben actuar en obediencia a Él y no a los hombres.¹³

Charles Spurgeon (1834–1892)

No tenga reservas, no ejercite otra opción sino obedecer su mandamiento. Si usted sabe lo que Él ordena, no vacile, no pregunte ni trate de evitarlo sino «hágalo»: hágalo de una vez, hágalo sinceramente, hágalo alegremente, hágalo por completo. No es algo sin importancia que nuestro Señor nos haya comprado a precio de su propia sangre; por lo tanto, deberíamos ser sus siervos. Los

12. Agustín, *Homilies on the Gospel of John 1–40*, Homilía 29. Traducido por Edmund Hill (Hyde Park, NY: New City Press, 2009), p. 495.

13. Charles Hodge, *Exposition of the First Epistle to the Corinthians* (Nueva York: Robert Carter & Brothers, 1878), p. 125.

apóstoles con frecuencia se llamaron a sí mismos esclavos, atados a Cristo. *Donde nuestra versión bíblica delicadamente pone “siervo” en realidad debería leerse «esclavo-atado».* Los santos antiguos se deleitaban en contarse como propiedad absoluta de Cristo, comprados por Él, propiedad suya y completamente a su disposición. Pablo fue aun más lejos como para regocijarse de tener las marcas del sello de su Amo en él y afirmó: «No permitas a ningún hombre que me angustie: porque llevo en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús». Ahí estaba el final de todo debate: él era del Señor y las marcas de los azotes, las varas y las piedras eran las grandes flechas del Rey que marcaron el cuerpo de Pablo como propiedad de Jesús el Señor. Ahora, si los santos de los tiempos antiguos se gloriaron en obedecer a Cristo, oro porque usted y yo, obviando el grupo al que podamos pertenecer o hasta la nación de la cual formamos parte, podamos sentir que nuestro primer objetivo en la vida es obedecer al Señor y no seguir a un líder humano o promover un partido político o religioso. Tratemos de hacer solo esto y por tanto seguir el consejo de Salomón cuando dice: «Tus ojos miren lo recto, y diríjase tus párpados hacia lo que tienes delante». Amado, esforcémonos por ser obedientes tanto en lo inapreciable como en los asuntos mayores, pues es en los detalles que la obediencia verdadera se ve mejor.¹⁴

Debemos esperar con la humildad de nuestro Amo, reverentemente, sintiendo como un honor hacer cualquier cosa para Él. Debemos autorenunciarnos, rendidos de ahora en adelante al Señor, hombres libres y sin embargo los siervos más reales de este Gran Emperador. Nunca somos tan libres como cuando admitimos nuestra servidumbre sagrada... *Con frecuencia Pablo se llama a sí mismo siervo del Señor y también esclavo de Cristo y se gloria de las*

14. Charles Spurgeon, «Eyes Right», *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1974), 34:689.

marcas del hierro ardiente sobre su carne. «Yo llevo», dice él, «en mi cuerpo las marcas del Señor Jesús; a partir de ahora no permitas a ningún hombre que me angustie». *Nosotros contamos como libertad llevar las ataduras de Cristo.* Lo consideramos como la libertad suprema, por lo que cantamos junto al salmista: «Ciertamente yo soy tu siervo, siervo tuyo soy, tú has roto mis prisiones» (Salmos 116.16). «Jehová es Dios, y nos ha dado luz; atad víctimas con cuerdas a los cuernos del altar» (Salmos 118.27). Esta es la conducta que nuestra servidumbre al Señor demanda.¹⁵

Todo cristiano verdadero afirma sin ningún ambage que Jesús es su Señor. Porque deseamos que Él lo sea en todo y sobre cada parte de nuestro ser... Aquel que de veras ama a Jesús y sabe que es uno de sus redimidos, confiesa con todo su corazón que Jesús es su Señor, su Soberano absoluto, su Déspota usada esta palabra en el sentido de Cristo con monarquía ilimitada y dominio supremo y absoluto sobre el alma.¹⁶

Alexander Maclaren (1826–1910)

La verdadera posición, para el hombre es ser esclavo de Dios. Las características repulsivas de esa maligna institución de la esclavitud asumen en conjunto un carácter diferente cuando se convierten en rasgos de mi relación con Él. Sumisión absoluta, obediencia incondicional por parte del esclavo; y por parte del Amo dominio completo, el derecho a la vida y a la muerte, el derecho a disponer de todas las pertenencias... el derecho a proferir mandamientos

15. Charles Spurgeon, «The Way to Honor», sermón no. 1118, en *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1981), 19:356–57.

16. Charles Spurgeon, «Jesus Our Lord», *Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, TX: Pilgrim, 1977), 48:558. Cursivas originales.

sin razón, el derecho a esperar que esos mandamientos se acaten sin vacilar, rápida, estricta y totalmente; estas cosas son inherentes a nuestra relación con Dios. ¡Bendito [es] el hombre que ha aprendido lo que ellos hacen y que los ha aceptado como su gloria más alta y la seguridad de su vida sumamente bendecida! Para los hermanos, *tal sumisión absoluta e incondicional, la fusión y la absorción de mi propia voluntad con su voluntad, es el secreto de todo lo que hace la madurez gloriosa, grande y feliz.*

Recuerde, sin embargo, que en el Nuevo Testamento estos nombres de esclavo y amo se transfieren a los cristianos y a Jesucristo. «El siervo» tiene sus esclavos y Él —que es el Siervo de Dios y no hace su voluntad propia sino la del Padre—, nos tiene como sus siervos, impone su voluntad sobre nosotros y estamos obligados a rendirle obediencia total como la que Él ha puesto a los pies de su Padre.

Esa esclavitud es la única libertad. La libertad no significa hacer lo que usted quiere, significa desear lo que debe hacer y hacerlo. Solo es libre quien se somete a Dios en Cristo y por consiguiente se vence a sí mismo y al mundo y a todo antagonismo; además, es capaz de hacer aquello que es el propósito de su vida. Una prisión fuera de donde no deseamos ir no es contención y la voluntad que coincide con la ley es la única voluntad libre de verdad. Usted habla del cautiverio de la obediencia. ¡Ah!, «el peso de demasiada libertad» es un cautiverio mucho más doloroso. Ellos son los esclavos que dicen: «Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas» y ellos los hombres libres que dicen: «Señor, pon tus cadenas benditas en mis manos e impón tu voluntad sobre la mía y llena mi corazón con tu amor; entonces voluntad y manos se moverán libres y con deleite». «Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres».

Tal esclavitud es la única nobleza. En los antiguos imperios malvados, al igual que en algunos de sus sobrevivientes modernos

hoy, los vice y los primer ministros procedían fundamentalmente de las clases serviles. Así también es en el reino de Dios. Quienes se hacen a sí mismos esclavos de Dios, son hechos reyes y sacerdotes por Él y reinarán con Él en la tierra. Si somos esclavos, entonces somos hijos y herederos de Dios por medio de Jesucristo...

El Hijo-Siervo nos hace esclavos y siervos. No significa nada para mí que Jesucristo cumpliera perfectamente la ley de Dios, eso es más reconocimiento para Él pero no es de valor para mí a menos que Él tenga el poder de hacerme como Él mismo. Si ustedes confían en Él, entregan sus corazones a Él y le piden que los gobierne, Él los gobernará; si ustedes abandonan su libertad falsa la cual es servidumbre y toman la libertad sobria que es la obediencia, entonces los llevará a compartir su carácter de servicio gozoso y hasta podremos decir: «Mi comida es que haga la voluntad del que me envió» y diciéndolo con sinceridad, tendremos ciertamente las llaves de todo deleite.¹⁷

R. C. H. Lenski (1864–1936)

[Debemos] presentarnos nosotros mismos y nuestros miembros como δούλοι [«esclavos»] ante Dios después que se nos ha liberado del dominio del pecado y ser esclavos de Dios felices y bendecidos. Aquí tenemos la norma de Lutero: el «vivir bajo Él en su reino y servirle», etc. El participio [en Romanos 14.18] significa «ser esclavo y trabajar como esclavo». La implicación no es la misma que en διακονειν [«servir»], rindiendo servicio a Cristo, haciendo todo lo que podamos para Él, pero en todo ello no tenemos ciertamente voluntad propia pues solo nos dirige y nos controla la voluntad de Cristo. Él es nuestro Κύριος, nuestro

17. Alexander Maclaren, *Expositions of Holy Scripture, the Acts* (n.p.: BiblioLife, 2007), pp. 148–49.

único Señor y Amo... *Aquel que como esclavo de Cristo, se somete a su voluntad en todo lo que hace «es bien agradable ante Dios» y nunca necesitará temer pararse ante su tribunal.*¹⁸

J. Campbell White (1870–1962)

Al hablar en 1906 en la conferencia internacional del movimiento de estudiantes voluntarios para las misiones extranjeras, J. Campbell White desafió a su audiencia con estas palabras:

¿Es cierto o es falso que *Jesucristo es el único dueño justo y Señor de nuestras vidas?* Martín Lutero pensó que era cierto cuando dijo: «Si alguien tocara a la puerta de mi pecho y dijera: “¿Quién vive aquí?” Yo no respondería: “Martín Lutero”, más bien diría: “el Señor Jesucristo”». Pablo dio expresión a la realidad más grande de su vida cuando dijo: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí». «Porque para mí el vivir es Cristo». Él no solo se consideró a sí mismo como esclavo de Cristo sino que consideró esa actitud como la normal y justa para todo discípulo de Cristo. «No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios». «Vosotros sois de Cristo y Cristo es de Dios». «Para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre». «Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional». Y nuestro Señor mismo consideró esta como la única actitud correcta de todo seguidor suyo hacia

18. R. C. H. Lenski, *Interpretation of Saint Paul's Epistle* (Minneapolis: Augsburg Fortress, 2008), p. 843.

sí mismo. «Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy».

Este señorío y dominio de Jesucristo aplica no solo a nuestras vidas, sino que conlleva todas nuestras posesiones y poderes... No puede haber cuestionamiento posible sobre la consideración de Jesucristo de sí mismo como el Dueño y Señor de nuestra vida. Para nosotros la pregunta es: ¿Hemos reconocido su señorío y estamos viviendo en tal actitud hacia Él?

... Me pregunto a mí mismo como a usted esta noche, si hay algo tan divino que podamos hacer con esta vida nuestra, por el bien de la humanidad perdida, como para obligarla en esclavitud perpetua y voluntaria a Jesucristo y decirle a Él: «Si Dios me muestra algo que pueda hacer por la redención de este mundo que todavía no haya intentado, por su gracia lo acometeré inmediatamente porque no puedo, no me atrevo, a acercarme al juicio hasta que haya hecho todo lo que Dios espera que yo haga para difundir su gloria alrededor del mundo».¹⁹

Jim Elliot (1927–1956)

Jim Elliot fue uno de cinco misioneros estadounidenses en Ecuador martirizados por los indios waodani. Es conocido por su frase: «No es tonto aquel que da lo que no puede mantener para ganar aquello que no puede perder».²⁰ En otra anotación de su diario, comentando los versículos iniciales de Judas, escribió:

Ciertamente los hombres del grupo al que Judas escribió habían cambiado la gracia por vidas libertinas, negando al único Amo

19. J. Campbell White, «The Ownership and Lordship of Jesus Christ», en *Students and the Modern Missionary Crusade* (Nueva York: Volunteer Movement for Foreign Missions, 1906), pp. 29, 36.

20. Jim Elliot, en Elisabeth Elliott, ed., *The Journals of Jim Elliot* (Old Tappan, NJ: Revell, 1978), p. 174, entrada de diario fechada el 28 de octubre de 1949.

y Señor, Jesucristo. Esto se escribió para mi día: Pues hoy escuché de hombres que predicán que la gracia significa libertad para vivir desenfrenados fuera de cualquier norma de pureza moral, declarando: «No estamos bajo la ley, estamos bajo la gracia». ¡La gracia se cambió a ἀσέλγεια [«libertinaje»]! Combinado con ello hay una herejía del siglo veinte que proclama que Cristo es Salvador solo por derecho y Señor por «opción» del «creyente». Esta negación del Amo y Señor único predica solo la mitad de su persona, declarando solo parcialmente la verdad que está en Él, Jesucristo[.] [El evangelio] debe predicarse con la aprensión total de lo que Él es, un Señor exigente así como un Salvador libertador... Negar el señorío de Cristo es desobediencia lo cual, de ninguna manera, hace flexible la condición de Dios, pues esto hace a Dios no serlo.²¹

21. Ibid., p. 253, entrada de diario fechada el 7 de junio de 1950.

Acerca del autor

Ampliamente conocido por su forma exhaustiva y franca de enseñar la Palabra de Dios, John MacArthur es un escritor bien conocido y un conferenciante. Ha servido como pastor y maestro desde 1969 en la iglesia Grace Community de Sun Valley, California. Con su esposa Patricia son padres de cuatro hijos ya adultos y quince nietos.

Su labor pastoral se ha extendido por todo el mundo a través de su ministerio Grace to You, que también tiene un ministerio en español conocido como Gracia a Vosotros. Grace to You tiene oficinas de satélite en siete países. Además de producir programas radiales que se transmiten en unas 2 mil radioemisoras a través del mundo, Grace to You distribuye libros, programas grabados en cintas de audio y DVDs grabados por John MacArthur.

John es presidente del Master's College y Seminary y ha escrito cientos de libros y guías de estudio, todos bíblicos y prácticos. Algunos de sus libros de mayor venta incluyen, *El Evangelio según Jesúscristo*, *La verdad en guerra*, *El asesinato de Jesús*, *Doce hombres comunes y corrientes*, *Doce mujeres extraordinarias* y *la Biblia de Estudio MacArthur*, con

Acerca del autor

la que en 1998 recibió la Medalla de Oro de la ECPA (Evangelical Christian Publishers Association).

Si desea más detalles acerca de John MacArthur y de todos sus materiales de enseñanza bíblica comuníquese a Gracia a Vosotros al 1-866-5-GRACIA o www.gracia.org.

